

EL RIESGO DE AMARTE

KAREN SANTOS

El riesgo de amarte © 2026. Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por la Ley de Propiedad Intelectual 1/1996, de 12 de abril (España). Queda prohibida la reproducción total o parcial, gratuita o comercial, de esta obra sin la autorización expresa de la autora. Cualquier uso no autorizado, incluyendo la reproducción, distribución o digitalización, será perseguido conforme a la ley.

Se permite la cita de fragmentos breves siempre que se mencione adecuadamente la fuente y se den los créditos correspondientes a la autora. El riesgo de amarte una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas, hechos o situaciones reales es mera coincidencia.

Esta edición es la traducción al español de la obra original en portugués *Matt: à Primeira Vista*, escrita por Karen Santos.

Con el fin de ofrecer una experiencia de lectura más natural para el público hispanohablante, algunos nombres, expresiones y referencias culturales han sido adaptados durante el proceso de traducción, sin alterar la historia, los personajes ni la esencia de la obra.

EL VIVE EN LAS SOMBRAS DE UN SECRETO.
ELLA ES LA LUZ QUE ÉL NO CREE MERECER.

✓ Grumpy x Sunshine
✓ Convivencia forzada
✓ Héroe torturado y protector

Matt Hunt es el pilar de la familia, pero carga con una marca invisible que le impide planificar el futuro. Ya ha aceptado su destino: vivir solo, sin promesas, sin herederos y, desde luego, sin amor. Para él, amar no es una opción: es un riesgo inaceptable.

Hasta que Sarah cruza su camino.

Vibrante y desafiante, no se intimida ante el silencio atormentado de Matt. Entre chispas que saltan a cada instante y una tensión sexual que nadie puede negar, Sarah comienza a derribar, una a una, las barreras que él tardó años en construir.

Matt la desea con desesperación, pero ¿cómo entregarse al amor cuando se está convencido de que el propio «para siempre» tiene fecha de caducidad?

Una novela intensa sobre pérdidas, secretos y el valor de amar contra toda expectativa.

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
Epílogo

Capítulo 1

Sarah

Tengo un secreto: estoy obsesionada con un desconocido. Nos encontramos por primera vez hace unos seis meses. «Él» es alguien por encima de mí en Hunt Enterprise, el lugar donde trabajo. Traje caro, gestos de confianza y una mirada que podría dominar el mundo, pero aun así, no sé su nombre.

A los veinticinco años, creí que ya tendría un buen empleo, tal vez un apartamento decente, un buen armario y un montón de otras cosas que no han llegado. ¿Qué he aprendido en estos últimos años después de la universidad? A hacer café, ir a la lavandería y que descarten mis ideas porque era una simple secretaria. «Él» era de otro tipo, muy diferente a mí. No parecía ir a la lavandería por ropa de otras personas ni hacer café. Era, sin duda, la persona del otro lado, esa que espera que sus deseos se cumplan.

Mi obsesión comenzó la primera semana en Hunt Enterprise, aún en los días inciertos del inicio de un nuevo trabajo. No eran ni las ocho de la mañana, el vestíbulo del edificio estaba vacío y vi cómo las puertas del ascensor se cerraban a pocos metros. Sin dudarlo, eché a correr y grité —aunque no llegaba tarde ni nada parecido. No debería haber gritado, lo sé, pero la escena ya era demasiado intensa para la novata de la empresa.

—¡Sujete el ascensor, por favor! —pedí, acercándome a paso rápido.

Lo primero que vi fueron las manos sujetando la puerta. Todavía hoy deliro con aquellas manos grandes y dedos largos.

Cuando entré en la pequeña caja metálica, el impacto fue aún mayor.

Era alto —debía haber unos veinte centímetros de diferencia con mi metro sesenta y cinco. De algún modo, sabía que, si me acercaba, encajaría perfectamente en su cuello. Solo lo sabía. Su rostro era anguloso, con los pómulos marcados y la barba sin afeitar. Tenía el par de ojos más hermoso que he visto nunca, un verde tirando a oliva, que combinaba con su piel morena y su cabello castaño oscuro.

El desconocido vestía un traje oscuro de corte perfecto y me miró con profundidad durante unos segundos antes de apartar la vista y centrar la atención en su reloj, mientras yo era incapaz de desviar la mirada. Estábamos solo nosotros dos. Él y su olor, que dominaba mis sentidos, desprendiendo una aura magnética. Reparaba en cada pequeño detalle. Con la mirada fija en él, me fui acercando en pasos diminutos en cada nueva planta.

Me di cuenta de lo que estaba haciendo y bajé la vista hacia mis zapatos, avergonzada, rezando para que no hubiera notado mi observación insistentente, mi respiración acelerada ni mi shock ante el aura sexual que emanaba de él.

Fueron treinta segundos de tortura hasta llegar a la décima planta, mi destino. Salí murmurando un «gracias» y con vergüenza de levantar la vista.

Él continuó hacia las plantas ejecutivas.

El hombre se convirtió en mi compañero de ascensor en los días siguientes —no por casualidad, sino porque empecé a empeñarme en estar en el vestíbulo del edificio cada mañana, a la misma hora, mucho antes de mi jornada. Era una cita pactada para mis pocos instantes robados con él. Mi espectáculo privado, con educados «buenos días» susurrados y pequeños destellos del desconocido. Día tras día, absorbiendo pequeñas cosas sin llegar a oír nunca más que un simple saludo.

Estaba obsesionada, lo reconocía con vergüenza. Él era la definición de macho alfa, irradiando poder, mientras yo era una simple secretaria. Un cliché a punto de estallarme en la cara.

Mi corazón latía con fuerza, mis piernas se convertían en gelatina y mis braguitas se empapaban cada vez que compartía el ascensor con «él». No necesitaba mucho más que mi propio tacto para llegar al orgasmo, ni más allá de sueños eróticos protagonizados por el desconocido. Todo por unas cuantas mañanas compartidas, unos «buenos días» y segundos dentro del ascensor. Era toda la vida romántica que había tenido en muchos meses. Eli (mi mejor amiga) pensaba que era una gran tontería y quería que encontrara a un hombre de verdad. «Tu imaginación no va a hacer que desaparezca tu sequía, Sarah, por muchas veces que uses el vibrador pensando en él», repetía una y otra vez como un mantra.

Pero, ¿qué hacer cuando ningún hombre real lograba superar el deseo que sentía por el desconocido? Era un caso perdido.

—¿Alguna idea de cómo ligarte al tío bueno del ascensor? —preguntó Eli, trayéndome de vuelta a la realidad. Mi mejor amiga me miró con expresión inquisitiva mientras daba otro sorbo a su *Sex on the Beach*.

No supe cómo responderle. Me di cuenta de que Eli no comprendía del todo mis sentimientos por algo que le parecía tan banal. Para mi amiga, era cuestión de conseguir a un hombre de verdad para superar mis fantasías, pero no entendía que el recuerdo del desconocido era más fuerte que cualquier sentimiento que me hubieran despertado personas reales en los últimos meses. Creo que le conté a Eli lo de «él» porque, a pesar de los juicios, eso convertía mis encuentros matutinos en algo tangible. En algo real.

Como mi amiga estaba decidida a demostrar su punto, me invitaba a bares después del trabajo, dispuesta a hacerme conocer a un hombre de verdad. Para Eli, o eso o tenía que tomar una iniciativa para atraer la atención del desconocido. La mayoría de las empresas tenían normas sobre relaciones entre empleados, y yo no quería poner mi puesto en juego por una pasión, por muy intensa que fuera.

Sentada en aquel bar, removiendo mi *Cosmopolitan* con incomodidad, busqué una respuesta para Eli. Alguna «idea» para el

moreno de traje del vigésimo noveno piso...

Sí, sabía cuál era el destino del desconocido cada mañana. Intenté investigarlo sin llamar la atención y, entre otras cosas, me quedé parada frente al ascensor cerrado, siguiendo con la mirada el indicador hasta la planta donde se detenía. Me aseguré de hacerlo tres veces para estar segura. Patético, lo sé. Él iba al vigésimo noveno piso, donde estaban los ejecutivos y el consejero delegado de la empresa. Subí allí con una excusa, pero no lo encontré. Entonces revisé todos los nombres que vi en las mesas. Ninguno era mi moreno. «Mío». Tuve que reírme de lo idiota que era.

—No voy a hacer nada, Eli. No puedo arriesgar mi empleo. Dios sabe cuándo Marisa me va a dejar tirada y me voy a quedar sin techo. Cualquier dinero cuenta.

—Puedes quedarte en mi casa, amiga. Mi sofá siempre estará ahí y te echo de menos —respondió Eli sonriendo.

—Lo sé... Pero fue tan difícil conseguir un sitio. Estuve tanto tiempo contigo... No quiero molestar. Tú también tienes que lidiar con tu vida personal, y tener a tu amiga en el sofá no va a ayudar —expliqué, y vi cómo la sonrisa de mi amiga se desvanecía al oír mis palabras.

A Eli no le gustaba atarse a nadie, y los seis meses que pasé en su apartamento después de la universidad no hicieron maravillas por su vida sexual. Había algo detrás de eso que nunca quiso contarme, pero yo sabía que estaba ahí: Eli nunca había querido tener relaciones y parecía que esa decisión influía en todos los aspectos de su vida. Nos conocimos en la universidad y nos hicimos amigas. Ella fue una de las razones por las que me quedé en Los Ángeles después de graduarme.

Quiero decir... Ella y la oferta del banco —mi mayor error profesional. Me licencié en Administración y fui tras mi sueño, pensando en ser asistente de alguien hasta aprender a tener mi propia empresa o un puesto de confianza. Mi madre fue asistente, de esas que son indispensables. Nunca me avergoncé de intentar seguir el mismo camino, aspirando a algo más grande. Necesitaba

decidir si volvía a Massachusetts o no, y saber qué hacer con mi vida, pero ningún empleo me llamaba después de las entrevistas. La perspectiva de salir del estado no me entusiasmaba, pero era la única que tenía... Hasta que el banco me llamó.

Pagaban ridículamente mal y ya no tenía la beca para mantenerme. Eli vivía sola en un apartamento universitario que siempre estaba vacío, porque pasaba el día en la biblioteca o encerrada en su habitación, rodeada de libros de Derecho. Así fue como acabé en el sofá de Eli, compartiendo el pequeño espacio mientras me volvía cada vez más infeliz con mi trabajo. Sabía que había tomado la decisión equivocada: la gente era maleducada sin motivo, gritaban, decían que nada de lo que hacía estaba bien y me mandaban todo el tiempo a hacer cosas que no eran mi responsabilidad: café, correo, lavandería, recados... Fueron largos meses de entrevistas, sin que nadie me devolviera la llamada, y yo todavía queriendo salir del banco, pero sin poder permitirme el lujo de dejar el mal trabajo.

Cuando por fin conseguí una nueva oportunidad en una empresa de contabilidad, pude conseguir un apartamento solo para mí y caí en gracia a Marisa. Ella era una aspirante a actriz que parecía muy maja, pero resultó ser el demonio en persona después de que firmara el contrato de alquiler. Sin unos ingresos fijos, ella no podía permitirse un lugar donde vivir. Sin engañar a una persona inocente, Marisa no podía mantener su estilo de vida. Fiestas, ruido, desorden y un montón de cosas más las planeaba para que me fuera, y así quedarse con todo el apartamento, a pesar de que mi nombre estaba en el contrato. No sé en qué pensé cuando decidí compartir piso con una desconocida.

Tenía un problema: si me iba, pagaba una multa; si me quedaba y Marisa no cumplía con su parte, nos desahuciaban. Rezaba todos los días para que siguiera haciendo anuncios de hemorroides o cualquier tontería que consiguiera. Me conformé con toda la situación que Marisa había creado y empecé a ahorrar todo el dinero posible para comprar una casa. Mis pertenencias tampoco eran gran cosa: solo tenía lo justo para meter en una maleta y salir rápido si

era necesario. Mis muebles de segunda mano podrían quedarse atrás si hiciera falta, y no me apetecía tener cosas nuevas —no cuando corría el riesgo de que algún amigo de Marisa lo rompiera todo en una de sus fiestas.

El empleo en la empresa de contabilidad era estable, con un sueldo que me permitía pagar el alquiler, pero tenía un problema: el jefe creía que yo formaba parte del menú y aprovechaba cualquier momento para restregarse o pasar la mano por las empleadas. Vivir así era una pesadilla, y ya estaba a punto de rendirme cuando me presenté a una vacante en Hunt Enterprise. Un puesto peor en términos jerárquicos que el del despacho contable, pero infinitamente mejor para mí: era asistente general de varios departamentos, una especie de todoterreno para quien no fuera ejecutivo. El sueldo era prácticamente el mismo, pero ganaría más experiencia y me libraría del jefe acosador.

Así empezó todo con el desconocido del ascensor. Tenía una rutina ajetreada con diversas tareas y mis pocos minutos robados en el ascensor cada mañana. Podría mentirme a mí misma y decir que llegar temprano era parte de mi organización, pero lo sabía: estaba allí para verlo, sentirlo, crear sueños y luego ser devuelta a la realidad de mi mesa en la décima planta.

—Parece que alguien está interesada en acabar con tu sequía —señaló Eli hacia mi izquierda, indicándome a un hombre rubio que estaba a pocos metros. Yo seguía perdiéndome en mis pensamientos sobre el desconocido mientras mi amiga insistía en conseguirme un nuevo ligue. ¿Cuánto duraría eso? Miré hacia el hombre, que me saludó con la cabeza, sondeando si podía acercarse.

—No tiene el pelo oscuro —declaré, y Eli me miró confundida, como si no hubiera entendido mis palabras. Era ridículo, lo sabía. Repetirlo en voz alta lo hacía aún peor.

—¿No tiene el qué?

—El pelo oscuro.

—Tienes que hacer algo al respecto, Sarah. Ese tío guapísimo y bueno quiere tu atención y no se la vas a dar. La atención, y otras

cosas —se burló, en una pausa dramática—, porque estás enganchada al del ascensor. Acabas de decir que no vas a hacer nada con el tal moreno misterioso. ¡¿Qué demonios?!

—Vale, vale... —dije. Me levanté de la mesa con mi copa de *Cosmopolitan* casi vacía y mi bolso colgado del hombro.

Me dirigí hacia el hombre, pero rodeé su mesa, dejé mi copa en una de las mesas vacías y le hice un gesto a Eli. Ella sonrió y murmuró un «no tienes remedio» mientras yo caminaba hacia la salida.

Salí del bar y pedí un Uber, preparándome psicológicamente para una noche de viernes en mi apartamento. Estaba bien salir y tener unas horas de risas con Eli, pero era irritante encontrar mi piso convertido en un territorio de guerra. Era más de medianoche cuando metí la llave en la puerta y sabía que la «pequeña fiesta» de Marisa apenas había empezado.

Giré la cerradura y me recibió el ambiente lleno de humo y el olor a tabaco mezclado con el perfume intenso de mi compañera de piso y sus amigos. Una noche más sin dormir por culpa de la música alta. Atravesé el salón en línea recta, sorteando a unas diez personas agrupadas alrededor del sofá. Marisa siguió mis movimientos con la mirada, brindándome con una copa de vino y una sonrisa medio malvada. Gracias a Dios tenía un dormitorio en suite.

Abrí mi habitación —que siempre mantenía cerrada con llave, algo que aprendí el primer fin de semana— y la cerré detrás de mí, escuchando el ruido que entraba, amortiguado, por las rendijas de la puerta. Puse música suave en el móvil y me di una ducha relajante, ignorando el mundo exterior a las paredes de mi refugio. Sabiendo lo que me esperaba, había cenado con Eli antes del bar y guardaba tentempiés en mi habitación por si me entraba hambre o sed. Vivir así era un infierno y ya no podía más. Media hora después, con un pijama ligero, me tumbé en la cama y me puse unos cascos antirruido, que me ayudaron a amortiguar el sonido de fuera. «Será por poco tiempo», pensé para mis adentros, «necesito un sitio nuevo, y rápido».

Antes de quedarme dormida, pensé en él, en mi desconocido, y en las palabras de Eli. No tendría valor para hacer nada y, al mismo tiempo, ningún otro hombre parecía superar mi deseo por él. Dios... estaba perdida.

A la mañana siguiente, tenía el apartamento otra vez solo para mí. Pasé el fin de semana tranquila, aprovechando que Marisa estuvo durmiendo prácticamente todo el tiempo. Caminé por la playa, fui al mercado, vi un poco de televisión y ya era lunes otra vez. Estaba sola en esta ciudad y no tenía amigos aparte de Eli. A veces pensaba en la posibilidad de buscar trabajo en otro estado, pero mi llegada a la Costa Oeste ya había sido tan caótica que acabé con una compañera de piso como Marisa. Creía que ya no tenía edad para repetir la experiencia. Tal vez conociera gente decente en otros lugares, pero también podría ser la repetición de la misma pesadilla.

Quizá mi mejor amiga tuviera razón; necesitaba salir, conocer gente, perder esa obsesión por el desconocido del ascensor. Era tímida, torpe con la gente nueva y, como hija única de una pareja muy ocupada, apenas tuve amistades mientras crecía. Empezar a salir me parecía antinatural, pero emocionarme con mi ritual de cada mañana en el trabajo parecía igualmente digno de juicio.

No eran ni las ocho de la mañana del lunes, y él estaba parado frente al ascensor, esperando a que se abrieran las puertas. Me acerqué despacio y me detuve a su derecha, esperando que me notara. El hombre me dio un «buenos días» susurrado y volvió la mirada a la pantalla de su móvil, muy interesado en lo que fuera que estuviera leyendo, hasta que el aviso sonó y los dos entramos en la caja metálica. Retorcí mis manos en el asa del bolso, mirando mi reflejo en el espejo del fondo del ascensor. Parecía arreglada, con el conjunto gris y mi pelo rubio recogido en un moño, casi un negativo del hombre a mi lado. Yo era baja donde él era alto, rubia donde él era moreno, pequeña en lugar de fuerte...

Estaba divagando mientras el desconocido ni siquiera notaba mi ansiedad a su lado. Era tan ridículo. Absorbí aquellos segundos y bajé en mi planta, «animada» para otro comienzo de jornada.

El vestíbulo vacío me recibió e inmediatamente me puse con las tareas que había sobre mi mesa, resultado del cierre del viernes. Tenía tanto trabajo que me distraje con los papeles hasta que el teléfono sonó cerca de las once, sobresaltándome con su timbre. Eso era poco habitual. La mayoría de las veces, mi trabajo era sencillo, pero el volumen dependía de cómo se desarrollaran las cosas en otros departamentos de Hunt Enterprises. Éramos cinco secretarias a cargo de Camille, y, según el día, las cosas podían volverse un poco locas. Mi teléfono rara vez sonaba, porque Camille solía repartirnos el trabajo. Era ella quien recibía las llamadas, no yo.

—¿Señorita Hamilton? Habla Diana White, soy la secretaria del señor Hunt. Necesitamos que suba urgentemente al vigésimo noveno piso —anunció la voz al otro lado de la línea, sin siquiera decir «hola».

—¿Cómo? ¿Por qué? Tengo que terminar algunas cosas... —respondí atropelladamente, mirando los notas que tenía delante y la pila de papeles bajo mi responsabilidad aquella mañana. La persona había dicho «urgente». ¿Quién era Diana? ¿Por qué me querían en el 29? Era la planta más importante de la empresa, donde estaban toda la dirección y los ejecutivos.

—Es un asunto urgente en el consejo. ¿Puede pasar sus tareas a alguna de las otras asistentes? Suba inmediatamente. Camille ya está avisada.

Colgaron antes de que pudiera responder, dejándome desconcertada. Aunque pensé que podría ser un error, me puse en marcha para no hacer esperar a quien me había llamado. Caminé hasta la mesa de Camille, la coordinadora, y le expliqué la situación rápidamente, dejándole también la pila de papeles que tendría que gestionar si no me hubieran llamado. Ella confirmó que ya estaba avisada y seguí mi camino. Con una libreta y un bolígrafo en la mano, entré en el ascensor e inicié el corto trayecto. Planta 29.

También era la planta de él.

Quizá descubriera por fin quién era y pusiera fin a aquel misterio.

En cuanto se abrieron las puertas del ascensor en la planta de dirección, vi a una señora de unos sesenta años, con muchas canas en el pelo, que se presentó como Diana. Sonrió de forma amable, tirándome del brazo por el pasillo. Seguí a la mujer, escuchándola hablar con energía, con más ánimo en su meñique que en todo mi cuerpo:

—En su currículum pone que habla alemán con fluidez. Por su bien, más vale que sea verdad —advirtió Diana y alzó una ceja, como esperando alguna corrección. Lo era, de hecho, fluida. —El señor Hunt está en una videoconferencia urgente y nos hemos quedado sin intérprete. Solo tiene que estar atenta, porque acabamos de descubrir que el ejecutivo alemán no habla muy bien inglés. No será muy complicado.

Mientras hablaba, Diana me guiaba por los pasillos de la planta 29. Sin previo aviso, abrió una puerta y me empujó hacia dentro, cerrándola tras de sí. Estaba un poco oscuro; parpadeé, acostumbrándome a la poca luz al mismo tiempo que me daba cuenta de que no estaba sola. Diana había dicho que la reunión era con el señor Hunt... Eso significaba que...

Bueno, la vida no era justa.

Sentado en uno de los extremos de la sala estaba el dueño de todos mis sueños húmedos de los últimos meses. «Él», mi extraño del ascensor, no era otro que uno de los Hunt, los dueños del negocio. Era tan guapo que me quedé aturdida unos segundos. Esa energía que siempre sentía cerca de él me dejó sin voz, e hice la única cosa que solía hacer en nuestros segundos compartidos: lo miré fijamente. Sentí que mi rostro ardía como el fuego y decidí que necesitaba hacer algo al respecto, mientras sus ojos se fijaban en mí, observándome con intensidad.

—H... Hola... Soy Sarah Hamilton —dije, trabándome en las palabras, intentando presentarme para «mi» desconocido.

Capítulo 2

Sarah

Me quedé quieta, mirándolo fijamente, completamente desconcertada y sin reacción. Él hizo un gesto para que me sentara. Estaba tan guapo como siempre, con su mirada fija en mí y el traje cortado a la medida, como si fuera el rey de aquella sala de juntas. *«Realmente lo es»*, me recordó mi cerebro. Dios, necesito moverme y dejar de actuar como una idiota delante de mi jefe.

—Siéntese, señorita Hamilton. Como espero que sepa, somos una empresa de publicidad de varios formatos y estamos intentando expandir nuestros negocios internacionales. Lukas Ledermueller es dueño de una agencia de relaciones públicas en Alemania y hablaremos sobre una posible colaboración. Hemos tenido una oportunidad inesperada, de ahí la urgencia de esta reunión. Yo hago las preguntas, usted las traduce, al igual que las respuestas. Es sencillo. ¿Entendido?

Asentí con la cabeza, aún un poco aturdida por el giro que había tomado mi mañana. Su voz era profunda, provocándome un estremecimiento involuntario. Movió el ordenador que tenía delante, proyectando en la pantalla lo que parecía ser una videollamada. Observé las paredes, manteniéndome en silencio, hasta que apareció la llamada de Skype. Definitivamente estaba en estado de *shock*. Segundos después, el ejecutivo alemán apareció en pantalla, y Hunt explicó en inglés el motivo de mi presencia a Lukas. Por el acento cargado del hombre, quedó claro que realmente me necesitaban.

La reunión continuó durante unos minutos, sin grandes decisiones. Por lo que entendí, por mucho que mi jefe intentara negociar, nada se concretaría aquel día. Ledermueller quería ser el

dueño de la idea y llevar el negocio, y Hunt no renunciaría al control de la colaboración. Tenía razón: era un negocio en territorio estadounidense, con la marca de Hunt Enterprise en juego, no la suya. Recordé lo que mi abuela decía sobre que a los alemanes les gusta la seguridad y los hechos, y claramente el empresario dudaba de la eficiencia de la empresa. *«Los americanos hablan mucho y hacen poco»*, era lo que le encantaba repetir, siempre citando la excepción: mi padre, el «americano que fue allí y lo hizo».

Cogí un papel y, mientras traducía del alemán al inglés, garabateé rápidamente: *«necesita una propuesta concreta: números, datos, garantías»*. Él aprovechó el momento y empezó a detallar lo que era necesario: plazos, inversión y experiencias anteriores. Ledermueller se relajó hasta el punto de pedir que ajustaran los detalles con su asistente y enviaran un contrato. Fue más de media hora de diálogo en la que finalmente me calmé, inmersa en lo que siempre había soñado hacer: estar entre los grandes y trabajar en algo significativo.

Antes de terminar, Ledermueller sonrió y me preguntó de qué región de Múnich era. Le expliqué que era americana, pero que mi abuela había nacido allí. Él elogió mi acento antes de colgar. Hunt notó el breve intercambio de palabras sin traducción y miró, confundido, la pantalla vacía y luego a mí.

—Bueno, eso ha sido impresionante —dijo él, simplemente, levantándose y saliendo de la sala sin añadir nada más. Me quedé sin saber si debía salir también. Miré a mi alrededor, confusa, pero segundos después Hunt volvió con dos bolsas de papel, colocando comida sobre la mesa. Me di cuenta de que ya pasaba del mediodía, y mi estómago gruñó con el olor delicioso. —Espero que le guste la comida china. Ya es tarde; se lo pedí a Diana durante la reunión.

—Está bien, me gusta... mucho, la verdad —respondí, cogiendo una de las cajas con una sonrisa nerviosa. Era pollo al estilo Szechuan, uno de mis favoritos.

—Sírvase —dijo, con un gesto de las manos. —Necesitamos hablar de algunas cosas antes de que vuelva a su puesto. Es difícil

encontrar a alguien con fluidez en alemán en tan poco tiempo. Ha impresionado a Ledermueller. Sin usted, este acuerdo no habría salido hoy.

—Mi madre es alemana y solo habla conmigo en alemán; su inglés tiene un acento fortísimo. Prefiere mantener viva la lengua. Mi abuela llama todas las semanas y también habla solo en alemán. Es natural... Fue sobre eso lo que me preguntó antes de colgar.

—Tiene sentido. No tradujo eso, y me quedé con curiosidad. ¿Su madre también vive aquí?

—Sí. Conoció a mi padre en un intercambio universitario y nunca volvió. Hemos visitado Alemania algunas veces, pero hoy está más acostumbrada a Massachusetts que a Múnich. Mis padres trabajan en la universidad, respirando la vida académica, y están satisfechos —respondí. Él asintió, con el semblante serio al cambiar de tema mientras se servía más comida.

—Sobre esta reunión, no hace falta que le recuerde la confidencialidad, ¿verdad? Necesito sus anotaciones sobre lo que se ha tratado y me gustaría que ayudara a Diana con la gestión de este negocio, cuando sea necesario.

—¿Voy a tener que volver a esta planta?

—No. Tenemos traductores, pero sería bueno que usted acompañara el proceso. Ha hecho un excelente trabajo, señorita Hamilton.

—Gracias.

—Nos cruzamos todas las mañanas, ¿verdad?

—¿Cómo? —exclamé, casi atragantándome con la comida.

—En el ascensor. Es usted, todas las mañanas.

—Creo que sí, pero no sabía que usted era... quiero decir...

—Poca gente llega tan temprano —explicó él, en un tono amable. —Todavía no habíamos hablado, formalmente.

—Es un placer, señor Hunt.

—Creo que nos veremos más a menudo, señorita Hamilton —respondió con una sonrisa franca, cambiando a temas más ligeros a continuación.

Intercambiamos impresiones casuales sobre la reunión —entreveradas con largos silencios— hasta que terminamos de comer. Quería saber tantas cosas: si él sentía la misma electricidad que yo durante nuestros encuentros en el ascensor, si tenía la misma curiosidad... Pero evité el tema, con miedo de parecer una loca.

Cuando todo estaba terminado y ya pasaban de las dos de la tarde, me levanté y empecé a recoger el desorden de la mesa. Él extendió la mano, en un gesto de despedida. Correspondí al gesto automáticamente y, en cuanto nuestras manos se tocaron, sentí un calambre recorrer mis dedos. Él pareció sentir lo mismo, con sus ojos fijos en mi mano, que ahora colgaba inerte a mi lado. Aquel silencio era completamente diferente al anterior, cargado. No hizo ademán de tocarme de nuevo; solo me miró, contenido, hizo un leve gesto con la cabeza y salió de la sala, dejándome sola. Me quedé quieta, mirando la puerta cerrada durante largos segundos, alimentando la esperanza tonta de que volvería. *Eres una boba, Sarah.* Cuando salí de mi trance, terminé de tirar la basura y volví a mi planta. Saludé a Diana rápidamente, entré en el ascensor y me dirigí directamente a mi mesa, ajena a mi alrededor, convirtiendo el resto del día en un borrón. Camille había dejado nuevos materiales para mí, y me concentré en terminarlos antes de ir a casa.

Mi cabeza, sin embargo, no paraba de volver a «Él».

Además de ejecutivo de éxito, Matthew también gustaba de las mujeres. Rubias y pequeñas como yo, pero mucho más exuberantes. Todas ellas vestían muy bien, tenían pechos generosos y esa expresión seductora de quien siempre está buscando diversión. Su vida entera estaba a unos clics de distancia, y me sumergí sin vergüenza en las búsquedas, absorbiendo todo lo que encontraba. Él y sus hermanos aparecían aquí y allá en artículos, pero nada superaba «Matthew Hunt y la mujer en su brazo» —una diferente de la otra, todas maravillosas y a años luz de mí. Yo tenía facturas que pagar y vivía en permanente estado de alerta, con miedo a que me

desahuciaran. Nunca podría ser así, con aires de quien no tiene una preocupación en el mundo.

Al día siguiente, no lo encontré en el ascensor. Era como si nuestra presentación hubiera roto el encanto de aquellos momentos fortuitos; ahora que sabíamos los nombres el uno del otro, aquellos segundos robados ya no eran posibles. Igual que el día anterior, en cuanto me senté en mi mesa, una llamada de Diana me llamó al 29.º piso. Esta vez no lo vi, y pasé toda la jornada trabajando con ella en el material de la reunión. Las cosas se mantuvieron así durante el mes siguiente, con mi tiempo dividido entre el 10.º y el 29.º piso, sin volver a encontrármelo nunca, centrada en el contrato con el ejecutivo alemán y en otras tareas que Diana iba encargándome.

Era cansado, pero motivador. Y me ayudó a quitarme de la cabeza los encuentros matutinos con Matthew Hunt. Dejé de llegar temprano con la esperanza de verlo, luché contra el hábito y empecé a entrar en el edificio puntualmente a las ocho, dividida entre la vergüenza y la esperanza, compartiendo ahora el ascensor con una multitud indeseada.

Una de esas mañanas, apenas me había acomodado en la mesa y encendido el ordenador cuando una sombra se proyectó sobre mí. Sin necesidad de mirar, sabía que era Matthew Hunt. Me miraba fijamente, parado, esperando una reacción. Era una especie de sexto sentido, mezclado con un hormigueo de anticipación que me negaba a analizar.

—Señorita Hamilton, necesito hablar con usted. Por favor, sígame —anunció y se fue, sin siquiera un «buenos días», como si esperara que obedeciera la orden.

Me quedé mirando su espalda, todavía confusa, mientras él ni siquiera se giraba. Después de unos segundos para reaccionar, cogí mi bolso y mi móvil y lo seguí hacia los ascensores, lanzando una mirada rápida a Camille, que solo asintió con la cabeza. Era raro que un Hunt bajara hasta allí, y dudaba que ella se atreviera a intervenir.

—¿Algún problema, señor Hunt? —pregunté, casi gritando debido a la distancia entre nosotros. Tengo piernas cortas y no corro bien con tacones, maldita sea.

Él no respondió y entró en el ascensor, sujetando la puerta para mí. Era casi un *déjà vu*, sus dedos largos sujetando la entrada. Intenté mantener la dignidad al caminar hacia él. Matthew analizaba cada mínimo detalle mío. Me detuve a su lado en el mismo instante en que la caja metálica empezaba a subir. Suspiré, por fin sintiendo su olor después de semanas. Dios, ¿cuándo va a pasar esta reacción absurda por mi jefe? Cuando el ascensor pitó y las puertas se abrieron en la planta ejecutiva, Matthew se giró hacia mí, revelando por fin el motivo de su visita al piso de las secretarias.

—Diana ha tenido un problema. Su marido, Larry, sufrió un ictus anoche. Ella está con él en el hospital y necesita ausentarse unas semanas. No quise decirlo abiertamente porque no sé si le gustaría que la noticia se extendiera.

—¿Está bien?

—Lo está. Diana dijo que está consciente y hablando, pero tiene el lado izquierdo paralizado y el habla un poco afectada. Va a necesitar acompañamiento las próximas semanas. Por eso la he llamado.

—¿Cómo? —pregunté, confundida, mientras él me conducía hasta la mesa de Diana, un conjunto imponente de madera, con estanterías y armarios, a pocos metros de una sala con la placa «Matthew Hunt».

—No sé si se ha dado cuenta, pero Diana la ha estado formando para ser mi nueva asistente.

—¿Qué?

—Sí, señorita Hamilton. Por eso no la involucró solo en el caso Ledermueller, sino en otras tareas. Hice la vista gorda al acercamiento de ustedes dos, pero, al final, Diana tenía razón. Usted sabe dónde está todo, los contactos, el funcionamiento.

—Sí, lo sé, pero...

—No se asuste —me interrumpió, en un tono apaciguador. —Va a ocupar su mesa. Ya he hablado con Recursos Humanos, está todo arreglado, incluida una gratificación por este período temporal.

—¿Voy a trabajar directamente con usted a partir de ahora? ¿No vuelvo al 10.º piso?

—Sí. Hasta que Larry se recupere, es mía, señorita Hamilton. Si tiene dudas, pregunte. Pero creo que Diana ya la ha entrenado sin que usted se diera cuenta. Es maestra en eso —respondió Matthew, y un escalofrío recorrió mi espina dorsal con el uso del término *«mía»*.

—No entiendo. ¿Por qué hizo eso?

—Porque la estaba preparando para su jubilación. No tengo ni idea de por qué fue usted la elegida, pero ella planeaba irse el año que viene para viajar con su marido —hizo una pausa, mirándome con una leve sonrisa. —Bienvenida. Pregúnteme si tiene cualquier duda. Le pido disculpas por la precipitación, pero las cosas han ido muy rápido.

—Estoy un poco aturdida con tanta información —admití, mirando a mi alrededor y sintiendo una mezcla de desafío y desesperación por estar en una posición tan crítica para los negocios.

—Va a salir bien. Creo en ello —dijo, extendiendo la mano para un apretón amistoso.

Y volvió a ocurrir.

El calambre, el cambio en mi respiración... Nos miramos fijamente, confusos por la electricidad que parecía correr entre nuestros dedos. Todo fue muy rápido y, al mismo tiempo, como si ocurriera en cámara lenta. Matthew soltó mi mano como si le quemara y me miró, perplejo. Sin decir una palabra, hizo un breve gesto con la cabeza y entró en su despacho, dejándome sola en el nuevo puesto.

Media hora después, mientras intentaba familiarizarme con las cosas de Diana, Logan se detuvo frente a la mesa. Lo reconocí de mis investigaciones. Se parecían, pero el más joven de los Hunt no

despertaba en mí la misma atracción que mi jefe. Igualmente alto, moreno, de hombros anchos y ojos de un tono diferente.

—Bueno, Diana, enhorabuena al cirujano plástico... —bromeó Logan, arrancándome una carcajada. Tenía un aire despreocupado que jamás asociaría a mi jefe. Logan era una bocanada de aire fresco comparado con el trato cambiante de Matthew Hunt, con su seriedad en los negocios. Sin embargo, en las dos veces que toqué a Matthew, fue como... *¡Concéntrate, Sarah! Presta atención al trabajo.*

—Buenos días. ¿Es el hermano gracioso? —pregunté, aún intentando controlar la sonrisa y la dirección de mis pensamientos. Logan me lanzó una mirada de apreciación que no me afectó en absoluto.

—Sí. Soy el gracioso, Matt es el gruñón y Jason es el serio. Tenemos hasta medallas, no bromeo —dijo, extendiendo la mano. —Logan Hunt. Encantado de conocerla, señorita...

—Sarah Hamilton. Voy a cubrir a Diana mientras cuida de su marido —me presenté, estrechando su mano. Como sospechaba, ninguna chispa. Mi «química» era con el hermano del medio.

—¿Alguna noticia del hospital?

—Su hermano solo me informó de que está despierto, pero con el lado izquierdo paralizado.

—Necesito llamar a Diana, es muy querida por todos aquí. Mantenga el castillo en orden, ¿vale? —pidió Logan, señalando la puerta del despacho de Matthew. —¿La fiera está ahí dentro?

—Matthew está.

—También soy Hunt. Tiene que buscarle un buen apodo. Diana lo llamaba «idiota» todo el tiempo, puede tomarlo prestado —respondió Logan, alzando una ceja. Me reí con ganas. Eran tan parecidos y tan diferentes. Apostaba a que, si fuera Logan en el ascensor, habría hecho un chiste o sacado conversación.

La puerta se abrió de repente, con el chirrido de la madera rompiendo el ambiente relajado entre Logan y yo. Matthew salió del

despacho y lanzó una mirada cargada a los dos, dejando mis mejillas ardiendo y una culpa inexplicable en el pecho.

—¿Necesita algo, señor Hunt? —pregunté, levantándome y alternando la mirada entre los dos hermanos.

—¿Haciendo gracias, hermano? —preguntó Matthew, ignorando mi pregunta y mirando a su hermano con hostilidad.

—Me estaba presentando a tu nueva asistente.

—¿Eso incluye coquetear con ella?

—Es una chica guapa, Matt. ¿No? Todo el mundo lo ve —dijo Logan en voz alta y me guiñó un ojo. Matthew reaccionó apretando el puño, y pude ver una vena latiendo en su cuello. ¿Qué estaba pasando entre aquellos dos?

—Ven a mi despacho. Ahora. —Matthew ordenó a su hermano, ignorándome por completo. Logan me hizo un leve gesto con la cabeza y entró, cerrando la puerta tras de sí. Me quedé mirando la puerta, intentando procesar lo que acababa de ocurrir.

Me senté en la silla y cerré los ojos en busca de calma, pero un ruido me llamó la atención. Una mujer rubia apareció corriendo por el pasillo, deteniéndose sin aliento frente a la mesa en cuanto se abrieron las puertas del ascensor.

—¿Logan está con Matt? —preguntó, casi sin aliento, con las palabras entrecortadas. Se ajustó las gafas, apoyó las manos en la mesa e intentó recuperar el aire.

—Disculpe, ¿cómo?

—¿Logan está en el despacho con Matt? —repitió, esta vez con más claridad, como si su corazón ya latiera a un ritmo más controlado.

—Están en una reunión. ¿Puedo ayudarla, señorita...?

—Mierda, perdone, debo parecer una loca invadiendo el espacio ajeno. Me llamo Emma, necesito entregar una cosa a Logan. ¿Puede ayudarme? —pidió con una voz dulce, y enseguida simpaticé con ella. Parecía despistada con el bolso, las gafas y la respiración agitada, como si hubiera corrido un maratón, no solo un pasillo.

—Claro.

—El idiota se ha olvidado el móvil en mi casa —anunció, dejando un teléfono sobre la mesa. —Me sorprende que no pierda la cabeza, siendo tan despistado. ¿Puede dárselo? Necesito ir a trabajar y ya llego tarde.

—Sin problema —respondí, sonriendo a la chica. Emma parecía una novia muy normal para un Hunt, muy lejos del perfil de las mujeres que había encontrado en mis investigaciones. Aunque rubia, su tono era más oscuro y natural. Con gafas y un vestido rojo llamativo, que realzaba sus curvas de forma profesional, llevaba un tacón altísimo que la dejaba más o menos de mi altura. Debía ser muy bajita. Era agradable y diferente de las rubias exuberantes que acompañaban a Matt.

—Oye, conozco esa expresión... nada de esa sonrisilla pícara —replicó Emma, señalándome y dejándome avergonzada. Mi mañana estaba siendo una montaña rusa emocional por culpa de esa familia. —Ya sé lo que está pensando, y no soy la novia de ese idiota, ¿vale?

—¿Quién es el idiota, dientuda? —inquirió Logan, saliendo del despacho de Matthew con su hermano justo detrás.

—Tú, nariz de patata. La chica guapa de aquí creyó que era tu novia, ¡como si tuvieras esa suerte! Está con tu móvil, te lo has vuelto a olvidar en mi casa —anunció Emma, girándose hacia mí, de nuevo pareciendo sin aliento. ¿Era impresión mía, o siempre iba corriendo? —Perdone, olvidé preguntarle su nombre.

—Sarah. Me llamo Sarah.

—Vale, Sarah, ha sido un placer. Necesito irme, llego tardísimo —dijo, sonriendo antes de gritar: —¡Adiós, Matt! ¡Hasta luego, Logan!

—Adiós, Ems —respondió Logan, sonriendo a su amiga. Seguí con la mirada a la rubia mientras desaparecía, con una sonrisa en el rostro. Aquello sí era energía concentrada.

—¿Siempre es así? —se me escapó.

—Emma es un huracán de energía —confesó Logan con una sonrisa afectuosa, girándose hacia su hermano, que hasta entonces

observaba la escena en silencio. —Ahora... hasta Emma ha dicho que Sarah es una chica guapa. ¡Toma una decisión!

El menor de los Hunt caminó tranquilamente hacia su despacho, guiñándome un ojo con una sonrisa cínica. ¿Qué demonios estaba pasando? Matthew me miró profundamente, con los ojos fijos y pensativos, atrapándonos en un silencio cargado e incómodo.

Capítulo 3

Sarah

Después del impacto inicial, me sentí a gusto en mi nuevo puesto de trabajo. Como Matthew Hunt había destacado, Diana me había preparado para asumir su cargo sin que yo me diera cuenta. Conocía su organización al dedillo: dónde estaba cada cosa, a quién enviar qué, y todos los procesos que ella me había enseñado en las últimas semanas con discreción.

Mi jefe y yo nos convertimos en un dúo eficaz; yo atendía sus necesidades incluso antes de que las pidiera, solo con seguir sus correos y llamadas. El trabajo era todo lo que había soñado durante la carrera y el motivo por el que había persistido en esta ciudad, a pesar de los empleos horribles. Era interesante y gratificante acompañarlo en reuniones, preparar materiales, interactuar con clientes. Tenía en mis manos una oportunidad enorme.

Si en el ámbito profesional me sentía maravillada, no podía decir lo mismo del lado emocional. Después de nuestro apretón de manos el primer día, evitar cualquier contacto se convirtió en una regla no escrita. Trabajaba muchas horas y, a pesar de toda la sintonía profesional, Matthew hacía todo lo posible por mantener la distancia personal. Por la mañana, me sentaba en su despacho, discutíamos la agenda del día y los asuntos urgentes, y nos organizábamos. Era el único momento en que estábamos a solas más de cinco minutos. El resto del tiempo reinaban los silencios, las miradas cruzadas y muchos pensamientos perdidos en su rostro.

Él sentía lo mismo, era perceptible. Cada vez que me dejaba envolver por su magnetismo, Matthew me devolvía miradas encendidas de deseo y salpicadas por una negación de lo que casi ocurría entre nosotros.

Ya había pasado más de un mes.

En los días normales, nos comunicábamos por correo y teléfono, aunque estuviéramos a cinco metros y una puerta de distancia. Yo lo acompañaba a todas partes, pero nunca estábamos a solas, excepto en aquella breve reunión matutina. Cuando el trabajo apretaba, eran reuniones y videoconferencias, como la con Ledermueller, juntos en una sala, pero con una distancia palpable entre nosotros, como si Matthew no pudiera sentarse a mi lado aunque su vida dependiera de ello.

En los peores días —que, en secreto, adoraba—, necesitábamos trabajar hasta tarde. Era la única excepción a su regla. En esas ocasiones, trabajábamos hombro con hombro, inclinados sobre datos, hojas de cálculo, con la compañía de llamadas y cajas de pizza. Era increíble lograr algo, alcanzar metas y descubrir más sobre Matthew, que, sin embargo, aún me trataba de «señorita Hamilton» mientras yo lo llamaba «señor Hunt». Me hundía en su encanto cada día, incluso sin los encuentros matutinos en el ascensor.

A pesar de distante, era educado, interesado y agradable con quien trabajar. Sería mucho más fácil resistir si fuera un tirano, pero mi confusión con Matthew Hunt tenía mucho más que ver con mis sentimientos encontrados que con su competencia como jefe. Sospechaba que me estaba enamorando y no podía evitarlo. Una atracción sin explicación que me arrastraba hacia él, aunque fingiéramos que nada existía.

Reflexionaba sobre todo esto mientras observaba a Matthew por la rendija de la puerta entreabierta. Por la ventana, la oscuridad de la noche. Era uno más de esos «peores» días. Asombroso, la verdad. Ya pasaba de la medianoche, y había dejado de mirar el reloj, inquieta por la vuelta a casa. Un taxi sería caro, y al llegar, Marisa estaría seguramente en plena fiesta, haciendo imposible mi sueño. Era viernes. Ella no desperdiciaba un fin de semana. Decía: «Somos artistas, es nuestro momento de desconexión». Yo sospechaba que era solo una excusa para beber y

consumir las drogas que traían sus amigos, ya que Marisa rara vez trabajaba, y cuando lo hacía, eran papeles pequeños y mal pagados.

Matthew y yo estábamos tan agotados que la formalidad se había desmoronado: mi peinado impecable se había convertido en un moño desaliñado, y su chaqueta yacía abandonada sobre una silla. Era la tercera vez que necesitábamos alargar la jornada, pero nunca hasta tan tarde. Los socios locales siempre pedían cambios a última hora; Diana ya me había advertido, y era el motivo por el que Jason vivía en Nueva York los últimos seis meses —para corregir y renegociar. La secretaria me había contado que Hunt Enterprise lidaba con ese tipo de problema casi a diario, y algunos los resolvía el consejero delegado, pero otros persistían.

—Necesitamos los datos de medios de Nueva York. Vamos a terminar con esto y enviarlo. Están tres horas por delante, resolverán el resto desde allí y lo reenviarán a los socios. Vamos a finalizar estos contratos e irnos a casa —declaró Matthew, saliendo de la sala y mirándome fijamente. —He enviado algunas informaciones por correo.

Asentí con la cabeza, concentrándome en el material y avisando a Logan —que también seguía el asunto en remoto— para que evaluara los documentos. El menor de los Hunt ya se había ido a casa cuando estalló el problema, pero había seguido trabajando con nosotros desde allí, intentando resolverlo.

Cuando Logan dio el visto bueno y Matthew hizo un segundo análisis, todo fue enviado, y media hora después estábamos por fin libres. Organicé el desorden de la mesa, guardando cosas en los armarios, y cerré el portátil. Al girarme para coger el bolso, pisé mal con el tacón, perdí el equilibrio y caí hacia atrás.

Sería una caída fea, de frente contra la moqueta dura del despacho. Sería. Sentí los brazos de Matthew tirando de mí hacia arriba antes de que golpeara el suelo, enderezándome antes incluso de que lo viera —estaba muy cerca.

—¡Maldito tacón! —refunfuñé, mirando hacia abajo, todavía con Matthew sujetándome en un abrazo torpe.

—¿Estás bien?

—Estoy... el tacón se ha enganchado en la moqueta... —respondí y levanté la mirada, notando nuestra proximidad peligrosa. Pecho contra pecho, a centímetros de su boca. Mi respiración se aceleró, traicionera, y mi mirada se deslizó hacia sus labios. Me quedé paralizada, sabiendo que debería apartarme, pero incapaz de moverme.

—Tú lo sientes, ¿verdad? —susurró. Podría fingir ignorancia, pero sabía exactamente de lo que hablaba. Yo lo sentía desde hacía semanas. Desde hacía meses.

—Sí... —murmuré la respuesta casi como un suspiro, sin aliento, mientras me sentía hipnotizada por mi jefe.

Sin previo aviso, Matthew pegó sus labios a los míos, suaves, como si estuviera descubriendo sus contornos. Estaba demasiado sorprendida y me dejé llevar, con sus brazos cerrándose a mi alrededor y atrayéndome más cerca.

Fue suficiente para volverme exigente, participativa, queriendo más y profundizando nuestro beso. Sus labios me devoraban como si solo existiéramos nosotros dos en el mundo y necesitáramos aquello para vivir. Nunca me había sentido así. Matthew me empujó hacia su despacho, cerrando la puerta con torpeza detrás de nosotros mientras caminaba conmigo sin soltar mi boca. De repente, me levantó, apoyándome sobre la mesa de su despacho y colocándose entre mis piernas.

Se separó de mi boca y comenzó una exploración por mi cuello al mismo tiempo que pasaba su mano por mi espalda y mis brazos. Estaba rendida a mi jefe, rehén de mis sensaciones. Respondí de forma febril, atrayéndolo más cerca, arañando su espalda y paseando mis dedos por su cuerpo. Matthew volvió a prestar atención a mi boca y bajó su mano insinuante, desabrochando mi blusa, tirando con fuerza de ella por fuera de la falda y dejando mi sujetador a la vista.

Empujando la lencería hacia arriba, comenzó a masajear mi pecho mientras me besaba con desesperación. Era visceral, salvaje, como

si estuviéramos atrapados en las sensaciones del otro después de tantos días resistiendo la tentación. Sentía la misma hambre que él y aproveché su atención en mi pecho para abrir su camisa con torpeza, oyendo el ruido de los botones volando por la sala.

Matthew trazó un camino de besos hasta mi pecho izquierdo y empezó a lamerlo y chuparlo, arrancándome un gemido de respuesta.

—Tan bonita... —declaró con la boca aún pegada a mis pechos, su respiración erizándome la piel. Matthew acariciaba con suavidad con las manos y alternaba su atención entre mis dos pechos, erizando la piel y volviéndola hipersensible. Me estaba derritiendo y sintiendo un fuego dentro de mí que clamaba por mi jefe.

Me quité la blusa de manga y abrí mi sujetador por detrás, dejando que la prenda cayera sobre Matthew, que la arrojó lejos. Lo atraje más cerca de mi cuerpo, enredando mis piernas en sus caderas y pasando mis manos por su cabello. Su polla hinchada se rozaba contra mí, haciendo un delicioso movimiento de fricción que me humedecía cada vez más. Estábamos frenéticos el uno por el otro, como si toda la frustración sexual de los últimos meses se estuviera liberando en ese mismo instante.

Empujé su camisa hacia un lado y, aprovechando que él aún jugaba con mis pechos, empecé a repartir mordiscos y lametones por su cuello y clavícula, haciéndole gemir. Mis manos bajaron por su torso desnudo en busca de su cinturón. Matthew me miró a los ojos, las pupilas dilatadas gritando deseo contenido y siguiendo cada uno de mis movimientos. Cuando conseguí liberar el cierre de su pantalón, su erección saltó a mis manos, dura y dispuesta. Sabía que iríamos juntos hasta el final.

Necesitaba tenerlo, necesitaba intentar curarme de esa locura febril que me había ido invadiendo poco a poco desde la primera vez que vi a Matthew en el ascensor de Hunt Enterprise. No quería enamorarme, pero quizá ya fuera tarde para dar marcha atrás; estaba total y completamente a merced de mi desconocido, mi jefe, y quería dar y sentir todo.

Tomé su polla en mis manos, sintiendo la humedad en la punta mientras lo tocaba. Él respiraba con dificultad, un gemido bajo y masculino mientras mis dedos recorrían su eje. Sus manos subieron hasta mi rostro, obligándome a mirarlo para ver su boca susurrar un «¿estás segura?», que respondí con un asentimiento. No había vuelta atrás. Estaba perdida, hambrienta de su cuerpo, y sabía lo que quería, como nunca había querido tanto algo en mi vida.

Sus dedos se insinuaron en mi pierna, subiendo la tela de la falda hasta mi cintura, dejando solo mis braguitas como barrera. Matthew buscó mi abertura, apartando la prenda íntima a un lado y metiendo dos dedos dentro de mí, deslizándose con facilidad en mi coño.

—Mojada... —susurró en mi oído, erizándome con su respiración tan cerca del punto sensible de mi cuello. Cuando su lengua rozó mi piel, mi corazón se disparó de necesidad, abriéndome aún más a su tacto.

—Necesito...

—Lo sé, amor... correte —pidió Matthew al mismo tiempo que hacía caricias circulares en mi clítoris. Entraba y salía de mi cuerpo con sus dedos, añadiendo un tercero. Su boca nunca se separó de la mía, la temperatura del pequeño despacho subiendo varios grados mientras estábamos semidesnudos sobre aquella mesa.

Estaba cerca, pero no quería que fuera así la primera vez.

—No... —respondí con una especie de gemido. Mi mano buscó a ciegas su ropa interior, empujando la prenda hacia abajo. Agarré su erección, acercándola a mí en el mismo instante en que Matthew retiró sus dedos de mi entrada y pasó a sujetar mis muslos, dejándome abierta para él. Coloqué su polla en mi entrada, echando mi cadera hacia adelante, haciéndolo entrar en mí.

—Joder... —gimió Matthew en mi cuello al mismo tiempo que sujetó mi cuerpo pegado al suyo, hundiéndose.

No necesitaba más incentivo que su corazón latiendo con fuerza contra mí, su miembro palpitando entre mis piernas mientras yo estaba hinchada y dispuesta para él. Cerré mis piernas en su cadera

y nos entregamos juntos a movimientos tan antiguos como el mundo. Necesitaba correrme. Matthew empujaba contra mí, rápido, sujetándome por los brazos con tanta fuerza que mi culo se levantaba de la mesa en cada nueva embestida, su polla moviéndose cada vez más rápido mientras gemíamos juntos, en una sinfonía sudorosa de placer. Ocurrió de repente. Sentí que me desmoronaba, como si el suelo se rompiera a mi alrededor, y grité fuerte sin importarme. El placer salía por mis poros de un modo que nunca había experimentado, volviéndome loca. Nunca había sido así.

Mi corazón amenazó con salirse por la boca y todo lo que necesitaba era más y más. Matthew me tomaba con fuerza, haciendo temblar la mesa al apretarme contra sus dedos. Era puro instinto mientras sus caderas iban y venían con velocidad, mi cuerpo disolviéndose entre sus cuidados. El orgasmo llegó por segunda vez, estallando mi visión y dejando mis miembros entumecidos y blandos, como si no tuviera huesos.

Sentí el calor caliente entre mis piernas, el gemido ronco de Matthew y su leche dentro de mí, llenándome y haciéndome tener pequeños espasmos post-orgásmicos. Estaba sudorosa, exhausta y satisfecha, y ya no podía mantener mi cuerpo erguido.

Me desplomé de espaldas sobre la mesa de Matthew, con él sobre mí, todavía de pie y con el pantalón y los calzoncillos enredados en los tobillos.

Apoyó la frente en mi hombro, intentando volver a la normalidad mientras nuestros corazones, acelerados por el esfuerzo, latían desbocados. Nada volvería a ser normal después de aquello, pensé. Nos quedamos en la misma posición varios minutos, cada uno lidiando con la adrenalina posterior al sexo.

Matthew levantó el rostro y me miró con profundidad, forcejeando con las palabras. Podía sentirlo todavía medio erecto dentro de mí, y eso me excitaba de nuevo. ¿Acaso nunca sería capaz de sacármelo del sistema?

—¿Qué vamos a hacer ahora, Sarah?

—No lo sé —respondí en un hilo de voz.

Sinceramente, no lo sabía. Lo tenía dentro de mí, y eso embotaba mi razonamiento. Todo sobre Matthew Hunt era una locura, y nunca me había sentido así. Era mi jefe, por el amor de Dios. ¿En qué me había metido? Acostarme con él ponía en peligro todo por lo que había luchado: mi empleo, mi sueldo, el frágil equilibrio de mi vida en Los Ángeles. No era lo que debería desear, pero mi deseo era una estupidez. Ya había cometido una locura; no debía persistir en el error.

El problema es que no quería decir que no. Necesitaba más. Él era una adicción que se infiltraba en mi vida. Todo había empezado en el ascensor y había crecido hasta aquel instante. Era una estupidez involucrarme con el jefe, pero no controlaba mis instintos ni la atracción por Matt. Necesitaba verlo cada mañana. En el último mes, cada vez que su voz invadía mi espacio, me estremecía. Matt era mi droga, y no sabía resistir.

—Yo... necesito más —confesó él, con angustia en la voz. Matthew se apartó de forma brusca, como si necesitara aire, y se vistió, girándose para evitar mi mirada. Yo me senté, intentando arreglar la falda con dignidad, a la espera del arrepentimiento.

—Señor Hunt, yo...

—Matt. Llámame Matt. A veces te llamo Sarah a escondidas cuando no puedo más. Llámame por mi nombre. Lo que ha pasado no deja espacio para las formalidades.

—No puedo. Eres mi jefe... Es una locura.

—Sarah...

—Necesito irme. Sé lo que siento, pero esto es una locura. No puedo pensar cerca de ti —confesé. Dios... Me acosté con mi jefe, sin preservativo, en el trabajo... Yo... Yo... El pánico rondaba.

—Ni yo —dijo él, encogiendo los hombros, y completó, de forma práctica, como si no estuviera afectado: —Ven a mi casa. Pasa el fin de semana.

Cerré los ojos ante la invitación, dividida entre la urgencia de huir y la opresión en el pecho que me causaban sus palabras. Era

tentador.

—No puedo, señor Hunt... Lo siento... —respondí, tropezando con las palabras, levantándome de cualquier manera y corriendo hacia la puerta antes de arrepentirme.

—¡Sarah, no te vayas!

—Es lo mejor para todos —dije con urgencia, girándome hacia él, manteniendo distancia. Él fruncía el ceño, observando cada movimiento, como si leyera mis pensamientos.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Fingir que no ha pasado nada? Porque yo no puedo, Sarah. Te quiero tanto que duele.

—Necesito irme —repetí, ignorando sus palabras. Le di la espalda, recogí mis cosas de la mesa, todavía oyendo sus sonidos en la sala donde habíamos estado unidos minutos antes.

No podía quedarme. La tentación era demasiado grande.

Minutos después, dentro de un Uber carísimo, reflexionaba sobre lo ocurrido mientras observaba las luces de Los Ángeles. Mi vida sexual no había sido nada extraordinario hasta hacía media hora, y tenía la certeza de que lo que habíamos sentido no era normal. Él había sacudido mi mundo como yo había sacudido el suyo, como si solo juntos alcanzáramos esa perfección sudorosa y visceral, dos piezas de un puzle por fin encajadas.

Sentía miedo.

Acababa de complicarlo todo y no sabía si me arrepentiría de aquellos momentos robados. Quizá solo los tuviera en la memoria. Quizá el lunes él ya lo hubiera olvidado... Pero yo no. Jamás.

Capítulo 4

Matt

Observé a Sarah salir de la sala sabiendo que todo cambiaría a partir de allí. Ella había sido mi gran secreto durante los últimos meses; lo cambió todo con solo una mirada de pocos segundos en aquel ascensor. Nunca he sido un santo, salgo con mujeres todo el tiempo, les doy un buen rato y luego cada uno por su lado: rápido, placentero y único. Pero Sarah Hamilton me llevaba más allá de eso desde la primera vez, como si nada fuera suficiente y siempre necesitara más. Pero nunca la tuve realmente; era solo mi secretaria, la empleada de mi empresa, pero aun así, la sensación siempre estuvo allí, a punto de estallar.

Mis hermanos y yo teníamos una corporación, que era nuestro orgullo. Con tantos empleados y tanto que hacer, pasaba muchas horas en la oficina, dormía poco, trabajaba mucho y no podía pensar en una vida personal más allá de las pocas horas de placer en brazos de mujeres semidesconocidas. Todo estaba bien hasta que vi a aquella belleza rubia desde lejos, corriendo y gritando «sujete el ascensor», y fue como si un interruptor se encendiera dentro de mí. Extendí la mano para parar la puerta —contra todas las medidas de seguridad que la empresa predicaba— y ella murmuró un «gracias» sin aliento al entrar. Estaba esperando el momento en que me mirara, descubriera quién era y pidiera disculpas por la escena en el vestíbulo del edificio. Pero todo quedó eclipsado por la primera vez que la miré con profundidad en pocos segundos.

Una corporación, numerosos empleados y todos los días esperaba ver solo a una. Así empezó todo este lío. No tenía ni idea de quién era, lo que me irritaba. Sabía solo que era pequeña, rubia, con un olor que me volvía loco y que encajaría como un guante en la curva

de mi cuello. Me gusta saber quién es cada una de las personas que trabajan conmigo, pero no sabía quién era ella y necesitaba saberlo. No porque fuera mi empleada, sino porque era «ella». Era como si un imán invisible me atrajera hacia la desconocida y nada consiguiera que dejara de mirarla; su olor floral me ponía la polla dura al instante cada nuevo día. Era una locura que se repetía cada mañana, una reacción que nunca había tenido con ninguna mujer, sobre todo en tan pocos segundos, y que me hacía fingir indiferencia todos los días.

Necesitaba tenerla, pero no sabía cómo.

El pitido del ascensor me sacó de la niebla sensual aquel primer día, haciendo que la desconocida rompiera el contacto visual y bajara en la 10.ª planta, moviendo la cabeza ligeramente, como si quisiera acabar con el estupor de nuestro encuentro.

Me esforcé por estar allí todos los días después de eso, con la voluntad ciega de verla más y más, y solo un «buenos días» susurrado entre los pocos segundos de soledad en la caja metálica. Estaba a punto de volverme loco. Solo sabía que trabajaba en Hunt Enterprise, que llegaba temprano y que trabajaba en la 10.ª planta. Cada nuevo día me volvía más loco que el anterior. Mi ética me contenía para saber más hasta que me di cuenta de que volvía locos a los que me rodeaban. Fue Jason quien intervino por primera vez.

—Matt, ¿me estás escuchando? —la voz de Jason por el teléfono en manos libres preguntó con irritación. Era un día más en el que me había distraído pensando en la rubia desconocida durante una reunión de trabajo.

—Todo bien, Jason, continúa...

—Matt, no estás concentrado. ¿Qué te preocupa?

—No he conseguido identificar a una empleada y me he quedado con eso en la cabeza.

—¿Guapa?

—Ese no es el punto —respondí con un tono irritado, sin entender por qué Jason hablar de «ella» me sacaba de quicio. —Me gusta

saber quiénes son las personas.

—Voy a fingir que creo tu respuesta. —Mi hermano soltó una risa seca. —Busca en Recursos Humanos, fin de la historia, eres el dueño de esta empresa, ¡tienes que usar tus armas! ¿Podemos centrarnos en la renovación de esos contratos? Esto está siendo un dolor de cabeza ridículo, ¡voy a matar a los abogados que cerraron los documentos así!

Hice lo que Jason sugirió después de terminar la llamada. Llamé a la jefa del departamento de personal y pregunté por nuevos empleados, y me informaron que habíamos contratado a tres personas en el último mes. Escuché pacientemente sobre un hombre de 35 años para contabilidad, una mujer de 40 para el área de proyectos y una joven para el secretariado. Bingo. Me sentía un maldito acosador, pero conseguí el nombre y el currículum de la desconocida del ascensor minutos después.

La señorita Sarah Hamilton tenía 25 años, licenciada en Administración, actualmente asistente general y con fluidez en alemán. Maldito Jason y sus ideas. Cada día me debatía entre dejarlo estar e imaginar 300 formas de aparecer en la 10.ª planta y hacer que pasara tiempo conmigo. En todos los escenarios que se me ocurrían, sería un idiota y ella diría «no». Joder, ¿por qué me siento como un colegial torpe con esta mujer?

Guardé la información conmigo hasta que Lukas Ledermueller me envió otro de sus largos correos sobre representación de negocios estadounidenses en Alemania en colaboración con las filiales atendidas por su agencia. Ese asunto nunca pasó de ahí, pero era como si cada seis meses intentara reavivar la llama de la colaboración inexistente y hiciera esos contactos formales para recordar nuestras conversaciones. Ledermueller no confiaba en nuestro trabajo y nunca dejaría que Hunt Enterprise entrara por primera vez en el mercado internacional sin nuestra cobertura total. Teníamos estudios, datos, planificación, pero nada servía para él. El alemán no mandaría en nuestros negocios dentro o fuera de Estados Unidos, independientemente de lo ventajosa que fuera la colaboración.

Hablar con Lukas era una enorme pérdida de tiempo, pero era bueno hacerlo por las reglas del buen vecindario. Además de tener una empresa lucrativa de publicidad y relaciones públicas, Ledermueller era dueño del peor acento que había oído, y en varias ocasiones necesitamos intérpretes para conversar, lo que era otro gran desperdicio de dinero, porque yo sabía que al final no estaría de acuerdo con nada, desaparecería durante meses y volvería con una versión actualizada del proyecto anterior sin ceder ni un milímetro en sus peticiones. El currículum de la señorita Hamilton me vino a la cabeza en ese mismo instante y decidí dar un voto de confianza en un negocio tan simplón que no iría a ninguna parte. Como mucho, ella pasaría vergüenza por haber mentido en el currículum al no ser exactamente «fluida», y mantendríamos una negociación en alemán sencillo para que la señorita Hamilton tradujera. Luego me vería con la pequeña mentirosa.

Pedí a Diana que hiciera el contacto y organicé las cosas con Lukas Ledermueller. A la hora indicada, Sarah apareció en la sala de reuniones y me quedé deslumbrado por ella, como cada mañana. Noté el *shock* en sus ojos y advertí su lucha mental entre mirarme, sentarse en la mesa o salir corriendo. ¿No tenía ni idea de quién era yo?

Sarah Hamilton era buena de mirar y mi polla ya mostraba signos de reconocimiento. Era ridículo. En las últimas semanas no me había acostado con ninguna mujer, y todas las veces que me masturbé, la pequeña rubia estaba en mis pensamientos.

Estaba completamente roja y sentía como si pudiera leer mi mente sucia.

—H... Hola... Soy Sarah Hamilton —dijo con voz entrecortada.

—Siéntese, señorita Hamilton. Como espero que sepa, somos una empresa de publicidad de varios formatos y estamos intentando hacer más negocios internacionales. Lukas Ledermueller es dueño de una agencia de relaciones públicas en Alemania y hablaremos sobre algunas colaboraciones. Hemos tenido una oportunidad de

negocio inesperada y por eso esta reunión urgente. Yo hago las preguntas, usted las traduce, y también las respuestas. No necesita nada más, ¿vale?

Se acomodó frente a mí y comencé la llamada. Lukas Ledermueller apareció en la pantalla y rápidamente presenté a Sarah como nuestra traductora y mi empleada. Ella misma hizo su presentación, aparentemente diciendo lo mismo que yo en alemán, lo que era impresionante y un poco excitante. Empezamos la misma conversación de siempre con Ledermueller y su propuesta, trayendo dudas que respondíamos para obtener una respuesta incierta y una decisión de esperar más tiempo. Era el maldito juego de poder, y él creía que podía vencernos por cansancio.

Era todo tan desalentador que me desconecté unos segundos para pedirle el almuerzo para mí y para Sarah a Diana mediante un mensaje de texto. Ledermueller seguía y la señorita Hamilton me miró con insistencia, traduciendo otra cuestión hasta que me entregó un papel garabateado pidiendo algún tipo de propuesta. La chica era toda una profesional, que había entendido lo que Lukas quería en 20 minutos. Esto había empezado por mi deseo sexual, pero estaba impresionado porque no solo había traducido, sino que había absorbido información y aportado una ayuda necesaria.

Aproveché el momento para hablar con firmeza por primera vez, prestando atención total al negocio y tratándolo como una posibilidad. Dije concretamente lo que necesitábamos de él, nuestras fechas, presupuesto y todo lo factual que pude recordar de memoria. Añadí algunas experiencias para mostrar nuestra posición. Ocurrió un milagro: conseguimos avanzar en un proyecto que había estado en punto muerto durante más de dos años. Sarah tuvo una reunión de 30 minutos e hizo que Ledermueller aceptara nuestro plan para entrar oficialmente en la fase contractual. Era un negocio casi cerrado gracias a ella, a su acento alemán y a su competencia.

Aún intentando asimilar la nueva negociación, vi a Sarah hablando y sonriendo con Lukas sin traducir. Mierda. Intenté contener mi mal humor ante el alemán coqueteando con mi chica y me despedí con

voz seria, aprovechando para elogiarla a continuación. Diana me envió un mensaje avisando de que todo estaba listo y salí a buscar la comida.

—Necesitas tener un horario de almuerzo de verdad, Matt.

—Lo sé, Diana. Pero, por ahora, esto es lo que hay. Almuerzo y reunión en la misma sala. —Le guiñé un ojo y volví a la sala, donde encontré a una Sarah confusa mirándome fijamente.

Se soltó un poco durante el almuerzo, contándome sobre su familia y el porqué de su fluidez en alemán. Mierda, era una excelente profesional que merecía esta oportunidad. La habían llamado con urgencia para algo y había conseguido cerrar un contrato. Sarah necesitaba una oportunidad.

—Sobre esta reunión, no hace falta que le recuerde la confidencialidad, ¿verdad? Necesito anotaciones sobre lo ocurrido aquí y me gustaría que ayudara a Diana con la gestión de este negocio cuando ella lo necesite.

—¿Voy a tener que volver aquí?

—No, tenemos traductores, pero es interesante que acompañe el proceso. Ha hecho un excelente trabajo, Sarah.

—Gracias.

—Nos cruzamos todas las mañanas, ¿verdad? —pregunté sin poder resistirme. Observé a Sarah ponerse roja y esquivar mi mirada. ¿Acaso iba a fingir que nuestros encuentros nunca habían ocurrido?

—¿¡Cómo?!

—En el ascensor. Es usted todas las mañanas.

—Creo que sí, pero no sabía que usted era usted... Quiero decir...

—Poca gente llega tan temprano. No habíamos hablado hasta ahora.

—Es un placer, señor Hunt.

—Vamos a vernos más a menudo, Sarah. —Sentí la sonrisa brotar en mis labios e intenté controlar mi lado depredador.

Estaba a un paso de coquetear abiertamente con mi empleada. Una profesional muy competente que me despertaba de formas imposibles, pero aun así, alguien que merecía una oportunidad. Era mejor terminar nuestro almuerzo allí antes de hacer alguna locura. Era buena, no la llevaría a la cama solo para perder luego a una empleada con talento. Mi cuerpo, por otro lado, no entendía eso, y al estrechar su mano, mi mundo se vino abajo. Esas cosas tontas sobre el calambre y sentir una energía por todo el cuerpo... Bueno, eso ocurrió y me dejó sin reacción. Nos separamos aún sorprendidos por esa energía, y me aparté, mirándola a los ojos e inclinando la cabeza.

Esa misma noche, me acosté con una mujer. Rubia y pequeña como ella. Era el tipo de mujer con el que más había salido en mi vida, quizá por alguna coincidencia idiota del destino, tal vez porque la mayoría de las modelos son rubias, delgadas y de pechos generosos, pero esta vez fue una elección específica. Necesitaba sacármela de la cabeza.

Así que, cuando corrí, la llamé Sarah.

∞∞∞

Lloviera o hiciera sol, me despertaba a las seis de la mañana para correr. Necesitaba mantenerme sano y tenía ese hábito desde hacía años. Ya habían pasado algunas semanas desde la reunión con Lukas Ledermueller y había hecho la vista gorda a la presencia constante de la señorita Hamilton en la planta ejecutiva para hablar con Diana. Dejé de llegar a la hora a la que solíamos encontrarnos en el ascensor e intentaba evitarla a toda costa, para no hacer que ese sentimiento insano creciera aún más. Me di una ducha para calmar los músculos y preparé mi café, disfrutando del silencio de vivir solo mientras observaba el paisaje de Los Ángeles. El líquido negro bajaba caliente por mi garganta, haciéndome gemir de lo bueno que estaba. Detesto tener dependencias, pero un buen café bien hecho es mi punto débil.

En medio de la lectura de un correo, el teléfono sonó y vi el nombre de Diana. Todavía era temprano para que mi secretaria llamara. Como sospechaba, era una emergencia. Diana estaba angustiada y me contó el ictus de su marido y cómo necesitaba ausentarse unas semanas. Era obvio que tenía que estar con Larry, y la tranquilicé, explicándole que todo iría bien y que protegería su puesto hasta su regreso. Diana tenía el aspecto de una abuela que hace galletas, pero era un tiburón bien entrenado. En los diez años como mi asistente, hacía lo que quería conmigo, era una persona insustituible. Era curioso cómo llegó a mí: yo tenía 22 años, acababa de graduarme y montar una empresa con mis hermanos y mi padre. Mientras buscábamos secretarias, apareció Diana. Todas las demás candidatas tenían veintipocos, quizá treinta. Ella pasaba de los cincuenta.

Odio decirlo, pero era el idiota que la habría descartado por eso, pero ella fue más rápida, como siempre, y dijo nada más llegar: «Mira, sé que soy mayor y que no me contratarán por eso, pero la cuestión es la siguiente: sé del negocio y tú no. Tú tienes dinero y el título, yo tengo la experiencia. Seremos un dúo y tanto». La contraté en período de prueba por los cojones que tuvo para decirle eso a un posible empleador, y ha estado conmigo los últimos diez años. Estaba preocupado por cómo sería sin mi brazo derecho, pero Diana siempre fue más rápida que yo y sugirió:

—Sarah me ha estado ayudando el último mes. No sé cómo la chica consigue seguirme sin descuidar sus cosas allí abajo, pero lo hace. Además del contrato alemán, está haciendo otras cosas también.

—¿Por qué diablos ha estado trabajando contigo?

—Mi jubilación, idiota. La chica es estupenda y ha estado conmigo el último mes. Avisa a Recursos Humanos de que la necesitarás y ya está, sin dramas y el trabajo seguirá. Y, Matt, no te olvides de darle un aumento, ¿vale?

Fui a buscar a Sarah a su planta al inicio de la mañana, ignorando mis instintos y respetando la decisión de Diana de tenerla como

sucesora. La había evitado, pero ella también hizo un gran trabajo al no encontrarse conmigo, lo que significaba que no la veía desde la reunión con Ledermueller. Su bolso seguía sobre la mesa, lo que indicaba que Sarah acababa de llegar, y me acerqué.

Era una visión con su pelo rubio y liso cayendo sobre los hombros. Hoy Sarah vestía de rojo, un vestido que delineaba cada curva de su cuerpo. Sentí mi polla endurecerse en el pantalón, una reacción común al verla por ahí o pensar en ella, y supe que necesitaba ponerme en movimiento. He fantaseado y soñado con Sarah y me he masturbado más veces en su honor de las que puedo contar. Después de que la llamara mientras me acostaba con otra, decidí satisfacerme yo mismo, porque no era justo para las otras.

Todo ocurrió muy rápido: se mudó a la mesa de Diana y empezamos a trabajar, complaciéndome saber que era tan buena como mi secretaria creía. Éramos un gran dúo; Sarah sabía todo lo que necesitaba, como si aún tuviera una versión de Diana que me mantuviera duro todo el tiempo. Mientras no la tocara, podría controlarme, manteniendo la imagen de una relación laboral tranquila.

El problema era mi cabeza.

Me enfurecía con cualquier hombre que se acercara a ella, incluido Logan. Cuando la oí reír con mi hermano, quise darle un puñetazo y luego pensar en lo bajo que había caído por una mujer. Pasaba minutos enteros pensando en el sabor que tendría al lamer sus pechos o si le importaría que me la comiera sobre mi mesa.

Las cosas fueron sucediendo durante largas semanas hasta que explotaron por completo. De repente, me vi enterrado en Sarah, sabiendo que ella me quería tanto como yo a ella. Fue el polvo más loco que he tenido, el mejor, el mejor orgasmo, la mejor mujer. No renunciaría a Sarah, no ahora que conocía su sabor, la forma en que me besaba, la forma en que temblaba entre mis manos. Pero ella pensaba diferente. Quería un fin de semana entero para superar mi

obsesión por ella y volver a la vida normal, para intentar tener una vida en la que no pensara en Sarah todo el tiempo.

Sarah se fue sin mirar atrás.

A la mañana siguiente, salí a despejarme. Pensaba que estaría con ella en mi cama, pero en su lugar pasé otra noche con mi mano. Salí a correr y, después de un café rápido, saqué mi moto del garaje. Era algo que me encantaba hacer, pero casi no tenía tiempo para ello. Mi madre se volvía loca con la posibilidad de un accidente, pero siempre le recordaba que mi vida había estado en juego tantas veces en mis 30 años que merecía ese placer.

Ser superviviente de un cáncer tan joven no había hecho grandes maravillas en mí. El linfoma de Hodgkin apareció cuando tenía 20 años, me derrumbó y me dio otra perspectiva de vida. A veces mi familia decía que parecía tener miedo de crear lazos después de aquello, pero para mí era algo más grande: el mundo era demasiado grande para tener solo una cosa, una persona, un sabor, una emoción. Todo podía terminar de repente y no habría experimentado mis deseos y sueños. Me dejó marcas después del tratamiento, imposibilitando tantas cosas en mi vida, como tener hijos. En un intento frustrado de mantener algún futuro, dejé muestras en un banco de semen. Cuando ocurrió un accidente y todo se perdió, fue como una señal para mí. Debía disfrutar de mi vida mientras hubiera tiempo.

Me detuve en un mirador en Santa Mónica, observando el sol abrasador de Los Ángeles y pensando en mi situación. Sarah era la primera persona que me hacía reflexionar sobre la forma en que vivía mis relaciones. Una vez siempre fue suficiente, pero con ella no. Una cosa, una persona, un sabor, una emoción, pero yo solo quería la suya.

Sarah dijo que no.

La temporada de caza estaba a punto de comenzar.

Capítulo 5

Sarah

Esta vez no fue Marisa quien me hizo pasar la noche en blanco. Bastaba con cerrar los ojos para volver a aquellos minutos en la sala de Matt, los dos, piel contra piel, sedientos el uno del otro. Imaginé varios escenarios en los que decía «sí» a su propuesta y pasaba el fin de semana en su cama, saciándome de esa reacción loca que sentía por mi jefe. Estaba mortificada por haberme acostado con él en la oficina, pero no arrepentida de lo que habíamos hecho. Discutía conmigo misma lo estúpido que había sido llegar hasta el final con él, al mismo tiempo que recordaba los malditos orgasmos múltiples que me había dado sobre aquella mesa.

Jefe.

Esa palabrita de cinco letras brillaba en mi cabeza como un foco cada vez que pensaba en Matthew Hunt. Lo había estropeado todo de un modo u otro: al acostarme con él en el despacho, había acabado con todas mis posibilidades de tener una carrera en Hunt Enterprise. No tenía valor para enfrentarme a él y en varias ocasiones me pregunté si Matt hacía eso con sus empleadas. ¿Sentía deseo y las despedía cuando se cansaba? Todo eso sería un desastre para las políticas de la empresa, un caso entre secretaria y jefe... Caso. Quizá para Matthew fuera algo de una sola vez, una oportunidad después de un día estresante. Una mujer disponible que compartiera el mismo deseo que él.

Ah... Puse la almohada bajo mi cabeza y grité, notando que los sonidos se amortiguaban con el algodón mientras me revolvía en la cama. Mi vida sexual era más parada que una estatua de museo, y de repente lo había estropeado todo, acostándome con mi jefe y poniendo en peligro mi plan de salir de aquel apartamento, de dejar

de sentirme amenazada por las actividades de Marisa, de conseguir algo de estabilidad en mi carrera. ¡Sarah Hamilton, lo has arruinado todo!

Amaneció el día y la casa estaba llena de vasos por todas las superficies posibles. Alguien dormía en el sofá del salón y cajas de pizza estaban esparcidas por toda la cocina. Me arrastré por los pasillos, bostezando y notando marcas blancas sobre la mesa del salón que no quise investigar en detalle. Dormí pocas horas y deseaba pasar el resto del día lamándome las heridas, pensando en lo que escribiría en la carta de renuncia el lunes. Le debía tanto a Diana y estaba abandonando su puesto antes de su regreso...

En fines de semana normales, habría terminado recogiendo el desastre de Marisa, haciendo la compra y viendo un poco de televisión, pero esta vez estaba demasiado confusa y nerviosa para quedarme encerrada en mi habitación. Me di una ducha rápida y salí en busca de un café, donde pasé parte de la mañana observando a la gente caminar por la zona de Venice Beach y esperando que alguna epifanía me mostrara qué hacer entre Matt y mi empleo. Cuando me cansé de pensar por mí misma, fui a casa de Eli en busca de respuestas.

—Oye... ¿Tan temprano? —me preguntó bostezando mientras abría la puerta de su apartamento.

—He hecho una cagada muy, muy gorda —respondí y me dejé caer en su sofá, escondiendo el rostro entre las manos al mismo tiempo que oía los pasos somnolientos de mi amiga hasta sentirla sentarse a mi lado.

—Vamos, Sarah... Eres una santa, no puedes haber hecho nada malo.

—Me acosté con mi jefe —revelé, mirándola preocupada, mordiéndome los labios con angustia.

—Sí, has hecho una cagada —confirmó con un apretón reconfortante en mi rodilla. —¿Ese jefe es el guapo del ascensor o es uno de los hermanos de tu obsesión?

—¡¿Qué?!

—Todos son guapos, no te juzgaría —respondió riendo, y la miré con irritación. Eli lo sabía todo sobre Matthew, desde nuestro primer encuentro hasta el *shock* al verlo en la reunión meses atrás. ¡Necesitaba consejos! —Vale... Finalmente has caído rendida ante Matt Hunt.

—Eli...

—¿Cómo te sientes con eso? —preguntó.

—¿Quieres la verdad o lo que he estado pensando realmente?

—Debes haber pensado mucho, amiga. Lo que más haces es pensar, y eso siempre puede estorbarte.

—Es bueno saber lo que está bien y lo que está mal —protesté.

—Y también es bueno seguir tus instintos. ¿Qué te están diciendo sobre ayer?

—Que fue bueno... Que fue genial —respondí, mirándola con vergüenza. —Y fue rápido, en medio del despacho... Imagina en una cama...

—Sin detalles a menos que quieras contar toda la historia, y sé que eres demasiado vergonzosa para eso —me interrumpió Eli con una risa.

—Matt me pidió que pasara el fin de semana con él.

—¡¿Matt?! ¿Dónde está el señor Hunt?

—Después de que... de lo que pasó... Dijo que no tenía sentido llamarlo así.

—Tiene un punto. Su polla estaba dentro de ti, no hay motivos para las formalidades.

—¡Eli! —grité avergonzada, y ella se rió de mí, dándome un ligero golpecito en la pierna.

—Muy bien. ¿Qué es lo que te causa dudas?

—Quería haber pasado el fin de semana con él. Quería más, como si me hubiera enganchado en pocos segundos. ¿Tiene sentido?

—Claro que lo tiene. ¿Y qué vas a hacer al respecto? ¿Sabes dónde vive?

—¡No! Y presentarme allí como una acosadora... ¿No puedo? —argumenté insegura, con el pensamiento de aparecer en casa de Matt por sorpresa brillando en mi cabeza. *Hola, ¿podríamos empezar donde lo dejamos ayer?*

—Sarah, ya eras una acosadora. Seguiste a un desconocido por ascensores.

—¡Es diferente!

—¡Vale! Entonces el lunes, ¿qué vas a hacer?

—Bueno... Pensé en redactar mi carta de renuncia y...

—¿Te has vuelto loca? —exclamó Eli en voz alta, interrumpiéndome.

—Después de lo que ha pasado, no puedo trabajar con él, amiga, no puedo.

—Trabajar en Hunt es tu sueño. Te encantaba todo lo que estabas haciendo allí, no dejes que ningún hombre te lo quite.

—¡Pero no es él! Soy yo quien...

—Espera a que él te despida, entonces —dijo, cortándome de nuevo. —¿Qué puedes hacer?

—¿Fingir que no ha pasado nada? —sugerí.

—¿Quieres a ese hombre, Sarah? Pues ve a por él.

—¿Y si no es más que una noche? Eli... Fue todo tan rápido... ¡Ni siquiera usamos preservativo! ¡No sé en qué estaba pensando!

—¿Crees que podrías...? —preguntó Eli sin terminar la frase.

—Tomo anticonceptivos, pero aun así... Es una estupidez acostarse con un desconocido sin protección, por mucho morbo que tuviera.

—No es un desconocido, es tu jefe —respondió con un tono provocador.

—Ahhh... —refunfuñé sin respuesta, dejándome caer sobre el sofá, suspirando alto mientras mi amiga me miraba con expresión cómica.

—¡Ve a por él y descúbrelo! —insistió.

—Es tan fácil para ti... Eres tan guapa y decidida y...

—Querida, no hay momento como el presente. Aprovecha mientras los dos estáis en la misma página y queréis lo mismo. Él te pidió que pasaras el fin de semana con él. Si te expones y él ya no tiene interés, al menos tendrás tu respuesta. Es mejor que quedarte siempre con la duda.

—Eli, ¿cómo puedes ser tan inteligente? —susurré con una sonrisa.

—He vivido mucho, querida. Ahora, no tienes su teléfono ni sabes dónde vive. ¿Qué tal si solo pasas el fin de semana comiendo tonterías y armándote de valor para el lunes?

—Eres especial, Eli Bracey. Un día alguien te robará el suelo y seré yo quien tenga esta conversación contigo.

—Eso nunca va a pasar, pero es bueno tener una mejor amiga —respondió guiñándome un ojo y dándome un abrazo.

∞∞∞

Hice un buen trabajo evitando el tema «Matt y mi empleo» después de la conversación con Eli. Salimos, vimos la tele, nos divertimos juntas y, de repente, llegó el lunes. No sabía qué esperar de mi jefe después de nuestro encuentro anterior, pero, como mi amiga sugirió, debería dejar claro lo que sentía por él. Quizá no estuviera lista para ir a su casa, pero solo saber lo que él quería ya ayudaría a acabar con mi angustia. El polvo del viernes era cosa de dos personas, no solo mía, y necesitábamos lidiar con las consecuencias.

A las ocho de la mañana, me senté en la mesa y empecé a revisar la agenda del día. El ascensor pitó y Matt Hunt entró en la planta con otro de sus trajes bien cortados, el pelo oscuro cayendo sobre sus ojos verde oliva y su olor a perfume masculino invadiendo todo el ambiente. Temblé ante su visión y miré a mis pies, alisando

pequeños pliegues invisibles de mi vestido solo para no mirarlo durante aquellos segundos.

—Buenos días, Ma... señor Hunt —murmuré.

—Buenos días, señorita Hamilton. Sea rápida, tenemos una reunión que no estaba prevista.

—¿Con quién? No está en su agenda.

—Marie Martin. Una inversora de Nueva York que está en la ciudad esta mañana y ha pedido verme. Ya ha estado hablando con Jason, pero quería entender más del área comercial.

—Muy bien... Voy a preparar la sala.

—La haré en mi despacho, ya debe estar a punto de llegar.

—Entonces, ¿qué necesita?

—Que esté atenta a mis peticiones, será suficiente.

—¿No participo? —pregunté con cierta frustración. Desde mi llegada al 29.º piso, había participado en las reuniones de la dirección con frecuencia.

—Será rápido. La llamo si necesito algo. Gracias, señorita Hamilton —agradeció con una sonrisa torcida, como si le hiciera gracia pronunciar mi apellido. Sus ojos se detuvieron unos segundos sobre mí antes de entrar en su despacho y cerrar la puerta tras de sí.

Nada había cambiado. Seguíamos siendo los dos, con un aura sensual no declarada y Matt encerrado en su despacho. Era irritante y reconfortante a la vez. En cuanto mi jefe cerró la puerta, una mujer salió del ascensor caminando lentamente hacia mí. Era guapa, del tipo clásico, delgada, alta, rubia y desprendiendo su estatus financiero y social.

Sabía que era Marie Martin, la mujer a la que Matt quería ver sin mí. Al verla, entendí el motivo y enseguida sentí antipatía por la inversora. Ah, Dios... Solo una noche, pensé irritada conmigo misma.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla?

—Matthew Hunt me espera para una reunión. Soy Marie Martin —dijo al tiempo que extendía una tarjeta mientras parecía distraída con su móvil. No actuaba con arrogancia ni ironía, solo estaba ocupada. *Estás celosa, Sarah...*

—Solo un momento —respondí y comuniqué su llegada a Matt, que pareció entusiasmado por recibir a la mujer en su despacho el lunes por la mañana, abriendo la puerta con un saludo.

La observé de cerca mientras caminaba hacia él en el momento en que Matt la recibió, dedicándole una sonrisa íntima resaltada por su pintalabios rojo.

Cuando la puerta se cerró, aislándolos de mi mirada curiosa, me quedé mirando la puerta unos segundos, pensando si el sentimiento que Matt parecía corresponder era en realidad el deseo genérico por mujeres rubias. Estaba enfadada por haber pensado tanto en él cuando Matt se preocupaba por otras cosas... ¿Y si él...? ¿Y si pasó el fin de semana con alguien? ¿Con ella? Marie Martin... ¿Y si Matthew Hunt solo necesitaba un cuerpo caliente para pasar el sábado y el domingo y, cuando le dije que no, eligió a otra mujer? *Estás celosa, Sarah.*

—¡Ahhh...! —murmuré frustrada al mirar la puerta cerrada, girando sobre la silla, sabiendo que convivir con Matt me volvería loca después de lo que había pasado entre nosotros.

—¿Todo bien? —oí la pregunta detrás de mí. Giré la silla con vergüenza y encontré la mirada curiosa de un hombre tan parecido a Matt, con ojos azules muy claros, que parecía confundido mientras observaba mis movimientos.

—Ahh, señor Hunt. Le pido disculpas... —balbuceé, intentando disculparme por mi comportamiento. —Estaba, yo... ¿Quiere hablar con su hermano?

—Sí. ¿Ya está con Marie Martin?

—Acaba de llegar.

—Estupendo. Voy a entrar, no hace falta que me anuncie —explicó y miró la pequeña placa en mi mesa, sonriendo ligeramente,

como si tuviera un secreto que yo no conociera. —Ha sido un placer conocerla, señorita Hamilton.

—Mis disculpas de nuevo, pensé que estaba sola y su hermano... —respondí y me llevé la mano a la boca, dejando escapar mi frustración con Matthew Hunt.

—Lo sé. —Jason Hunt rio. —No deje que él sepa que le afecta. O mejor... Elija mostrar su vulnerabilidad, si quiere.

—¡No me afecta! —respondí demasiado rápido, y Jason me miró con atención.

—Señorita Hamilton... Soy el hermano observador. Confíe en mi diagnóstico —anunció, pillándome desprevenida. —¡Buenos días!

Permanecieron en la sala más de media hora hasta que Marie Martin, con su pelo brillante y su aire deslumbrante, salió del despacho. Fue muy afectuosa con Matt. Se abrazaron, y Jason se ofreció a acompañarla hasta su coche, conduciéndola hacia el ascensor. Observé todos los movimientos de la mujer, atenta a cada palabra que le dirigía a Matt; el veneno de los celos se apoderaba de mí y me la hacía parecer cada vez más desagradable con solo mirarla.

—¿Puedo preguntar de dónde es el vestido, si te interesa tanto? —dijo Matt cerca de mi oído, siguiendo mi mirada hasta la puerta del ascensor, viendo cómo se cerraba tras Jason y Marie.

—¿Qué has dicho?

—No has apartado los ojos de Marie. ¿Algún interés?

—Nada especial. ¿Ha ido bien la reunión? Parecíais muy amigables —respondí encogiendo los hombros, pero dejando escapar un deje de malicia en la voz.

—¿Estás celosa?

—¿De quién?

—De mí —explicó, cruzando los brazos y mirándome más de cerca, en un tono casi cómico. —Dije que no iba a olvidarlo, Sarah. No finjas que no ha pasado nada.

—Señor Hunt... —susurré, levantándome y dando unos pasos atrás, intentando poner distancia entre nosotros.

—Cada maldito hombre que se acerca a ti me da celos. No puedo confiar ni en mi propio hermano cuando te oigo reír con él —confesó Matt en un murmullo, acercándose a mí. —Una cena... Tú y yo, hoy, sin pensar demasiado.

—Matt...

—Sácame de esta miseria, Sarah —susurró Matt en voz baja, colocando su mano bajo mi nuca y atrayéndome hacia él. Podía sentir su respiración y el vaivén de su pecho acelerado, como si estar cerca de mí le afectara igual que a mí me afectaba estar cerca de él. —Sientes algo por mí, o no te habrían dado celos Marie. Una cena.

—De acuerdo —respondí, dando un paso atrás y apartando su mano de mi piel. —Pero nadie puede saberlo. No quiero que se convierta en un cotilleo... ¿Vale? No podemos hacerlo aquí.

—Lo que tú quieras, amor. No puedo esperar —replicó Matt, aún con una mirada hambrienta sobre mí, cuando el ascensor pitó y los dos nos separamos como culpables, como si nos hubieran pillado.

A pesar de que la mesa de Diana estaba en un lugar discreto de la planta, su posición la convertía en una guardiana: era lo primero que la gente veía al bajar en el 29.º. En situaciones comprometidas, como la que acababa de ocurrir, sería una bomba de relojería.

—Veo que has elegido ser vulnerable —comentó Jason al acercarse, después de salir de la caja metálica. Miré a Matt con culpabilidad, que a su vez miraba a su hermano enfadado por sus palabras.

—¿Hablamos de la reunión? —preguntó Matt, intentando que su hermano mayor cambiara de tema.

—Muy bien —dijo Jason y me dedicó una sonrisa torcida, como si no estuviera acostumbrado a usar esos músculos de su rostro. —Y buena elección, señorita Hamilton... Matt llevaba semanas paseándose como un animal enjaulado.

—¡Jason, por favor! ¿Podemos entrar? —rogó Matt desde la puerta, mirando a su hermano con una súplica en la mirada.

—Les pido disculpas a los dos. Es que a veces la verdad es el mejor camino. Dios sabe cómo hay personas traidoras e insensibles con los sentimientos de los demás —dijo Jason, centrando su mirada afilada sobre mí, pero pareciendo con la cabeza en otro sitio, como si estuviera pensando en otra cosa. Él y mi jefe se miraron durante unos segundos, como si existiera un entendimiento más allá de mí, antes de que Jason Hunt moviera la cabeza, intentando despejar sus pensamientos.

—Entonces, hablando de Nueva York... —comenzó Matt, abrió el despacho y condujo a su hermano hacia dentro. Sus voces quedaron amortiguadas por la gran puerta de madera y por mis pensamientos.

Tenía una cita con Matt Hunt. ¿En qué me estaba metiendo?

Capítulo 6

Sarah

—¿Estás lista? —preguntó Matt cuando pasaban de las seis de la tarde. Habíamos trabajado el resto del día como si la invitación a cenar no hubiera ocurrido, y por mucho que quisiera llamar a Eli y pedirle consejo, debía ser una mujer adulta y lidiar con mis propias decisiones.

—Creo que las cosas han mejorado mucho desde el viernes.

—Con la reunión con Marie y Jason en Nueva York, creo que nunca más tendremos noches en la oficina... No es que fuera a quejarme de este día —concluyó Matt al mirarme con un aire medio pícaro, dejando claro hacia dónde iban sus pensamientos.

—Matt, quizá...

—Deja de pensar.

—No lo estaba. —En realidad, sí.

—Te lo he dicho: solo una cena.

—No es tan fácil —respondí susurrando y mirando a nuestro alrededor, con miedo de que alguien oyera una conversación tan íntima. —Mira lo que pasó solo con un beso.

—Ven, Sarah. ¿Te gusta la italiana?

—Sí, pero prefiero encontrarte allí, no quiero que la gente piense cosas.

—¿No puedo llevarte? ¿Es eso? En el intento de fingir que no pasa nada, ¿vamos a evitar el uno al otro?

—Matt, habla más bajo, por favor —supliqué mirando a mi alrededor.

—Baja conmigo en ese maldito ascensor, Sarah. Por favor.

—De acuerdo —suspiré resignada a acompañarlo, recogiendo mis cosas sobre la mesa. Matt asintió y caminó delante de mí, manteniendo una distancia respetable hasta que entramos de nuevo en la caja metálica, quedando solos en aquel espacio reducido.

—Sarah, yo...

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijimos los dos al mismo tiempo, mirándonos el uno al otro mientras el ascensor bajaba hasta la planta baja del edificio.

—Claro.

—No, tú primero.

—Sarah, ¿qué quieres saber?

—¿Por qué pasó?

—¿Cómo que por qué? —preguntó Matt, confundido, mientras yo esquivaba su mirada y miraba mis pies.

—Fue como si algo ardiera en pocos segundos, y yo, bueno, nunca había tenido ese tipo de reacción con nadie. Fue increíble, una locura, y no sé cómo reaccionar a eso. Te deseo, pero al mismo tiempo... —declaré hasta que el ruido de las puertas al abrirse me hizo detenerme. Matt me miró confundido, colocó su mano en la base de mi columna y me guió a través del garaje del edificio. Sus dedos calientes en mi espalda eran comprometedores, pero no pude decir ni una palabra al respecto.

—Sueles hablar poco, pero cuando hablas... —respondió con una sonrisa mientras accionaba el mando de su coche. Las puertas pitearon y abrió una para mí, colocándome en el asiento del acompañante antes de rodear el coche y sentarse al volante.

—Nosotros... Dije que prefería ir sola —protesté, con las palabras vacías en mi boca mientras me acomodaba en el asiento.

—Estamos teniendo una conversación, es más fácil así. ¿Qué decías?

—Lo siento... No sé cómo te sientes. Con la mujer de esta mañana, me doy cuenta de que quizá esté pareciendo una loca.

—Sarah —me interrumpió Matt. —Eres la sorpresa más loca que ha ocurrido en mi vida. Te vi en aquel ascensor durante cinco segundos y te quería. Te quiero desde aquel instante, y que se fastidie si mi sinceridad te asusta. Nunca me he sentido así con otra mujer, y no soy el tipo de hombre que no persigue lo que desea. Estoy confundido como el demonio, pero no puedo dejarte en paz.

—¿Todavía me quieres en tu casa? —pregunté tímida, registrando sus palabras. Había sentimientos difíciles de explicar, como los que sentí la primera vez que vi a Matthew Hunt. Era más que deseo a primera vista, como si solo su tacto fuera capaz de encenderme.

—¿Estás segura? Te invité a cenar y nada más. Sarah, no quiero forzarte a nada. La cosa empezó confusa, con tanta necesidad que terminamos acostándonos, pero no tiene por qué ser así.

—Matt, ¿qué estás proponiendo?

—Un día a la vez. Lo que tengamos que resolver, podemos hablarlo más tarde o mañana. Sé que no me voy a conformar con solo una noche, te quiero durante el tiempo que sea, Sarah.

—La empresa tiene sus políticas, y tú, como dueño, no deberías involucrarte con una empleada.

—Amor... Ya estábamos involucrados desde la primera vez que puse los ojos en ti. Ciertas cosas son inevitables, y una de ellas éramos tú y yo —dijo con una mirada medio pícara y extendió su mano hacia mí, cogiendo mi palma y dando un beso ligero antes de soltarla. El calambre seguía allí, esa energía invisible, pero ahora era diferente. La tensión había construido mis reacciones a los pequeños roces, pero ahora sabía lo que sentiría. Tocar su piel me excitaba como nadie había conseguido hacer conmigo.

—Lo sé —asentí en voz baja, viendo sus ojos color oliva buscando los míos. —Tengo miedo de ser irresponsable, de estar tirando mi vida por la borda por culpa de un hombre.

—No importa a dónde vaya esto, te prometo que te quedas en la empresa. Eres una excelente empleada y no voy a dejarte ir cuando nuestro lío termine.

—¿Es solo eso?

—Un paso cada vez, Sarah —respondió frustrado, pasándose las manos por el pelo castaño, pareciendo impotente ante mi pregunta, mientras se recostaba en el asiento de cuero del coche. —Maldita sea. Nunca he querido algo, nunca he estado con nadie. ¿Qué va a ser de nosotros? ¿Restaurante?

—Podemos pedir a domicilio en tu casa.

—Sí —respondió simplemente, mirándome con intensidad. Tomé la decisión. Podía estar siendo tonta, pero no me arrepentiría de estar con él cuando sentía esas cosas tan nuevas y locas al estar cerca de Matt.

Arrancó el coche y nos condujo a través de Los Ángeles mientras la ciudad oscurecía a nuestro alrededor. Matthew Hunt tenía una casa al este de la playa de Santa Mónica, no cerca del tumulto de turistas, sino más bien hacia el lado de las grandes, exclusivas y muy confidenciales mansiones de las celebridades en dirección a la playa de Malibú. Abrió el portal con un código de seguridad y nos llevó hasta el garaje. Era una casa enorme por fuera, más grande que una normal, pero afortunadamente más pequeña que las mansiones opresivas de Los Ángeles. Una familia podría vivir allí sin parecer algún personaje deprimido de *The O.C.*

Con techos altos y estancias espaciosas, la casa era impresionante tanto por dentro como por fuera, pero Matt parecía no haber tenido tiempo de decorarla, con todo tan vacío y poco personal, como si pasara poco tiempo entre aquellas paredes.

—Tienes una casa preciosa —declaré mirando a mi alrededor mientras Matt sonreía ante mi elogio vacío.

—Una casa preciosa y vacía, ¿verdad? Me he dado cuenta por tu mirada.

—Sí, es grande. Debe ser difícil amueblarla.

—No paso tanto tiempo como me gustaría aquí. Compré la casa no por su tamaño, sino por las vistas. Son impresionantes. Por la noche es interesante por las luces de la ciudad, pero de día es

deslumbrante —dijo Matt mientras yo me acercaba a los grandes ventanales, comprobando la belleza de infarto. No me di cuenta de que se acercaba a mí como un gato tras su presa, colocando sus manos en mis brazos y acariciándolos con suavidad, marcando su contacto.

—¿Necesitas algo, una copa? —preguntó al mismo tiempo que yo giraba en sus brazos, quedando frente a frente. Estaba cerca de mí, tan cerca que podría tocarlo si quisiera. Ese conocimiento me estaba volviendo loca.

—Te necesito a ti, solo... —susurré, mirándolo a los ojos y atrayendo su boca hacia la mía. Era un beso suave. Con un suspiro, abrí un poco más los labios, dándole acceso a la lengua de Matt. Pegué mi cuerpo al suyo, sintiendo su erección contra mi estómago.

—Dije que no era para esto que te invitaba —insistió, con su boca aún sobre la mía.

—¿No puedes aceptar que te quiero, Matt?

—Ahhh, querida. Quiero verte, toda tú, desnuda solo para mí —dijo Matt, caminando conmigo hasta el sofá. Desabrochó mi camisa, la quitó y la arrojó lejos. Hizo lo mismo con el sujetador, dejando mis pechos libres para la exploración. Me puso de rodillas sobre el mueble, de espaldas a él.

Noté la falta de su tacto en cuanto se distanció, su mirada cálida deslizándose sobre mi cuerpo. Oí el susurro de la ropa y sentí el pecho de Matt pegado a mi espalda. Estaba desnudo. Subiendo al sofá detrás de mí, Matt encajó las manos bajo mis brazos, cubriendo mis pechos con sus palmas.

—Inclínate hacia mí —pidió Matt, y eché mi cuerpo hacia delante, agarrándome al respaldo del sofá. Empezó a besar mi espalda y mi cuello, despertando sensaciones que no conocía.

Sus labios se deslizaron por todo mi cuerpo mientras sus manos caían sobre mi falda, subiéndola e invadiendo mis braguitas. Agarrándome contra el respaldo del sofá, podía sentir mi culo descansando sobre su polla, la sensación apretándose dentro de mí. Me moví sobre su miembro sin darme cuenta, tomada por el instinto

y las ganas de frotarme contra su erección. Los toques de Matt eran como fuego consumiéndome lentamente. Hundió dos dedos en mí, en una repetición de movimientos que me estaba volviendo loca. Dentro y fuera, dentro y fuera.

—¿Vas a correrte para mí, *baby*?

Sentía la polla de Matt cada vez más grande, su volumen animándome por detrás y creando una dulce fricción, sus manos en mí y sus labios en mi cuello. Eran demasiadas sensaciones y temblé, gimiendo alto y sintiendo la luz a través de mis ojos.

—Voy a... Voy a... —grité alto, teniendo mi orgasmo a través de las manos de Matt, sin aliento y tropezando con mis palabras.

—Buena chica —respondió mientras caía sin aliento sobre el mueble.

Matt retiró la mano de dentro de mí, intentando acomodarme lo mejor posible al mismo tiempo que bajaba la cremallera de la falda. Giró su cuerpo, sentándose en el sofá y dejándome de pie frente a él. Sentí la falda caer de mi cuerpo y empujé las braguitas, quedando desnuda; su mirada de apreciación hizo arder mi piel.

—Eres preciosa, amor. Ven aquí —pidió Matt, estirándose sobre el brazo del sofá y cogiendo un preservativo del bolsillo de su pantalón.

Asistí a un pequeño espectáculo privado mientras bajaba la goma sobre su miembro hasta agarrar la base de su polla, mirándome con lujuria. Me senté sobre su regazo, uniendo nuestros cuerpos y sintiendo su miembro encajando dentro de mí. Matt me atrajo hacia sus brazos, llenándome y estirándome como nunca antes había sentido, enterrándose en mí en un solo movimiento. Gemimos juntos y empezamos a movernos mientras era invadida por la sensación de tenerlo dentro de mí.

Usando mis piernas como palanca, controlé el ritmo acelerado, intentando satisfacer mi necesidad, pero me perdía a cada gemido ronco de Matt. Estaba muy cerca de otro orgasmo, teniendo espasmos y gritando en cada embestida. Éramos una maraña sudorosa de sexo salvaje. Sus manos recorrían mi cuerpo, apretando y acariciando cada parte de mi piel mientras su lengua jugaba con

mi boca en un beso profundo. Apretó mi culo con fuerza, abriéndome más sobre su regazo mientras martilleaba su miembro duro dentro de mí con fuerza, haciéndome saltar en sus brazos. Uno de sus dedos avanzó sobre mi trasero sin hacer fuerza para entrar, solo girando y rodeando mi agujero arrugado sin resistencia. Estaba enloquecida y me dividía entre hacer fuerza contra su dedo, moviendo las caderas por la dulce invasión, y llevarlo bien adentro de mi cuerpo.

—Cuando estés lista, me comeré tu culo, querida. Quiero hundirme en tu agujero. ¿Quieres eso? Dímelo.

—Yo... yo quiero —confesé sin aliento y sin dejar de apretarme contra él. Matt tenía ese poder sobre mí. Era el dueño de mis deseos más ocultos, las ganas que nunca había dicho en voz alta y que ahora, sin vergüenza, pedía a gritos.

—Y nadie más lo hará. Eres mía... —declaró al hundir un poco su dedo en mi trasero y haciendo movimientos de vaivén. Cada movimiento más fuerte que el otro, su polla bombeando mientras sus manos jugaban conmigo.

—Matt...

—Mía, Sarah... Mía. Desde la maldita primera vez —anunció sin aliento, lamiendo mi cuello.

Gritando por la llegada del éxtasis, trabé los muslos en su cadera y, con mis movimientos internos, empecé a ordeñar hasta la última gota de Matt, que gemía tan alto como yo, queriendo cada pequeño escalofrío para mí hasta caer exhausta. Fue el mejor orgasmo que había tenido en mi vida, y mi corazón latía acelerado como si hubiera corrido una maratón. El pecho de Matt subió y bajó acelerado durante unos segundos antes de volver poco a poco a la calma, acariciando mi cabeza caída sobre su hombro.

Los ligeros movimientos de su respiración y su ritmo cardíaco se convirtieron en una nana para mí. Sudorosa y exhausta, me dormí en brazos de Matthew Hunt.

Capitulo 7

Matt

Observé la respiración suave de Sarah mientras intentaba no entrar en pánico con mis propios pensamientos. Por primera vez en mi vida, me di cuenta de que estaba peligrosamente cerca de alguien, tan vulnerable como cuando se habla de pasión. Ojo... No estaba enamorado de Sarah, era algo más visceral, fuerte, pero no podría resumirlo solo como deseo reprimido. Me sentía como Jason y cada palabra sobre su exnovia, la sensación de saber que Sarah encajaba en mis brazos de forma única. Estaba aterrorizado por la sensación de querer más de alguien. No podía tenerla, pero era lo bastante egoísta como para no dejarla en paz después de la escena del despacho.

Era un idiota manipulador. Cuando surgió la oportunidad de reunirme con Marie tan rápidamente, pensé más en Sarah que en los negocios. Sabía que la inversora tendría efecto sobre mi secretaria, porque si ella sentía una décima parte de mis sentimientos, tendría ese mismo sentido de pertenencia, los celos de tener a otra persona cerca. Era la forma en que yo me sentía sobre ella todo el tiempo, fingiendo no estar atraído, pero con unos celos locos por cualquiera que se acercara a ella. Marie Martin fue una negociación de Jason, cansado de todo el lío de Nueva York. Como él y la inversora estaban en Los Ángeles el fin de semana, mi hermano extendió el encuentro a mi despacho —que tranquilamente podría haber tenido lugar en el suyo en Hunt Enterprise. Yo, sin vergüenza, usé un asunto de trabajo para hacer que Sarah decidiera darme una nueva oportunidad.

Cuando ella quiso volver a casa conmigo, temblé como un adolescente con su primera novia. Nos acostamos hasta

que Sarah se desmayó en mis brazos y tuve los mejores orgasmos de mi vida. Joder, era buena y encajaba conmigo de todas las formas, era todo lo que siempre había querido y me dejaba asustado como el demonio. La cogí en brazos, la deposité en mi cama y me tumbé a su lado, observando sus rasgos delicados entre las sombras de la noche. Rodó hacia mí en cuanto nos acostamos, apoyando la cabeza en mi pecho y entrelazando sus piernas con las mías.

Era la primera vez que quería que alguien se quedara. La posibilidad de tener un «para siempre» aunque supiera que duraría tan poco. Como una canción cursi de Aerosmith, permanecí despierto solo para verla dormir, con pensamientos locos sobre nosotros dos y mi imposibilidad de tener una relación. Por primera vez, me sentí tentado a romper mis reglas, egoísta. Su sueño plácido me atrajo hacia la inconsciencia, como una canción que me llevó directamente a los brazos de Morfeo.

Lo siguiente que ocurrió fue el despertador sonando a las seis de la mañana. El ruido familiar de mi alarma me desenredó de Sarah para mi carrera matutina, mis pasos pesados fuera de la cama para empezar la rutina que nunca había incumplido. Cuando volví, ella seguía dormida, y sonreí al verla desperdigada por mi cama, una visión tan doméstica y fascinante, tan lejos de mis días solitarios.

—Hora de despertar, perezosa —anuncié besando su rostro y cuello. Se retorció un poco antes de abrir finalmente los ojos soñolientos, dando un ligero bostezo mientras se acostumbraba a la luz.

—Tu cama es realmente muy buena. ¿Qué hora es?

—Casi las ocho.

—Es de madrugada. ¡Ven a dormir otra vez!

—Necesitamos trabajar.

—Lo sé, pero... —dijo, con sus manos abrazándome y atrayéndome hacia ella.

—Estoy sudado, *baby*.

—No importa —murmuró, encajándose en mi pecho, manteniendo un silencio cómodo durante unos segundos.

—¿Por qué estás sudado?

—He ido a correr.

—¿Intentando mantener los abdominales?

—No. En realidad, tengo una rutina un poco rígida. Tuve cáncer cuando tenía 20 años.

—¿Qué? —preguntó conmocionada, girándose hacia mí, quedando frente a frente. No debería haber revelado eso, rara vez lo contaba a personas fuera de mi familia. Pero de algún modo, la verdad se me escapó.

—Hace más de 10 años, estuve 11 meses en tratamiento. Linfoma de Hodgkin, ¿sabes lo que es?

—No. ¿Es grave?

—Todo cáncer es grave, querida. Ataca al sistema linfático y perjudica la inmunidad. Es bastante frecuente en hombres jóvenes, y yo fui uno de ellos.

—¿Pero eso ya ha pasado, no?

Noté que su pensamiento se alejaba de mí. No sé si ha pasado, pero me gusta tranquilizar a la gente. Tengo cierta certeza de que volverá más agresivo en algún momento, pero nadie necesita saberlo.

—Estoy bien ahora. Este linfoma es uno de los que tiene más perspectivas de cura. Me diagnosticaron al principio, hice el tratamiento, hoy llevo una vida normal y me reviso cada año para saber si ha vuelto.

—¿Y puede volver o es solo una preocupación?

—Puede, pero la probabilidad no juega en mi contra. Soy sano, hago ejercicio. He intentado mantenerme disciplinado desde entonces, y aun así, si me lo diagnosticaran de nuevo, la probabilidad de remisión es alta. Y por eso nunca falto a mis carreras matutinas.

—No quiero que te pase nada —confesó tímida, apartando los ojos de mí.

—No va a pasar, te lo prometo. —Era un maldito mentiroso. No puedo prometer nada, nunca. Desvié la mirada mientras Sarah se movía preocupada en mis brazos. ¿Cómo habíamos llegado a una conversación tan seria?

—No puedes prometerlo.

—Pero puedo cuidarme —respondí con un suspiro, dejando un silencio entre nosotros. Era cómodo y a la vez no, como si estuviera bien con el tema pero no quisiera hablar más de ello.

—Me he dado cuenta de una cosa —murmuró, carraspeando. —No usamos preservativo la primera vez. Yo tomo anticonceptivos, pero...

—Estoy limpio, te lo juro, pero si quieres, podemos hacernos pruebas.

—Acabas de decirme que haces todo para mantenerte sano, ¿puedo confiar en ti?

—Puedes confiar en mí para cualquier cosa.

—¿Y para hacer sexo sudado, eres de fiar?

—Necesito darte de comer. Prometí una cena y estamos aquí, horas después. Sin comida.

—Pero me has comido a mí... —murmuró tímida, con una sonrisa pícara en los labios. —Podemos hacerlo, pero primero necesito matar el hambre de otra cosa.

—Señorita Hamilton, ¡es una depravada!

—Tú sacas lo peor de mí, señor Hunt.

—Puede que sea bueno en el sexo sudado, pero quiero probar otra cosa —anuncié, levantando una ceja y sonriendo.

—¿El qué?

—La ducha, limpiar algunas cosas, hacer otras cosas sucias.

—¿Eso es una invitación?

—Claro, necesito a alguien que me frote la espalda —dije al levantarme y atraerla hacia mi regazo, donde nos arrastramos hacia una sesión caliente en mi ducha.

Estábamos fingiendo que aquel no era un día de trabajo, como si no quisiéramos que la magia acabara después de las horas de placer. Ya pasaba la hora a la que deberíamos estar en Hunt Enterprise, pero aun así decidimos darnos una ducha caliente y un café perezoso, sentados a la mesa y conversando con tranquilidad. Mi cocina era espaciosa, y era extraño tener a alguien con quien compartirla, incluso con tanto espacio vacío.

La casa era pequeña para ser una mansión: tres habitaciones, un salón grande, un comedor, cocina y baño, pero tenía techos altos y cristales por todas partes. Fuera, una piscina ocupaba una pequeña parte del jardín y el resto era césped verde, con unos diez metros hasta llegar al borde del acantilado. Aunque la protección no fuera visible, estaba allí para sujetar a quien pudiera traspasar los límites seguros. No juzgaba a quien se acercaba peligrosamente al borde: la vista de la playa de Santa Mónica —la arena, el cielo y la vegetación — era sobrecogedora. Fue lo que me hizo decidirme a vivir allí. Fue lo que una vez atrajo a mi hermano para una boda íntima con la playa al fondo. Jason rara vez pisaba mi casa, y no podía culparlo, porque representaba todo lo que él quiso y no pudo conseguir.

Acompañé a Sarah hasta su casa y, después de un cambio de ropa rápido, la llevé al trabajo. Insistió en que la dejara una esquina antes de Hunt Enterprise, para no parecer que estábamos juntos — como si todas mis miradas no delataran mi sentimiento por ella. Sarah era una trabajadora incansable que parecía tener un botón de encendido y apagado para la vida personal, y la mayor parte del tiempo conseguía concentrarse en sus tareas. Yo tenía muchos más problemas para lograrlo, sobre todo porque vivía con una erección lista para el momento en que Sarah decidiera jugar en la oficina. Ahora que conocía su sabor, sería una misión aún más complicada.

Al final del día, ella me sonrió y decidí que tendría que convencerla para más encuentros. No mentía sobre una cena en un

lugar tranquilo, los dos en una conversación a media luz. Quería todas esas cosas con ella, incluso queriendo luchar contra lo que estaba sintiendo.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —pregunté observando el pasillo vacío frente a nosotros. Ya pasaban de las seis de la tarde, y muchos empleados ya se habían ido a casa.

—¿Nosotros? —preguntó confundida. —Iba a ir a mi casa.

—Pensé que podríamos conseguir por fin nuestra cena —sugerí, intentando evitar la expresión de un cachorro abandonado. No me conformaría con un «no».

—Pensé que... —Sarah se interrumpió, mirándome confundida antes de preguntar: —Matt, ¿qué somos?

—No lo sé, esto es nuevo. Es nuevo para mí también, ¿quieres que diga que eres mi novia? Vale, pero yo no...

—Oye, te estás precipitando. No digo eso, pero pensé que seríamos algo de una noche; de repente se ha convertido en dos y ahora ¿estás aquí?

—¿Es confuso lo que estamos haciendo? —la interrumpí con una mirada evaluadora.

—¿Sentimentalmente o en la cama? En la cama es perfecto —confesó con una sonrisa—, sobre todo la parte de los orgasmos múltiples.

—¿Quieres que se lo cuente a la gente?

—¿Qué? —exclamó Sarah, confundida, mientras yo hacía una pausa dramática, llevándome el móvil al oído.

—Oye, Logan, ¿puedes pasar por mi despacho ahora?

—¿Qué estás haciendo? —susurró al mismo tiempo que yo hacía un gesto con las manos para que esperara.

—Anunciándolo a quien quiera saberlo... Logan es un cotilla.

—¡Oye, te he oído! —La voz nos atrajo al mismo tiempo que mi hermano pequeño apareció en nuestra línea de visión directamente desde su despacho. Miró mi mano posesiva sobre Sarah y sonrió

ligeramente al exclamar: —Oh, mierda, ¡he perdido la apuesta! ¡Odio a Diana, en serio!

—¿Qué?

—Diana me llamó asegurando que estaríais juntos en dos semanas. Enhorabuena, he perdido 100 dólares y una cena completa para ella y Larry en el restaurante de Robert De Niro.

—Oye... Espera, ¿había una apuesta? —pregunté más nervioso de lo que debería.

—Tranquilo, nerviosito, era solo entre Diana y yo. Ya sabes cómo aman las apuestas los Hunt.

—Preferiría que ella no lo supiera —suspiró Sarah un poco derrotada. —Preferiría que tú tampoco lo supieras, pero tu hermano es un impaciente.

—¿No vas a reconocer a mi hermano y hacer de él un hombre honrado? Esperaba más de ti, Sarah.

—Solo espero que la familia lo sepa —confesé. —Cuéntaselo a Jason, a Emma... ¡Ya sé! Salgamos todos el sábado. Jason debe estar por aquí el fin de semana. Llama a Eli —dije a Sarah.

—¿Un comunicado oficial y familiar, hermanito? —preguntó Logan, levantando una ceja en son de provocación.

—Organízalo, Logan.

—Muy bien... —dijo con una gran sonrisa para Sarah. —¡Bienvenida a la familia!

—No, Logan, lo has entendido mal. Solo estamos saliendo —exclamó ella, mirándome entre irritada y confundida mientras yo solo la encontraba adorable en su confusión.

—Déjalo, amor. Ahora vamos a cenar, que me muero de hambre.

—Pero, Matt, ¡cree que soy tu novia!

—No hay razón para discutir sobre eso cuando sabemos que va a pasar, ¿no? —respondí encogiendo los hombros mientras Sarah me miraba boquiabierta.

∞∞∞

Lo sentí antes de despertarme por completo. Mi polla hinchada, los labios suaves trazando un camino húmedo por mi torso hasta llegar a mi miembro, una sonrisa en su boca cuando vio mis ojos abrirse al mismo tiempo que mi cadera se impulsaba contra ella. Sarah era dueña de mi cuerpo en ese momento, bajando sobre mí y tragándome entero, sus estímulos despertándome con el día aún oscuro afuera. Pasó otra noche conmigo, y después de llevarla por fin a cenar a un italiano cerca de mi casa, nos divertimos, charlamos y terminamos en mi cama una vez más.

Sarah me estaba chupando y lamiendo como si su vida dependiera de ello. Agarrando mis bolas, las apretaba con delicadeza al mismo tiempo que me tomaba en sus labios, yendo y viniendo mientras pasaba su lengua por la cabeza de mi polla en cada movimiento. Mierda... Sabía hacer una mamada. Sarah gemía, su coño moliéndose contra mi muslo, sus movimientos volviéndose más urgentes y llevándome al orgasmo del siglo. Sacándome completamente de su boca, pasó los dientes delicadamente por mi miembro, lamiéndome como si fuera un helado mientras levantaba mis caderas de la cama. Sarah se rió de mi reacción, sintiéndose en control. Quería dárselo, pero estaba cerca, muy cerca. Agarré su pelo, controlando el movimiento, y oí una risita ahogada.

—¡Provocadora! —bramé, y ella se rió aún más fuerte con mi polla en su boca.

Controlando el movimiento, empecé a bombear en su boca con embestidas salvajes. Sentí mis terminaciones nerviosas apretarse e intenté apartar su boca antes de correrme, pero ella se mantuvo en su posición, llevándome aún más al fondo de su garganta. Me corrí en su boca, y el hombre de las cavernas que llevo dentro pensó que la había marcado como propiedad. Mierda, fue un orgasmo genial.

—Buenos días —dijo Sarah con una sonrisa.

—Buenos días, mi amor. ¿Te has despertado temprano?

—Quería darte un estímulo antes de la carrera.

—¿Y quién te va a estimular a ti? —pregunté, provocando.

—¿La siesta que voy a echarme cuando te vayas? —respondió con una sonrisa.

—Creo que no.

—Son las 5:55, tu alarma suena en cinco minutos.

—Bueno, eso es una apuesta contra el tiempo —anuncié rodando mi cuerpo y quedando sobre Sarah, con la sonrisa abierta mientras ella se acomodaba debajo de mí, abriendo las piernas y encajándose en mi cadera.

Gané.

Capítulo 8

Matt

Establecimos una rutina después de ese primer día: cenar juntos, follar hasta la extenuación como conejos y despertarnos a la mañana siguiente para hacerlo todo de nuevo. Sarah seguía siendo mi secretaria y, por lo que hablé con Diana, quizá sería algo definitivo. Muy al estilo directo de mi asistente, me dijo que había decidido jubilarse y que su vuelta sería solo de semanas, y no algo definitivo. Quería estar en una playa de Hawái con Larry, tomando cócteles tropicales, en lugar de trabajar para mí. Antes de terminar la llamada, me pidió que recordara a Logan lo de la apuesta, y sonreí al darme cuenta de que, sin mediar palabra, Diana sabía lo que estaba pasando. Maldita mujer, la echaría mucho de menos.

Sarah pasaba la noche conmigo varios días a la semana, y por mucho que insistiera, ella seguía yendo a su apartamento más noches de las que me parecían necesarias. Sarah empezó a correr conmigo después de mi confesión sobre el cáncer, y al final del primer mes de nuestra relación, ya tenía parte de mi armario con ropa de trabajo y de ejercicio para no tener que volver a su casa solo para cambiarse. Como prometí, Logan habló con todos, y el sábado siguiente estábamos en un pub charlando animadamente, algo que se repitió varios fines de semana siguientes como una rutina.

Parecía una locura la forma en que ambos nos habíamos embarcado en una relación tan cercana a pesar de ser tan nueva, pero sentía que con Sarah no existía término medio para nada. Era como si mi casa y mi cama fueran su lugar, y ella sintiera lo mismo. Cuando le pedí que redecorara mi casa, Sarah abrazó la idea de llenar los espacios vacíos, eligiendo desde los muebles hasta los

colores de las paredes, hasta adornos inútiles que me aseguraba que quedarían genial en mi cocina.

—¿Crees que he hecho lo correcto? —pregunté a Logan, que me miró confuso por haber invadido su despacho una tarde, cuando necesité desahogar mis sentimientos. —Sobre Sarah. ¿Crees que he hecho lo correcto?

—No entiendo qué me estás preguntando, hermano —dijo, acomodándose en la silla mientras me veía sentarme frente a él.

—Sé que las cosas parecen demasiado rápidas, pero no puedo evitar no tenerla en mi cama todas las noches. No sé explicar lo que está pasando. Nunca he sido así con otras mujeres.

—A ver si lo entiendo... Tú y Sarah os entendéis bien en la cama y fuera de ella, te sientes feliz y crees que algo va mal.

—Logan, sabes que no puedo hacer esto. Estoy viendo una cosa simple convertirse en algo serio de repente.

—Matt, tienes una novia. ¡Qué gran cosa!

—No con mi historial, y lo sabes.

—Y allá vamos con tu perspectiva de vida, el cáncer —suspiró irritado. —No te veía tan ligero desde hacía meses, años, quizá. ¿No puedes simplemente ir día a día?

—La he llamado mi novia, Logan. ¿Te das cuenta de lo que es eso?

—¿Que el mujeriego de los Hunt ha sido cazado y ahora está con las cuatro ruedas pinchadas por una mujer?

—Mierda, Logan... ¡Es difícil hablar contigo!

—No es difícil, es que tu razonamiento es idiota —me censuró mi hermano. —Eres feliz, sigue así. Aunque dure mucho o dure poco, solo disfruta. Es raro tener algo así.

—Mira lo que le pasó a Jason. Cómo no consigue superar la traición.

—Pregúntale si se arrepiente —pidió Logan.

—¿Qué?

—Si cambiaría el tiempo que estuvo con Lizzie por no haberla conocido. Creo que Jason fue herido, pero fue muy feliz durante el tiempo que estuvo con ella. Tienes que elegir lo que quieres, Matt. De lo contrario, Sarah se te escapará entre los dedos, y la culpa será tuya.

Con esos pensamientos en mente, dejé que las cosas siguieran su curso. Lo quería todo y lo daría todo a cambio, como si no tuviera tiempo para que las cosas se desarrollaran con calma y tranquilidad. No existía la calma entre nosotros dos desde el primer segundo, cuando intercambiamos una mirada intensa en aquel ascensor que me cambió para siempre. A pesar de eso, seguía teniendo un miedo del demonio. No era como si pudiera alejarme o simplemente poner fin a nuestra relación; era incapaz, pero al mismo tiempo me invadía todo tipo de temores sobre una relación como nunca había tenido en mi vida. Pero, por primera vez, quería intentarlo, y no estaba dispuesto a perder a Sarah tan fácilmente. Haría lo que Logan me aconsejó: un día a la vez, sin dar un paso atrás.

∞∞∞

Un mes después, desperté sobresaltado. Un zumbido constante sonaba en la mesilla, con su leve sonido despertándome. Estiré el brazo sobre el mueble, cerrando los ojos ante la luz intensa que venía del móvil. «Jason» brillaba en la pantalla, y mi corazón se aceleró de preocupación por esas cinco letras. Sarah se revolvió a mi lado, pero permaneció dormida con la cabeza hundida en la almohada. ¿Por qué demonios me llamaba mi hermano a las dos de la madrugada?

—¿Diga...? —susurré con miedo de despertar a Sarah.

—Matt, soy Jason. Acaban de llamarme para avisarme de que Ashton ha muerto.

—Mierda —murmuré. —¿Sabes lo que pasó?

—Infarto o algo parecido. Ocurrió hace unas horas. Su novia me llamó y me pidió que te avisara de que lo enterrarán mañana por la mañana.

—¿Vamos?

—Sí —dijo Jason con decisión. —No aparece desde hace más de diez años, pero sigue siendo nuestro padre biológico. Voy a avisar a Logan. Te paso la información por mensaje.

—De acuerdo, nos vemos mañana —me despedí de mi hermano, sentándome en la cama y pasándome las manos por el pelo. Perdí el sueño con la noticia, soltando un largo suspiro al pensar en Ashton Hunt, mi padre biológico.

No es que fuera un padre violento o que quisiéramos borrarlo de la memoria por cosas que hubiera hecho; simplemente no estuvo allí. Ashton intentó tener una familia con mamá, pero después de cuatro años de matrimonio y tres hijos, se dio cuenta de que no estaba hecho para eso. Así que se fue, dejando a su mujer para que criara a tres niños, sola y sin ayuda de nadie. Un gran tipo. Solo reapareció diez años después, cuando, en un arrebato de conciencia, vino a vernos y ofreció ayuda para nuestra manutención.

En ese tiempo, se había convertido en un guionista famoso de Hollywood y por fin tenía dinero para acordarse de tres hijos y una exmujer que podrían estar necesitados. Mamá ya se había casado con papá en esa época, James, nuestro padrastro, que nos había cuidado a los tres desde muy pequeños. Siempre estuvo allí, tanto que Logan solo conoció a James como padre, nunca tuvo la experiencia con Ashton.

Con nuestro padre biológico asegurándonos de que no necesitábamos nada, Ashton se fue, llamando de vez en cuando para saber si todo iba bien. La última vez que lo vi, yo estaba haciendo quimioterapia. Sospechaba que mi madre le había avisado de que esa era una de esas situaciones en las que había que «estar allí» para un hijo, en lugar de llamadas con muchos meses de intervalo. Para mi vergüenza, no pensaba mucho en él, ni con rencor ni con ningún otro sentimiento. Era casi como un pariente lejano que

llamaba una vez al año para saber de mí. Mi padre se llamaba James Larson, y nunca sentí que me hubiera tratado de forma diferente en todos esos años.

Ashton Hunt era la mitad de mi ADN, mi apellido, y aunque nunca lo había llamado «papá», así aparecía en todos mis documentos. Estaba muerto... Lo que me hacía pensar en mí mismo, en lo cerca que había estado y en lo cerca que siempre estaría. Eran las dos de la madrugada y un pésimo momento para discutir mi mortalidad.

—¿Estás bien? —susurró Sarah con voz somnolienta a mi lado, levantándose de la cama y abrazándome por detrás, con sus manos descansando en mi pecho. Entrelacé nuestros dedos, sintiendo el afecto de mi mujer mientras cerraba los ojos e intentaba controlar mis emociones. No quería ser tan dependiente de ella, pero era como si algo en Sarah, su olor, su tacto y su consuelo, consiguiera calmarme como nada más lo hacía.

—Jason ha llamado, mi padre ha tenido un infarto fulminante. Ha muerto hace un rato y su novia acaba de avisar.

—¿Novia? ¿Tu padre le era infiel a tu madre? —preguntó preocupada, buscando mis ojos mientras yo negaba con la cabeza, intentando aclarar mis ideas.

—No ese padre, *baby* —dije al girarme y quedar frente a frente con Sarah. —Mi padre biológico. No tenemos tanto contacto, pero...

—¿Cómo te sientes? —preguntó, colocando sus manos en mi rostro y acariciándome con suavidad.

—Es raro —respondí con un encogimiento de hombros, intentando distinguir los contornos del rostro de Sarah en la oscuridad, sintiendo sus dedos acariciar mi mejilla con delicadeza. —No lo conocía. Nunca tuvimos conversaciones profundas, nunca tuvimos nada en común. James siempre estuvo allí para mí. Nunca lo busqué, nunca quise saber. Y entonces murió, y no siento como si hubiera perdido a mi padre, ¿entiendes?

—Está bien que te sientas así, amor. Casi no formó parte de tu vida.

—Lo sé, solo... —Desistí de hablar y la abracé con fuerza. En silencio, nos tumbamos de nuevo en la cama y ella siguió abrazándome, entrelazados el uno en el otro hasta que amaneció.

Las horas pasaron lentamente mientras nos organizábamos para ir al entierro en el Westwood Village Memorial Park. Sarah me preguntó si quería que me acompañara, y sin pensarlo dos veces respondí que la necesitaba a mi lado. Logan, Emma y Jason nos recogieron en mi apartamento, y fuimos todos en el coche de mi hermano mayor hasta un barrio muy cerca del nuestro. Era increíble cómo Ashton había vivido su vida tan cerca de nosotros y, al mismo tiempo, nunca había estado del todo presente. Durante el servicio, una mujer morena de unos cincuenta años lloraba mientras estaba rodeada por otras personas desconocidas.

Desde donde estábamos, Jason nos contó que ella era Nancy, la compañera de Ashton durante los últimos diez años y la persona que nos había avisado de su fallecimiento. En cuanto terminó el servicio, caminó hacia nosotros cinco, aún con lágrimas en los ojos.

—Muchas gracias por haber venido, esto significaría mucho para Ash. ¡Sois tan parecidos a él!

—Lo siento mucho, Nancy —dijo Jason, como portavoz. —Necesitábamos venir. Era importante.

—Claro... Una lástima que vuestras hermanas no hayan podido venir.

—¿Hermanas? —interrumpió Logan, con su voz más aguda de lo normal, sacándome de la niebla posterior al entierro. Por primera vez desde el inicio de aquella conversación, presté toda mi atención al diálogo, observando la expresión irritada de mi hermano pequeño. Era el más reacio a haber venido. —¿Qué demonios está diciendo?

En efecto, ¿qué demonios? ¿Hermanas?

—Creí que lo sabíais. —La mujer nos miró confundida, sin saber qué decir sobre esas supuestas hermanas. —Ash hablaba tanto de ellas como de vosotros, yo... Estoy confundida.

—¿Quiénes son, Nancy? —preguntó Jason casi puntuando cada palabra en busca de una respuesta.

—Blair y Victoria, son gemelas muy guapas. Creo que tienen unos cinco años menos que vosotros, más o menos. No tengo detalles sobre ellas, vuestro padre no podía mantener contacto o algo así, pero seguía la carrera de las dos. No he podido hablar con ellas. La representante de Victoria debió de pensar que era una mujer loca...

—¡¿PERO QUÉ MIERDA?! —grité y sentí a Sarah apretar mi mano mientras me ponía de lado, irritado. Suspiré, intentando controlar mi voz antes de continuar: —Nunca supimos de ninguna gemela, estamos sorprendidos. Necesitamos digerir esta información, ¿vale? Lo siento mucho... Me voy. Os espero fuera.

Aún de la mano de Sarah, salí disparado hacia fuera, oyendo los pasos de los otros detrás de mí. Hermanas. Entramos en el coche en silencio, con Jason al volante, Logan en el asiento del copiloto y Emma, Sarah y yo en la parte trasera. Mi hermano pequeño parecía estar mascullando una serie de improperios mientras Emma le apretaba los hombros a través del asiento. Conseguimos mantenernos en silencio menos de cinco minutos, como si intentara sacarme la irritación del pecho, di un golpe en mi muslo, murmurando:

—¡Joder!

—Matt, relájate. Vamos a saberlo bien. Es imposible que haya mantenido un secreto así.

—Necesitamos averiguar quiénes son, por si ellas tampoco saben de nosotros. Ashton no se esforzó por contárnoslo, ¿no?

—Bueno, según internet, tenéis dos hermanas que fueron actrices infantiles y hoy tienen 25 años —dijo Emma sosteniendo el móvil.

—¿Pueden ser las mismas? —preguntó Jason.

—No tienen el apellido Hunt, pero tienen la misma sonrisa que vosotros tres, si esa es la pregunta. Son las únicas Victoria y Blair de veintipocos años en Los Ángeles y que son actrices, como dijo Nancy.

—Me cago en todo —resopló Logan.

—Calmaos, esperad a que Nancy os dé el contacto y llamadlas, si son esas mismas. No sabíais de ellas, no podéis hacer nada por el pasado, pero podéis encontraros y decidir el futuro. Es vuestra familia, para bien o para mal —dijo Sarah con calma, mirando a cada una de las personas en ese coche.

—¿Cómo has conseguido una chica tan inteligente, eh, Matt? —bromeó Logan, aún con un brillo de irritación en sus ojos. Sarah me sonrió y apretó mi mano.

—Chicos... —alertó Emma con voz baja, casi lúgubre y muy diferente a la que solía usar, dando un suspiro pesado. —Necesitáis saber una cosa.

—¿Qué? —Mi hermano pequeño se giró hacia ella, sabiendo que algo iba mal. Emma estaba rara.

—Jason, para el coche —pidió. Miré a Emma confundido. ¿Lo que quisiera decir necesitaba nuestra atención?

—¿Por qué?

—Jason, por favor... Solo para el coche —suplicó.

—¡Mierda, Emma! ¡Dilo ya!

—Su padrastro, él... Él...

—¿Qué, Emma? —preguntó Jason irritado, con la mandíbula tensa mientras apretaba el volante hasta que sus dedos se volvieron blancos.

—Violó a una de ellas y les pegaba a las dos, mucho. Ahora está muerto.

Jason llevó el coche al arcén y salió del vehículo.

Miré a nuestro alrededor, y cada persona en ese coche estaba impactada por la información. Si eran ellas... Odiaba a Ashton. Si antes me era indiferente, ahora, al saber que nos había alejado de las dos y nos había hecho incapaces de detener una injusticia así... Quería matarlo, independientemente de que fuera nuestro padre biológico.

Me quité el cinturón y bajé del coche para encontrar a Jason arrodillado, golpeando cosas a su alrededor. Dio un grito de frustración y levantó la cabeza, mirándome con los ojos enrojecidos.

—¿Cómo ha sido capaz? ¿Cómo lo supo y nunca nos dijo nada? ¿Cómo seguía sus vidas y dejó que eso pasara? ¿Qué clase de mierda de persona era? —preguntó con la voz quebrada. Miré hacia atrás y vi a Emma, Sarah y Logan detrás de mí, también incapaces de dar una respuesta sobre las acciones de Ashton.

Estuvimos varios minutos parados en la carretera hasta que Sarah decidió ponerse al volante, y con Emma en el asiento del copiloto, nos guió hasta casa de mi madre. Necesitaba saber sobre las hermanas perdidas, y nosotros queríamos un consuelo materno después de las emociones de la mañana. En cuanto entramos en la casa, nos abrazó con fuerza hasta que miró a Sarah de arriba abajo durante unos segundos. Era palpable el nerviosismo de ella al conocer a mi madre por primera vez, sobre todo después de una situación tan compleja como aquella. Sarah agarraba mi mano con fuerza mientras mantenía una sonrisa nerviosa.

—Bueno, soy Ava, la madre de Matt.

—Me llamo Sarah.

—Bienvenida, querida. Un momento terrible para un primer encuentro, ¿verdad? Confiaba en que mi hijo te invitaría a un almuerzo de domingo o algo parecido. —Mi madre me miró de reojo y tuve que contener una sonrisa. —Este guapetón que ves aquí es James, mi marido.

—Un placer, Sarah. De verdad —dijo con una sonrisa amable para Sarah. —Es la primera de Matt, ¿no?

Mierda, no vi venir esa conversación.

—Sí, estaba esa chica, Jennifer algo, pero solo vino aquí a hacer los deberes, ¿no?

—Mamá, por favor... —gemí. Querían divertirse a mi costa.

—No, señora Larson, era Jacqueline. Matt hizo poemas... —explicó Emma con una sonrisa traviesa en los labios.

—¿Escribiste poemas para alguien? —preguntó Sarah. —¡No sabía que eras un romántico!

—Creo que ella también quiere algunas rimas, hermano —completó Logan riendo.

—¡Ay, por el amor de Dios! El romántico es Jason.

—No, él está aprendiendo a ser romántico. ¿Cuántos DVD viste, Jason? —preguntó Emma con una risa mientras recibía una mueca de mi hermano mayor. Volvió a mirar a Sarah, contándole el motivo de su pregunta: —Le regalé varias comedias románticas en Navidad, Jason necesitaba aprender con las películas.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó Sarah curiosa.

—Porque intentaba de todas las formas que Logan saliera conmigo, pero tenía las peores ideas románticas del mundo. Y además, Logan es como mi hermano, por el amor de Dios.

—Eso, una hermana muy buena, pero una hermana —explicó Logan riendo y ofreciendo un choca esos cinco a Emma, que respondió de inmediato.

—Eso, vamos a hablar de la extraña relación de Emma y Logan —dije mirando a todos los miembros de la familia. Por sus miradas, la misión era hacerme pasar vergüenza.

—Obviamente no, ¡quiero saber sobre tus poemas! —dijo Sarah, haciendo que todos se rieran a coro.

—¡Basta ya todos! ¡Vamos a comer! —grité.

—Ah, Matt, es una gran historia para contar a los nietos. ¡Has presentado a alguien después de un entierro, solo sería peor si el encuentro hubiera sido allí! —bromeó Logan, y su sonrisa se desvaneció al darse cuenta de lo que había dicho. Joder. Se dio cuenta y gesticuló un «lo siento» en silencio.

Todos miraron a mi hermano pequeño con cierto *shock*. Desde el cáncer, todas las bromas sobre la muerte habían sido desterradas de nuestra mesa, como si les diera demasiada vergüenza mi casi fallecimiento, pero ese no era el problema. Yo era infértil desde el tratamiento del linfoma y nunca tendría «nietos» para contar nada.

Era algo delicado, que había aprendido a manejar, pero aún me dolía.

—El almuerzo está listo —anunció mi madre sin el entusiasmo anterior, mientras Sarah nos miraba confundida, intentando entender lo que acababa de pasar.

Había un silencio pesado en la estancia que solo se disipó cuando empezamos a comer. Dimos más detalles sobre la situación del entierro y las gemelas; mi madre lloró al oír que habían sido abusadas. «Esas pobres chicas, ¿por qué nunca dijo nada?». Era nuestra duda también. Estaba tan enfadado por toda esa situación.

De vuelta a mi casa, pasé el día inquieto hasta recibir noticias de Jason. Sarah insistió en hacerme compañía, y estábamos viendo una serie sin importancia cuando mi hermano mayor llamó y me informó de que Nancy nos había pasado información sobre la identidad de las gemelas y sobre la herencia dejada por Ashton: miles de dólares ahorrados en su trabajo en Hollywood y repartidos entre sus cinco hijos y ella. Jason me contó que intentaría contactar con ellas y que renunciaría a su parte en favor de la compañera de mi padre biológico, así que decidí hacer lo mismo. No era justo, y nosotros ya teníamos un buen dinero de Hunt Enterprise; además, cuando más lo necesitamos, él no estuvo allí. Ese dinero ya no tenía sentido para ninguno de los tres.

Cuando colgué la llamada, me di cuenta de que Sarah estaba dormida en mis brazos, tan cómoda como el primer día. Todo ese día me hizo pensar en nosotros dos. Ella había estado a mi lado en todo momento, apoyándome y ayudándome, y sabía que ella no tendría eso a cambio. Tarde o temprano, la dejaría desamparada, sola, sin hijos, cuidando de un enfermo. No podía hacerle eso; necesitaba renunciar a Sarah y dejarla encontrar a alguien que la hiciera feliz, que pudiera envejecer a su lado, darle hijos y una historia larga.

No podía dejarla a merced de la misma suerte que mis hermanas. Sarah necesitaba a alguien fuerte y sano, necesitaba a otro hombre, no a mí. La cogí en brazos, llevándola a nuestra cama. Sarah se despertó preguntándome si estaba bien, su

delicadeza y cariño brillando en sus gestos, dándome un beso suave de consuelo. Me refugié en sus brazos, haciendo el amor de forma lenta e intentando expresar lo que no conseguía decir con palabras.

Era mi verdadera despedida, no la farsa que haría al día siguiente.

Capítulo 9

Sarah

Matt llegó como un rodillo en mi vida, derribando todas mis resistencias, llevándose todo y modificándolo todo a su alrededor. No hablamos sobre nosotros, y sabía que era mucho más grande que muchas parejas que llevaban juntas pocos meses. Era un sentimiento fuerte, que nunca había sentido antes, que me dejaba rendida a su lado y que me hacía quererlo todo el tiempo. Era algo especial, que veía reflejado en sus ojos cada día que pasaba con él, en cada pequeño momento compartido, los sentimientos creciendo sin control dentro de mí.

Eli tenía otra opinión. Creía temeraria la forma en que me había lanzado a esa relación, siendo tan abierta y vulnerable cuando Matt nunca había dicho ni una palabra. No quería precipitarlo y no quería ponerlo todo en peligro solo porque Matt no decía que me amaba. Desde que empezamos esa *cosa-que-tenemos-juntos*, prácticamente me había mudado a su apartamento, trayendo mis cosas poco a poco y durmiendo allí varios días a la semana. No podía alejarme, y cuando volvía a casa y me encontraba con la situación desagradable de Marisa, pronto dejé que las cosas siguieran su curso. Nuestras vidas se entrelazaron en poco tiempo como si fuéramos piezas de puzle listas para encajar, y aunque él no lo decía –y yo tampoco–, sabía que aquello era amor.

Por eso confiaba en dejar que la relación fluyera sin etiquetas. Estaba más feliz que nunca, y lo amaba, aunque no quisiera ni pudiera decir esas palabras. En algún momento me frustraría con Matt haciendo demostraciones abiertas de afecto sin declararse, pero no ahora. Mi prioridad era ser feliz, aunque para ello tuviera

que ir a paso de tortuga y no revelar mis verdaderos sentimientos a este hombre intenso, que había invadido cada pedazo de mi ser.

—¡Buenos días! —saludé a Matt aún con voz de sueño.

No estaba a mi lado cuando desperté. Después de ayer, entendía su falta de sueño. Fue un día emocional y largo, con la muerte de su padre, el entierro, el descubrimiento de las hermanas y yo conociendo a su madre. Caminé hacia él, me senté en la encimera de la cocina y le di un beso suave en el cuello, prestando atención a la cafetera. Llevaba una de sus camisetas, un hábito que había adquirido el último mes, al principio para ahorrar ropa y después porque me gustaba su olor en mí.

Cogí mi taza de café y miré a Matt, solo con el pantalón del pijama y la mirada fija en sus manos. Aunque era fiel a sus carreras matutinas, parecía haberse tomado el día libre hoy, quizá por el efecto del día anterior.

—Necesitamos hablar —anunció, levantando el rostro hacia mí por primera vez.

—Claro —respondí sentándome frente a él.

—Creo que el encuentro con mi familia ayer pudo dar una idea equivocada, y necesito decirte algo.

—No hace falta, cada familia tiene sus particularidades, Matt. La tuya no es diferente de ninguna otra.

—No, no estás entendiendo —suspiró hondo. Mirándome a los ojos, dijo: —A pesar de lo que ellos puedan haber pensado, nosotros no tenemos una relación, ¿vale? Sé que hemos estado juntos el último mes, pero es solo eso. No quiero tener una familia. No voy a casarme contigo ni tener hijos. No voy a envejecer a tu lado. No vamos a tener cenas de cumpleaños ni una fecha especial. Lo que puedo darte es esto, y sé que es hora de terminarlo.

Sentí como si el suelo se abriera a mi alrededor y pudiera caer en cualquier momento. ¿Qué era aquello? Nada de lo que había hecho en el último mes llevaba a ese tipo de discurso. Me miraba con los ojos fríos, y sentí ganas de llorar.

—¿Por qué? —logré susurrar.

—Porque te estás involucrando, y no quiero hacerte daño. Eres muy especial para mí, Sarah. Eres una amiga valiosa, una empleada estupenda, y no quiero terminar esto con tú odiándome.

—Matt, ¿estás seguro? Esto no es por lo de ayer, estábamos tan bien...

—Es lo mejor, Sarah —me cortó con un tono de voz sin sentimientos. ¿Quién era esa persona frente a mí?

—Yo... yo... no puedo ser tu amiga —expliqué cerrando los ojos con fuerza, como si eso pudiera sacarme de allí lo antes posible. Centré la mirada en la taza de café olvidada entre mis manos, buscando algo que decir. No podía simplemente terminar, ¿verdad? *Algo que no empezó oficialmente no tiene qué terminar, Sarah*, me alertó mi pensamiento traidor.

—Entiendo eso por ahora.

—No —dije con una lágrima solitaria corriendo por mis mejillas. Me levanté de golpe, dándole la espalda para que no viera mi llanto, suspirando antes de declarar: —Voy a recoger mis cosas, ¿vale?

—Voy a correr, siéntete libre.

Asentí con la cabeza, aún de espaldas. Me quedé quieta en el mismo sitio, muchos minutos de pie en medio de esa maldita cocina, hasta que lo oí salir. Conteniendo el llanto, volví a la habitación y cogí cada prenda que había dejado por la casa: ropa, objetos de aseo y zapatos, y los metí en la mochila que siempre traía a casa de Matt. Me cambié rápidamente y pedí un Uber, queriendo salir lo antes posible. En cuanto subí al coche, miré hacia atrás. Matt estaba en la acera mirándome fijamente, como si hubiera esperado fuera a propósito. Durante unos segundos, quise correr hacia él, gritar hasta hacerle confesar sus verdaderos sentimientos.

Pero él no quería eso. Era la cruel verdad. Quería que me fuera mientras yo construía castillos de arena en mis sueños, me enamoraba del hombre que demostraba ser hasta que ya no quería serlo. ¿Por qué, Matt? ¿Por qué?

∞∞∞

—¿Problemas en el paraíso? —preguntó Marisa en cuanto entré en el salón con mi mochila. Bufé en respuesta, sabiendo que no estaba de humor para ese tipo de conversación y que ella podría ver a través de mi expresión que no quería hablar. —¿Se te ha comido la lengua el gato?

Mi compañera de piso se estaba pintando las uñas sentada en el sofá, con el pie apoyado en la mesa del salón. Todo era un desastre a su alrededor – reflejo de mi no-permanencia el último mes. Solo había dormido unas pocas noches en ese apartamento y había mantenido mis cuentas al día, a pesar de la basura que Marisa había creado por su cuenta.

—Marisa, no estoy en un buen momento, ¿vale? —Ella levantó las manos, una con el pincel y otra con el esmalte, haciendo un gesto de rendición. Caminé hacia mi habitación, tirándome en la pequeña cama y queriendo no llorar. Mi móvil eligió ese momento para vibrar.

—Oye, chica, ¿algún plan para este sábado? —preguntó Eli animada al otro lado de la línea. Suspiré antes de responder:

—Yo pongo la tequila y tú compras el helado, ¿vale?

—Sarah —dijo con voz preocupada—, ¿por qué estamos planeando una fiesta de compasión?

—Porque acabo de recibir un portazo esta mañana.

—¿Cómo?

—Sí, todo iba bien, pero esta mañana me dijo que no quería hacerme daño haciéndome confundir las cosas, que no quería una relación y que era mejor terminar lo que fuera que tuviéramos.

—¡Ese imbécil! —gritó Eli irritada al otro lado de la línea.

—Fue sincero, Eli. Mejor que romperme el corazón de verdad.

Eli guardó silencio unos segundos al otro lado y dijo en voz baja:

—Pero te lo ha roto, ¿no?

—Sí. —No voy a llorar, no voy a llorar.

—Ven, voy a comprar algunas cosas. Vamos a ver *Magic Mike*, en una semana estarás como nueva, ni te acordarás de quién es ese imbécil.

—Sigue siendo mi jefe, Eli.

—Y solo va a ser eso, confía en mí. Además, Diana vuelve el lunes, ¿no? Ni siquiera tendrás que tratar directamente con el canalla. Ven pronto, almorzamos o algo... Dentro de poco Marisa empezará a fastidiarte.

Mierda... Diana. Volvería la semana que viene, pero me había pedido que me quedara trabajando con ella, como una especie de asistente de la asistente. Dios sabe lo que planeaba, y con mi ruptura con Matt, las cosas serían aún más complicadas.

Deshice mi mochila, cogí ropa limpia y fui al baño a ducharme. El apartamento estaba asqueroso, pero que Marisa lo resolviera; me iba de nuevo y ese desastre era culpa suya.

Bajo el agua caliente, di rienda suelta a mis lágrimas, permitiéndome llorar con ganas por primera vez. Iba a superarlo. Estaría más fuerte el lunes. Él no me haría renunciar a mi sueño. Fortalecida por esa sesión de autocompasión, me cambié de ropa y fui a casa de Eli. Quería a mi amiga, pero su cara de funeral y su abrazo fuerte solo hicieron que quisiera llorar más.

—Oye... Se me ocurre una idea. En lugar de tequila, vamos a comer y a un spa, pelo, uñas, esas cosas. ¿Qué te parece? —preguntó Eli, notando mi reacción.

—¿Podemos tomar la tequila después?

—En realidad, pensaba en salir y tomar la tequila en un bar.

—Eso está bien, necesito cambiar de aires. Creo que un helado no haría bien del todo.

—¡Mi chica! —celebró feliz. —¿Vas a casa para Acción de Gracias?

—Voy. No veo a mis padres desde hace unos meses y van a viajar en Navidad. Es un buen momento para salir de la ciudad. Poner distancia entre Matt y yo parece una buena idea.

—Yo viajo ese día, pero voy a casa en Navidad. ¿Quieres conocer Milwaukee?

—Está bien, veré películas, me emborracharé bien, será genial.

Me reí de mí misma. Pensé que estaríamos juntos. Y así fue como, vergonzosamente, empecé a llorar sobre mi amiga y solo me calmé más de media hora después.

Eli repetía cosas como «es bueno sacarlo fuera», pero sentía que la estaba molestando. Después de unas cuantas respiraciones profundas, me controlé lo suficiente para decir:

—¿Vamos a hacernos las uñas?

Sonreí sabiendo que Eli podría hacer que las cosas mejoraran al menos un poco. Pasamos el día fuera haciéndonos todo tipo de masajes y mascarillas faciales, y como mi amiga no quiso darme tiempo para pensar, me regaló un vestido y un peinado nuevos. Era parte del plan para conseguir la tequila.

La cola frente al The Groud era enorme, pero Eli saludó a alguien que nos colocó frente a los guardias de seguridad. El club era gigantesco, en una especie de antigua fábrica, y no estaba segura de si había existido realmente o si formaba parte de la decoración del lugar. Las dos, maquilladas y con vestidos ceñidos, hacíamos un gran dúo, y el guardia nos hizo pasar rápidamente. El sonido alto golpeó mi pecho, haciendo vibrar mi corazón. Mezclados con la decoración de ladrillos vistos y luces bajas como de una línea de producción, rayos de luz atravesaban el ambiente, atrayendo la mirada hacia la cabina del DJ.

A nuestra izquierda, un bar gigantesco ocupaba toda una pared, con botellas de bebidas del techo al suelo. Atrayéndome por el brazo, Eli gesticuló la palabra «bar» con los labios y asentí con la cabeza. Era imposible conversar aquí. Mi amiga hizo los pedidos y en unos minutos me dio un cóctel naranja que conocía muy bien.

—*Sex on the Beach*, para que superes el portazo follando con otro —bromeó al oído, y no pude evitar reírme. Eli me mostró su bebida, la misma que la mía, y brindamos.

—¿Vamos a bailar? —pregunté, y fue el turno de Eli de asentir. Haciendo malabarismos con mi copa, entré en la pista intentando encontrar un hueco en el lugar abarrotado. Todavía no me estaba divirtiendo, y pensé que necesitaba más valor líquido para ello. Haciéndole un gesto, volvimos al bar, y esta vez tomé la iniciativa.

—Un chupito de tequila, por favor.

—Sarah, ¿estás segura? —preguntó la voz preocupada de Eli en mi oído.

—Sí, ¿quieres? Necesito algo para calentar.

—Hoy soy tu niñera, querida.

—¡Vale! Un chupito para mí y dos *Sex on the Beach* más, por favor.

Rápidamente, el camarero puso el pequeño vaso con el líquido dorado frente a mí y se giró para hacer los cócteles. Me lo bebí de un trago, sintiendo mi garganta arder. Bueno, quería sentir algo esa noche, ¿no?

—¡Eli! ¿Cómo estás? —saludó una voz masculina a mi amiga mientras esperaba nuestras bebidas.

—¡Spencer! Hola.

—Gracias —dije mientras cogía las bebidas, extendiendo una a Eli y girándome para verla hablar con un hombre. Spencer, o como se llamara, era guapo. Guapo y moreno como Matt. Mierda. Mi cerebro necesitaba dejar de ir allí.

—Sarah, este es Spencer, está conmigo en las clases de Derecho. —Del mismo modo que lo miré de arriba abajo, noté que él hizo el mismo análisis. Sabía que estaba guapa, Eli se había esforzado para ello.

—No sabía que Eli tuviera amigas tan guapas.

—Muy galanteador.

—¿Quién usa la palabra galanteador?

—Yo la uso —me reí. —Persona mayor, esas cosas.

—¿Quieres unirte a nosotros? —preguntó Spencer señalando a un grupo de chicas y chicos en uno de los sofás de la discoteca en un rincón. —¿Eli? ¿Sarah? Juro que no muerdo, a menos que lo pidas.

Me reí, negando con la cabeza, y miré a Eli en busca de su confirmación. Asintió, y seguimos hacia el sofá. Los compañeros de Spencer eran divertidos, y después de unas horas éramos como amigos de la infancia, bailando y riendo. Eli cumplió su palabra y fue la amiga consciente mientras yo no paraba de pedir tequilas. Iba a pasar mal al final de la noche, pero sentía que valdría la pena.

En algún momento de la noche, Spencer me invitó a bailar y acepté. Me hizo girar por la pista hasta atraerme más cerca. Bailando con los cuerpos pegados, sentí su polla dura contra mi espalda, y sé que, por la bebida, acabé siendo un poco más atrevida de lo que debería, continuando moviéndome como si no sintiera nada.

—Sarah, necesito saber si es esto lo que realmente quieres —susurró en mi oído. Me giré en sus brazos, quedando casi pegados. Miré los labios de Spencer y él tomó la iniciativa, besándome en medio de la pista de baile. Aún bajo la niebla del alcohol, respondí tímidamente, pero algo no encajaba. *No es Matt, idiota.* Mi cerebro gritaba, haciéndome apartar de Spencer por completo, dando unos pasos atrás para estar fuera de su alcance.

—Lo siento... —susurré, dejándolo en la pista y dirigiéndome hacia Eli. Ella me vio llegar y vino hacia mí, preocupada por mi semblante. Estaba a punto de llorar por todo lo que había pasado hoy y el exceso de alcohol.

—Sarah, ¿estás bien? —intentó gritar entre la música alta.

—¿Podemos irnos?

—Sí. Voy a despedirme de los demás.

Como un robot, seguí a Eli, que consiguió un taxi y me llevó a su casa. Estaba más borracha de lo que creía, y Eli me ayudó a quitarme la ropa. Antes de poder entrar en la ducha, sentí las primeras náuseas en el estómago y vacié todo lo que tenía dentro en el inodoro. Después de diez minutos esperando a ver si vomitaba

más o no, me duché y me puse la camiseta que había traído de mi apartamento.

—¿Mejor?

—Sí, lo he vomitado todo. Puede que esté sobria, quizá —bromeé con una sonrisa triste en los labios.

—Creo que no, *baby*. Haz el cuatro para mí —pidió, y torpemente intenté levantar la pierna y cruzarla, pero caí de lado.

—Vale, ganas. Voy a dormir. —Caminé hacia el sofá sintiendo la mirada de Eli sobre mí. En cuanto me tumbé, ella vino a sentarse a mi lado, cogiendo mi mano.

—Pasará, Sarah.

—Lo sé, mañana me dolerá mucho la cabeza, pero es domingo.

—No, querida, él. Quizá nunca lo superes del todo, pero este dolor, toda esta sensación que tienes ahora, desaparecerá. Te lo prometo.

—Eli, ¿quién te rompió el corazón?

—La vida, Sarah.

—¿Cómo?

—Se llevó a la cosa que más amé en mi vida.

—¿Tu madre?

—No, fue antes de eso —suspiró. —Nunca te lo he contado, ¿verdad? ¿Lista para una historia deprimente?

—Eli...

—Soy viuda, Sarah. Este anillo que nunca me quito era de él. Jake... Ya hace siete años, pero nunca sale del todo de mi recuerdo.

—Espera, ¿siete años? ¿Tenías qué? ¿19 años?

—Nos enamoramos en el instituto y estuvimos juntos cada maldito día desde que tenía 15 años. Luego cumplió 18 y se alistó, como su padre. El padre de Jake murió en la Guerra del Golfo y él se había empeñado en seguir esos pasos y defender a los inocentes. Lo

destinaron a San Diego y solo podría ir con él y vivir en la base si estábamos casados. No lo dudé dos veces y dejé todo.

—¿Por eso eres mayor que tus compañeros, no?

—Sí. El plan era entrar en la universidad, ir a la escuela de Derecho y ser una profesional brillante. En su lugar, lo dejé todo y decidí no estudiar hasta que llamaran a Jake, y los dos sabíamos que lo harían. Cada vez que enviaban un equipo a Afganistán, me venía abajo, pero solo lo llamaron 10 meses después de que llegáramos aquí. En cuanto se fue, empecé Berkeley porque necesitaba algo que me distrajera. Seguí viviendo en la base, así que seis meses después... —Eli dejó de hablar, mirando al techo, como si intentara controlar su respiración al revelar su historia.

—Vale, Eli. No hace falta que sigas.

—No, está bien... Seis meses después llamaron a mi puerta. Enterré al amor de mi vida y, antes de darme cuenta, me fui a casa. De verdad, conduje casi dos días con la mirada fija hasta Milwaukee.

—¡Vaya, Eli!

—Sí. Mi padre se había enfadado muchísimo cuando me casé y no me había hablado en un año, pero en cuanto me vio arrodillada llorando en la puerta de casa, me cogió en brazos y me metió dentro. Pasé un año medio desconectada, y luego volví a la universidad.

—¡Eres tan fuerte! ¿Volviste aquí para estar cerca de Jake?

—Sí, cada lugar tiene un recuerdo y todo es muy agridulce. Recuerdo todo, cada mínimo detalle, pero prefiero tener los momentos dulces a revivir el dolor de perderlo.

—Me da vergüenza estar llorando por un portazo de un tipo cualquiera después de que me hayas contado todo esto.

—Primero, no es un cualquiera, no sufrirías así si lo fuera. Y te he contado esto para que sepas que pasa, de algún modo diferente para cada uno, pero pasa. Ahora ven aquí —dijo, acurrucándose a mi lado y abrazándome. —¿Me prometes que no vas a vomitar más?

—Sí, mamá.

—Vale. Voy a dormir.

Eli me dejó sola con mis pensamientos y con la certeza de que superaría todo esto, aunque doliera un poco más.

Capítulo 10

Matt

El lunes estaba hecho un desastre. Empecé a beber el sábado por la mañana y me apagué en algún momento del fin de semana. Eran demasiadas cosas y quería estar solo. Al mismo tiempo, todo lo que quería era a Sarah. ¿Por qué dolía tanto? No entendía mis sentimientos, nunca me había involucrado con una mujer como ella, nunca había sentido lo que sentía por ella, y ahora todo lo que percibía era su ausencia en mi casa, cada rincón con algo que ella había decorado, o hecho, o yo había hecho... Mierda.

Cuando desperté, tenía un tambor en la cabeza que reverberaba todo el alcohol en mi torrente sanguíneo. Aun así, fui a correr, esperando que el sudor me ayudara a superar el sabor metálico en la boca y el dolor insistente que parecía perforar mi cerebro. Me di una ducha larga, me puse unas gafas de sol y decidí enfrentarme a Sarah. Ella sería mucho más madura que yo, pero solo de imaginarla cerca, mi pecho se oprimía. Si Jason sentía más de lo que yo sentía ahora, no sé cómo mi hermano mayor sobrevivió al abandono de Elisabete. Las puertas del ascensor de Hunt Enterprise se abrieron y Diana sonrió, mirándome de arriba abajo como si no quisiera hacer ningún comentario sobre mi estado.

—Diana, ¿cómo estás?

—Mejor que tú, supongo —dijo mirándome fijamente. —¿Has nadado en un cubo de whisky o algo así?

—Muy gracioso, Diana.

—¿Has estado así el último mes? ¡Pobre chica!

—Para, ¿vale? No he tenido el mejor de los fines de semana. Vamos a subir en silencio, sin hacer ningún ruido, ¿de acuerdo?

Ella dejó de hablar, con una sonrisa ligera en sus labios. Al llegar al 29.º piso, ya pasaban de las nueve de la mañana y sabía que Sarah estaría allí, pero solo con verla tan dolorosamente guapa como el sábado por la mañana sentí mi cabeza palpitar. Parecía que no hubiera pasado nada; llevaba un maldito vestido rojo. Mierda. Sarah me recorrió con la mirada y sonrió a Diana.

—Hola, señor Hunt. Diana, ¡bienvenida!

—Reunión en media hora, ¿vale? —dije a las dos y entré en el despacho. Iba a ser tan difícil como había previsto; tendría que hacer algo sobre Sarah en su puesto de secretaria. Diana me había pedido semanas, pero no podía mantenerla allí con todo lo que pasaba por mi mente en ese momento.

—Estamos hechos una mierda hoy, eh... —dijo Logan al entrar sin llamar, sentándose en la silla frente a mi mesa. —¿Cuál es el motivo de haber bebido tu peso en alcohol? Hueles, por cierto, ¿te has duchado antes de venir?

—Para, Logan, no estoy de humor.

—¿Sarah no te ha ayudado con eso?

—En realidad, Sarah y yo terminamos el sábado.

—Ahí está el motivo. ¿Por qué? —respondió inclinándose hacia adelante, pareciendo genuinamente interesado.

—No importa.

—Vamos, Matt. ¿Qué pasó?

—Ella estaba muy involucrada.

—¿Y beber hasta caer por eso no es señal de implicación por tu parte?

—Sabes que no puedo tener una relación, Logan. Ella va a salir herida.

—La tontería de que te vas a morir pronto otra vez. Deberíamos haber dejado de alimentar esa mierda.

—Eso es un hecho, no una tontería. Y sabes que hay otras cosas...

—Necesitas terapia, hermano. Creí que ya habías superado esa mierda. Tengo pésimos ejemplos: tú con lo de la enfermedad, Jason y Lizzie. Aún se preguntan por qué estoy soltero.

—Tu problema no somos nosotros, es Emma —respondí venenoso, y Logan se puso serio de repente, como si no le gustara hablar de ese tema. —¿Qué necesitas, Logan? Déjame solo.

—Los contratos, necesito revisarlos.

—Aquí —dije entregándole unos papeles y un disco duro. Logan se levantó, deteniéndose unos segundos como si dudara sobre lo que iba a decir a continuación.

—No hagas algo de lo que te arrepientas, hermano.

Minutos después de que se fuera, Diana y Sarah invadieron mi despacho siendo eficientes como siempre. Podía apostar que Diana olfateaba algo entre nosotros dos, pero Sarah estaba tímida como no la veía desde las primeras veces que trabajábamos juntos. Pasamos todo el día así hasta la hora de irnos, cuando Diana se despidió, dejándonos solos. Como un cobarde, esperé a dejar de oír movimiento para salir de la sala. ¿Ya se habría ido? ¿Podría pasar sin peligro de verla de nuevo o quedarme a solas con Sarah?

En cuanto abrí la puerta, me di cuenta de que me había precipitado al oír la voz de Sarah desde su mesa, hablando con alguien:

—Claro, Spencer, el miércoles estaría genial. ¿A las siete, puede ser?

Esperó a que la persona al otro lado de la línea colgara y volvió a recoger sus cosas. Los celos me devoraron vivo, aunque ya no tuviera derecho. Estaba escondido, escuchando una conversación personal, y me sentía con derecho a reclamar a Sarah. Era un idiota.

—¿Quedando para una cita?

—Ma... ¡Señor Hunt! —dijo, mirándome fijamente. —Me has dado un susto.

—¿Quién es él, Sarah?

—No es asunto tuyo. ¿Necesitas algo más?

—¿Así que así es? ¿Cuarenta y ocho horas, Sarah? ¡Enhorabuena!

No debería estar irritado, pero lo estaba. Los celos ardían.

—¿Quieres discutir de verdad? —suspiró mirando al techo e intentando calmarse. —Si no hubieras terminado, todavía estaría contigo, pero lo hiciste, terminaste esa cosa maravillosa que teníamos. No tienes derecho a preguntarme lo que estoy haciendo. Ni ahora, ni dentro de cuarenta y ocho horas, ni dentro de un año. Quiero que lo recuerdes. Renunciaste a preocuparte el sábado, ¿vale?

—Pero me importa. Cosas... cosas me impiden estar contigo, pero me preocupo.

—¿De verdad? No se nota con tu gilipollez.

—Pero lo hago —suspiré alto, rindiéndome a seguir. —No voy a preguntar más, ¿de acuerdo? Pero asegúrate de que ese tío es de fiar, pide a alguien que lo investigue, a Logan o Jason que miren su historial, mierda, llama a seguridad de Hunt...

—Matt —me interrumpió. —Para, por favor.

—No sé qué hacer. Ven aquí... —Ella lo pensó unos segundos, pero acabó viniendo hacia mí. De pie frente a mí, acorté el camino entre nosotros y la abracé fuerte, como si fuera la última vez. Le susurré: —Quiero que seas feliz. Tanto que duele. ¿Me prometes que algún día lo serás?

Me aparté aún sujetándola por los hombros y la vi cerrar los ojos con fuerza antes de abrirlos y mostrarme sus ojos castaños húmedos de lágrimas no derramadas. Asintió con la cabeza y se soltó por completo de mis brazos, recogiendo sus cosas apresuradamente y dirigiéndose hacia la puerta.

Sarah salió sin mirar atrás, dejándome solo. Mi corazón martilleaba contra el pecho con sus palabras. Fui yo quien lo estropeó todo, pero era por un bien mayor: ella sería feliz y yo me encargaría de ello.

Capítulo 11

Sarah

Pasar el primer día sin Matt fue una prueba de fuego. Olía a alcohol cuando llegó al trabajo, casi como si hubiera pasado el fin de semana entero emborrachándose —¿celebrando la libertad, quizá?

Libertad, bufó mi pensamiento. No hablamos sobre cómo sería la relación, sobre ser exclusivos. Nunca sospeché durante el tiempo que estuvimos juntos, y sé que eso me mataría como una puñalada en el corazón, pero después de la forma en que terminó conmigo, no puedo evitar ver en ello una confesión de que salió con otras personas durante nuestro tiempo juntos. Era guapo, deseaba sexo sin compromiso, no quería lo que yo podía darle, sino lo que las rubias pechugonas sin alma estarían encantadas de compartir.

En cuanto Matt se encerró en el despacho, Diana me dio un abrazo sin decir nada ni pedir explicaciones. Con ella pegada a mí, conseguí atravesar el día y concentrarme en mi trabajo. Como dijo Eli, era cuestión de tiempo superarlo, pero no podría mantenerme mucho más tiempo allí, codo a codo con el hombre que me había roto el corazón. Necesitaba otro empleo. Estaba preparándome para salir cuando el teléfono llamó. No lo reconocía, pero como mi familia vivía fuera del estado, siempre atendía, sin importar lo que fuera.

—¿Hola? —Sarah, soy Spencer —me saludó en cuanto atendí.

—¡Hola! ¿Cómo estás?

—Bien. Cogí tu número con Eli. Noté que el sábado nos adelantamos mucho y me di cuenta de que deberíamos tener una cita —anunció. ¿Deberíamos? ¿Me ayudaría a olvidar?

—¿Te diste cuenta? —me reí.

—Sí. Tuve unas ganas inmensas de llevarte al Alfredo's el viernes, ¿qué te parece?

—¿Esta...? Es muy pronto.

—¿Y la otra semana?

—No puedo. Es festivo, ¿recuerdas? —Me di cuenta de que estaba poniendo demasiadas excusas. *Matt, ¡sal de mi cabeza!*

—Cierto, ¿el miércoles entonces? ¡Bien para mí, que podré verte antes! ¿Quedamos allí?

—Claro, Spencer, el miércoles estaría genial. ¿A las siete, puede ser? —sugerí.

—Trato hecho, ¡no puedo esperar! Adiós.

—¡Adiós!

—¿Quedando para una cita? —dijo Matt desde la puerta de su despacho, dándome un susto. ¿Estaba escuchando toda la conversación?

Si por la mañana pensaba que el estado de Matt se debía a nuestra ruptura, después de la conversación surrealista que tuvimos, era una certeza. El sábado sus palabras fueron secas y parecía decidido a alejarse, pero ahora parecía frágil y molesto porque yo tuviera una cita pocos días después de haberme dado calabazas. Cuando me pidió que me acercara, no pude decir que no, y mis piernas se acercaron automáticamente. Cuando susurró: *«Quiero que seas feliz. Tanto que duele. ¿Me prometes que algún día lo serás?»*, algo se rompió en mí y tuve que salir corriendo. Sus palabras se quedarían grabadas en mi cabeza muchas horas después.

∞∞∞

Dormí poco después de la conversación con Matt, y a la mañana siguiente estaba destrozada por las pocas horas de sueño. Intentaba

disimular un bostezo cuando salí de casa y vi al hombre bajito y bigotudo en la entrada del apartamento, y un escalofrío recorrió mi espalda. Leonard, mi casero, estaba parado, como si me esperara. Mierda, ¿qué has hecho ahora, Marisa?

Teníamos un acuerdo confuso con Leonard gracias a la exesposa del casero y mi compañera de piso. No sabía cómo se había negociado, pero yo pagaba directamente a él, al igual que Marisa. Me gustaba eso, porque si tuviera que confiar en la actriz para pagar la cuenta completamente, quizá mi dinero nunca llegaría a su destino. Como nunca había aparecido a cobrar antes, esperaba que todo estuviera bien con las cuentas del apartamento.

—Buenos días, Sarah, ¿cómo estás?

—Hola, Leonard, ¿algún problema?

—Odio hacer esto, Sarah, pero necesito que desalojes el apartamento. Marisa no me paga desde hace más de seis meses. Tú eres responsable y has pagado tu mitad puntualmente, pero no puedo seguir así. —Mierda, mierda, mierda. Era lo que más temía. Por fin había llegado el día y me estaban echando del apartamento. ¿Qué iba a hacer?

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Seis horas.

—¿Qué?

—Quiero cambiar la cerradura y vi cuando Marisa salía. Me saludó y me dijo que tenía un cásting que duraría horas. Como has cumplido tu contrato, puedes coger tus cosas, pero es lo que puedo hacer. También te devuelvo la mitad de los últimos dos meses, pero esto es todo. Lo siento, pero tengo que pensar en mí.

—Vale, Leonard. Estoy desconcertada. ¿Qué voy a hacer?

Fingiendo no oír mi pregunta, el hombre depositó un fajo de dinero en mis manos y se dio la vuelta, dejándome parada en el mismo sitio, con mi bolso del trabajo en las manos mientras intentaba pensar rápidamente qué hacer en seis horas. Por fin había perdido mi casa. Casa, ese apartamento nunca fue un hogar de

verdad, y finalmente ocurrió lo que estaba preparada para que pasara. Entré de nuevo, me puse ropa cómoda, tiré algunas maletas sobre la cama y empecé a recoger mientras intentaba llamar a Eli para avisarle de que volvería a su sofá. Había vuelto al punto de partida: el sofá de mi amiga y mi vida en pocas maletas. Bufé. ¿Cuándo podría tener algo solo mío?

Después de media hora intentando hablar con Eli, decidí esperar a que ella me contactara. Debía estar haciendo un examen o algo importante, y no quería preocuparla. Tres cajas de cartón y una maleta después, estaba lista para la mudanza, con dos horas de mi plazo final y sin señales de mi amiga. Necesitaba activar un plan B, y con tan pocos contactos en la ciudad, se llamaba Logan Hunt.

Él tampoco me atendió, y maldiciendo mi falta de habilidad social y por no tener más amigos, llamé a Emma, que tampoco estaba disponible. ¿Por qué nadie coge el móvil? Era el turno de la opción número cuatro, Diana. No tenía su teléfono, así que llamé directamente al trabajo con la esperanza de que atendiera, ya que llegaba muy tarde y ni siquiera había avisado sobre mi «asunto» de la mañana.

—Hunt. —Qué bonito momento para que Matt atendiera directamente, pensé al oír su voz al otro lado.

—¿Matt? Sé que debería estar en el trabajo, pero necesito ayuda —dije, tomada por un valor que no sabía de dónde salía.

—Sarah, ¿dónde estás? —preguntó preocupado. —Es tarde y no hay señales tuyas. ¿Estás bien? ¿Estás herida?

—¿Puedes llamar a Diana?

—¡Sarah, respóndeme! —exigió serio.

—Estoy en mi casa, o donde era mi casa —me reí sin gracia. —Necesito ayuda para sacar mis cosas.

—¿Qué? Sarah, ¿qué está pasando?

—Me están desahuciando, Matt. Por favor... ¿Puedes ayudarme? —Iba a llorar en cualquier momento.

—Vale, voy para allí —anunció. Matt sabía dónde vivía por todas las veces que me había acompañado a recoger mis cosas cuando pasaba días en su casa.

—No, solo avisa a Diana, o a Logan, no sé. No hace falta que vengas.

—Nunca te dejaría, *baby*. Estoy de camino. ¡Voy a ayudarte! —anunció colgándome en la cara y dejándome inquieta.

Quince minutos después, mientras organizaba las cajas cerca de la puerta del ascensor, vi a Matt y Logan saliendo de un coche aparcado frente a mi edificio a través de las ventanas. Cuando llegué a la planta baja con mis cajas, Matt vino hacia mí, quitándomelas de las manos.

—¿Qué ha pasado?

—Mi casero me ha dicho que la persona con la que comparto piso no paga el alquiler desde hace seis meses. Me ha devuelto algo de dinero y me ha dado unas horas para sacar mis cosas. Vendrá a cambiar la cerradura en unas horas y no tengo adónde ir —conté apática. —Tampoco tengo coche para llevar mis propias cosas. Siento haberos sacado así de la oficina.

—Sarah, para. Necesitas ayuda, estoy aquí. No puede hacer eso sin avisar, voy a hablar...

—Vale, Matt. Solo quiero que me lleven a casa de Eli. Ya era hora de dejar de luchar contra esta idiotez que fue vivir aquí —respondí, interrumpiéndole y haciendo un gesto cansado con las manos.

—*Baby*, vamos. —Hizo un gesto con la cabeza mientras Logan cogía el resto de mis cosas. Guardaron mis cajas y la maleta en un solo viaje; yo los seguía como una figura patética, aún sosteniendo mi bolso de trabajo y una mochila con algunos objetos importantes.

Podía verlos hablar entre ellos en voz muy baja, pero no tenía interés en intentar conversar. Sabía que estaban compadeciéndose de mí y necesitaba mantenerme firme.

—Sarah, tengo una idea, no sé si estarás de acuerdo —dijo Logan en cuanto las cosas estuvieron acomodadas en el todoterreno negro. —Mantenemos una especie de hotel cerca de la empresa para alojar a ejecutivos de otros estados y países, un apartahotel. Si te parece, puedes quedarte allí hasta que encuentres un lugar mejor.

—Es una oferta muy buena, Logan, pero tengo a mi amiga y...

—¿Y vas a quedarte en su sofá? —se quejó Matt sin paciencia, suspirando irritado. —¡Perdona! Pero es una casa estupenda, ¿vamos a verla? Te va a encantar.

—Matt, yo... —No sabía cómo negarme sin dejarles disgustados. No quería ningún favor de Matt, pero al mismo tiempo era una sintecho con varias cosas en la calle. Al notar que dudaba, Matt exclamó un poco irritado:

—¡Sin coste, Sarah! ¡Aprovecha la oportunidad cuando la tienes, joder!

—Menos, Matt —reclamó Logan a su hermano. —Vamos a verlo y decides tú, ¿vale?

Asentí con la cabeza y me senté en el asiento trasero del coche, siendo conducida al otro lado de la ciudad, cerca de Hunt Enterprise. Aparcaron en un edificio con cristales claros en la entrada, bajando al aparcamiento del lugar. Cuando salimos del ascensor, Logan abrió la puerta de la izquierda, dejándome impactada con el lugar. El apartamento era luminoso, aireado y a cinco minutos de Hunt Enterprise. Era el tipo de alojamiento cómodo y práctico, amueblado y listo para vivir. Era precioso y lo que desearía de un buen apartamento dentro de mi presupuesto.

—Es maravilloso, ¿verdad? —preguntó Logan, viendo la respuesta en mis ojos.

—Sí, pero no puedo quedarme, es una oferta estupenda, pero ¿qué haríais con los ejecutivos? Esto es demasiado...

—No lo ofreceríamos si no pudiéramos. Si quieres quedarte, es tuyo el tiempo que desees —añadió Matt.

—¡Sí! —dije sin esconder mi entusiasmo. —¡Muchas gracias!

Logan y Matt fueron al coche a buscar mis cajas mientras yo absorbía aquella casa en detalle: la cortina, el sofá cómodo, la pequeña mesita auxiliar. Era como si mi día hubiera subido del infierno al cielo en pocas horas gracias a los hermanos Hunt. Mi móvil eligió ese momento para sonar: Eli, preocupada por los mensajes dejados a lo largo de la mañana. Parecía toda una vida de distancia. Después de explicarle todo lo que había pasado, mi amiga respiró aliviada. Me aseguró que el sofá seguía a mi disposición y que pasaría después del trabajo a visitarme.

Matt y Logan se fueron enseguida, asegurándome que podría tomarme el día para resolver cualquier pendiente sobre el apartamento. Todavía estaba confusa sobre la oferta, pero agradecida. Quería saber sobre Marisa y cómo había reaccionado al desahucio, pero si era sincera, no quería volver a verla en mi vida.

En los días siguientes y con la ayuda de Eli, reorganicé los muebles del apartamento y esparcí algunas de mis pertenencias. Mi idea era conseguir alquilar uno nuevo con calma y buscando buenos precios, pero con la proximidad de la Navidad, nada parecía lo suficientemente bueno, además de que prefería resolver las cosas cuando volviera de casa de mis padres. Con el paso de los días, seguí con aprensión el tiempo en Massachusetts. Aunque también era invierno en California, la temperatura era agradable, casi como un otoño suave, mientras mi antiguo estado estaba siendo devorado por la nieve. Seguiría intentando embarcar el jueves por la mañana, pero tenía mis dudas de si el avión saldría del aeropuerto o si el vuelo sería cancelado.

Con la mente ocupada en la búsqueda del nuevo apartamento, mi preocupación por el clima y huir de estar a solas con Matt en la oficina, llegó el miércoles. La cita con Spencer, que había aceptado días antes, cuando tantas cosas habían cambiado en tan poco tiempo que ya ni siquiera sabía si quería eso o no. Desde el principio del día, Matt estaba actuando de forma extraña, mirándome más de lo necesario. Diana seguía sin hablar más, pero aún me sentía

incómoda con sus miradas como una pelota de ping-pong, observándonos curiosos cada vez que Matt intentaba conversar.

En cuanto salí del trabajo, fui directamente al Alfredo's, donde debía encontrarme con Spencer. Cuando llegué al restaurante, él ya estaba sentado en una de las mesas laterales. Mi estómago rugió por la comida italiana y me di cuenta de que realmente tenía hambre.

—¡Hola!

—¡Hola! Estás guapa hoy.

—¡Gracias! —agradecí, sentándome en la mesa. —Me muero de hambre.

—Bueno, ¡una chica con apetito!

El camarero se acercó con los menús y minutos después tomó nota de nuestro pedido. Spencer me contaba sobre su carrera en Derecho y cómo estaba haciendo prácticas en un bufete importante. Me habló de su familia en Carolina del Norte y de cómo fue mudarse tan lejos de casa. El caso es que, si lo hubiera conocido dos meses antes, él sería «la persona» para mí. Era interesante, majo, pero llegó después de Matt. Matt era el huracán en mi vida que se lo había llevado todo, y solo podía comparar uno con el otro. Mi cerebro gritaba cosas como «no es tan guapo como Matt», «Matt me habría dejado hablar más» y «a esta hora ya estaría besando a Matt».

El Alfredo's estaba cerca de la oficina, y por tanto, cerca de mi nueva casa. Después de la comida deliciosa y la conversación amena, invité a Spencer a caminar conmigo de vuelta al complejo de apartamentos. Era realmente un buen chico, yo no estaba preparada para dar el siguiente paso.

—Bueno, debe ser bueno vivir tan cerca del trabajo —dijo señalando la torre de Hunt.

—Sí, puedo despertarme y estar allí en diez, quince minutos. Mi sueño está agradeciendo mucho este cambio de aires —me reí.

—No va a pasar otra vez, ¿verdad?

—¿Qué?

—El beso. Nos besamos aquella noche y pensé que podría pasar. Teníamos buena conexión ese día, pero fue la bebida, ¿no?

—Spencer...

—No, está bien. Necesitaba comprobar si saltaban chispas o no —dijo con una sonrisa caballeresca.

—Lo siento, estoy enredada con una persona. Eres un buen tipo, pero...

—Vale, prefiero no escuchar esa parte. El discurso de rechazo es bastante estándar, ya lo he oído otras veces.

—¡Spencer!

—Vete a casa, Sarah. Ha sido una buena cita, la comida estaba estupenda.

—Sí. —Le sonreí. —Tú también has sido buena compañía. ¡Adiós!

Entré en la portería aún observando a Spencer parado en la acera. Mierda, Matt, ¿por qué me has arruinado para los demás? Si no fuera por él, no tendría tantas reservas. Spencer parecía un buen chico.

—¿Teniendo una mala cita?

—¡Logan! —exclamé sobresaltada al ver que también esperaba el ascensor. —¿Tenéis más apartamentos aquí?

—Sí. Estaba cansado para conducir hasta casa. ¿Has salido hoy? —explicó mientras me guiaba dentro del ascensor, marcando mi planta y la suya.

—Sí, con un amigo.

—Estupendo.

—¿Estupendo?

—Sí, hará que Matt reaccione.

—No, Logan, Matt no quiere nada conmigo.

—Ahí es donde te equivocas, querida. Lo quiere todo contigo, solo cree que no puede permitírselo.

Miré a Logan, confundida por sus palabras cuando la puerta del ascensor se abrió. ¿Qué clase de familia era aquella?

Cuando salí en mi planta, abrí la puerta rápidamente y tiré mi bolso en el sofá, dando un suspiro sobre la cita. No fue un fracaso, pero tampoco un éxito rotundo. Si era sincera conmigo misma, sabía que no volvería a repetirse. Decidí aprovechar el resto de la noche para hacer la maleta. *«Qué buena forma de empezar el festivo, Sarah. Muy animado»*, diría Eli si me viera ahora. No tenía humor para más. La cita con Spencer me hizo darme cuenta de que no tendría una salida normal con otro hombre en mucho tiempo.

El jueves por la mañana, me desperté temprano y fui al aeropuerto a intentar embarcar en mi vuelo de las seis de la mañana. Allí, vi cómo mi viaje se retrasaba y se retrasaba hasta que finalmente fue cancelado por una tormenta de nieve en Massachusetts. Busqué a la aerolínea, que me informó de que dudaba que los vuelos salieran ese jueves —festivo— y me sugirió que volviera a casa. Destrozada, llamé a mi madre y le conté lo que había pasado. Fue más comprensiva de lo que imaginaba para una persona que no me veía desde hacía más de seis meses. Repasé mentalmente lo que debería hacer, pero sospechaba que tendría un festivo como la Navidad que planeaba: sola con una botella de vino.

Aproveché el resto de la mañana del jueves para ordenar todo el apartamento y adelantar algunas tareas domésticas. A primera hora de la tarde, ya no tenía nada que hacer. Si estuviera en casa, habría recibido el olor a especias en cuanto abriera la puerta y habría ido a la cocina con mi madre, preparando algunos platos alemanes que no tienen nada que ver con el Día de Acción de Gracias. La madre de mi padre, abuela Mary, lo detestaba todo, quejándose de que mi madre estropeaba los festivos con algo que no era tradicional y no honraba a los padres fundadores o algo así. Yo pasaba el día entero abrazada a mi *maultasche* y riéndome de las dos. A veces la discusión llegaba a mi *stollen* o al *apfelküchlein*, cuando mi madre se enfadaba con su acento cargado sobre lo que le gustaba de los platos de las fechas festivas alemanas.

Era estresante para ella, y por eso siempre entendí la necesidad de viajar en Navidad y evitar pasar fechas tan cerca la una de la otra con mi abuela. Cuando ella murió, mamá empezó a hacer tarta de calabaza o pavo en su honor —y para contentar al resto de la familia — junto a nuestro menú especial alemán.

Decidida a hacer algo, fui al mercado a comprar ingredientes para hacer el *stollen*, una especie de panettone alemán que hacemos en Navidad, pero que para mí sabía a Acción de Gracias. Aunque era una receta europea, no llevaba muchos ingredientes diferentes de los que podía encontrar. Necesitaba harina, sal, frutas secas y algunos otros ingredientes que podría adaptar. Lo normal era hacerlo el día antes para hidratar las pasas, pero tendría que trabajar con lo que tenía. Algún tiempo después, y feliz porque mi *stollen* estaba en el horno, oí el timbre.

—¿Matt? —pregunté confundida al abrir la puerta y encontrarlo con camisa blanca y vaqueros. Me encantaba cuando se vestía de forma más relajada y lejos de los trajes que usaba en Hunt. Era un hombre tan guapo...

—Creí que te ibas a casa de tus padres —anunció.

—¿Cómo lo sabías?

—Diana me lo contó.

—Ahhh... ¿Qué haces aquí?

—Pasaba a buscar unas cosas de Logan y oí un ruido de aquí. Pensé que alguien había entrado en tu apartamento, no sé —respondió un poco tímido, encogiendo los hombros.

—¿Y llamaste al timbre?

—Llamé cuando me di cuenta de que la planta olía a pastel realmente bueno. ¿Qué es? —dijo con una sonrisa de medio lado. Noté que seguíamos en el pasillo y yo estaba completamente manchada de harina. Me miraba como si quisiera limpiarme la mancha con la lengua.

—Es... Entra, salgamos del pasillo.

—Gracias.

—Esto es *stollen*, un pan alemán navideño —expliqué señalando la cocina, todavía sin saber cómo actuar.

—¿Y estás en casa por qué?

—Tormenta de nieve, no he podido coger el vuelo.

—Vale... —Se quedó pensativo cinco segundos. —¿Cuánto falta para que el pan esté listo?

—¿Veinte minutos, quizá?

—¿Puedes arreglarte hasta entonces?

—¿Por qué?

—Vienes conmigo, vamos a pasar el día con mi familia.

—No, ¿estás loco?

—¿Vas a casa de Eli?

—No, Eli ha viajado.

—¿A otro sitio?

—No.

—Te espero, vienes conmigo —sentenció.

—¿Quién te crees que eres?

—Sé que no soy tu persona favorita, pero es mejor que pasar el festivo sola. Mi familia te adora. Prometo no irritarte. Conociste a mi madre, se enfadará si sabe que te he dejado pasar el Día de Acción de Gracias sola.

—Solo con no contárselo... —Me encogí de hombros.

—Preguntará por ti y vendrá a buscarte por las orejas —amenazó con una sonrisa tímida.

—Matt...

—Por favor.

Tenía razón, no quería estar sola. Aun así... Que le den.

—Vale. Voy a arreglarme.

Debería estar loca por aceptar, pero al ver la sonrisa satisfecha de Matt, simplemente fui a mi habitación a buscar una ropa para

pasar el festivo con los Hunt.

Capítulo 12

Matt

Después de una carrera más intensa de lo habitual, intenté descansar la mañana del festivo, pero mi cabeza siempre me llevaba a Sarah y su cita. ¿Y si se lo había pasado bien? ¿Si quería seguir con él? ¿Si lo estaba dejando subir a su apartamento? No tenía ningún derecho, quería que encontrara a alguien y fuera feliz, pero la idea de ella con otro hombre me dolía como un dolor físico. Cerca de la hora de ir a casa de mi madre, Logan me pidió que pasara por el apartamento cerca de Hunt a buscar un portátil, alegando que ya estaba con mamá y que lo necesitaría. Me pareció extraño, pero como sabía que Sarah se había ido a visitar a su madre, no sospeché de sus motivos. Cuando oí el movimiento y noté el olor a pan saliendo de su puerta, supe que el portátil era solo una excusa para encontrarla.

No sabía si ella sabía que Logan vivía en el apartamento de abajo, y decidió pasar los días torturándome con cada pequeño hábito o ruido de Sarah que pudiera narrarme al mínimo detalle. Sentado en su salón, esperando a que ella estuviera lista, era como si me asaltaran recuerdos de cosas tontas, como la forma en que solía arreglar los cojines. La echaba tanto de menos. Los detalles más simples, como la forma en que se movía y cómo comía, el modo en que se enroscaba en mí antes de dormir. Quería tocarla, pero sabía que no podía. Pasé los últimos minutos avisando a Logan sobre Sarah y pidiéndole que contara a todos que ya no éramos pareja. No quería que las cosas fueran incómodas para ella.

Cuando apareció en el salón con un vestido verde sencillo y fue a la cocina a empaquetar el pan, me pregunté qué demonios estaba

haciendo. ¿Por qué no puedo resistirme a la presencia de Sarah Hamilton?

—Estoy lista —anunció.

—Claro, vamos.

—¿Estás seguro de que las cosas no van a ser extrañas?

—Sí, les he avisado.

—¿Les has avisado de que ya no...?

—Sí.

—Gracias.

—Todo por ti, *baby*.

Conduje en silencio hasta casa de mi madre, dándome cuenta de que seríamos los últimos en llegar. Mi madre prefería que pasáramos el día juntos en lugar de una cena tradicional. «Tres hijos gigantes que necesitan alimentarse», que poco a poco fueron creando otros asientos fijos. Emma empezó a pasar los festivos cuando tenía 13 años, y tuvimos a Lizzie durante dos hasta que ella y Jason rompieron.

En cuanto aparqué el coche, mamá abrió la puerta, como si estuviera paseando de un lado a otro esperando nuestra llegada.

—¡Sarah! —dijo mamá corriendo hacia nosotros y abrazando a mi chica.

—¡Hola, Ava! Siento no haber avisado de que vendría.

—¡Tonterías! Siempre hago comida de más por el tamaño de los chicos. Comen como tres monstruos —dijo mamá cogiendo la mano de Sarah y entrando en casa sin saludarme.

—Está enfadada porque habéis terminado —anunció mi hermano mayor en cuanto pasé por la puerta y lo encontré apoyado en uno de los lados de la entrada, observando la escena entre Sarah y mi madre.

—Jason, ¡cuidado con lo que dices!

—Perdona, mamá.

—Mucho mejor. —Mi madre sonrió de vuelta.

—Tienes un tercer hijo para saludar, ¿recuerdas? El del medio. —Sí, parecía un bebé quejica, pero funcionó cuando me abrazó y segundos después volvió a prestar atención a Sarah.

—¿Qué es eso que tienes en las manos?

—Esto es un *stollen*. Es un pan navideño alemán, pero mi madre siempre lo hacía en el Día de Acción de Gracias. Me alegra haberlo traído para vosotros, porque solo sabía hacer la receta grande y habría estado toda la semana comiéndolo.

—Dale las gracias a Matt por haberte traído hasta aquí —bromeó Emma, sonriendo desde un rincón de la sala. ¡Buena chica! Intentando ayudarme.

—Ya lo he hecho —dijo con una sonrisa. —¿Puedo ayudar en algo?

—Claro, todos ayudamos aquí. Jason ha escapado de su puesto, pero era el encargado de rellenar el pavo junto a James. Emma estaba en la cocina haciendo la ensalada y Matt hará la tarta, es el responsable desde hace años.

—¿En serio? —Sarah me miró sorprendida.

—Sí, todos mis hijos cocinan bien. No quería que murieran de hambre.

Todos fuimos a la cocina, cada uno en su papel. Terminé de preparar la tarta – y no se me escapó que era el plato favorito de Sarah – mientras el resto se movía en silencio. La casa de mi padre era enorme y la cocina tenía tamaño industrial, lo que era bueno para que cupiéramos todos en una misma estancia. Después de una hora, teníamos comida para un batallón; mi madre no bromeaba sobre eso. Poco a poco, empezamos a poner la mesa en el comedor.

—Echo de menos la ensalada de patatas de Lizzie —lamentó mi madre sin darse cuenta de que Jason entraba en el comedor justo detrás. Lizzie era un tema delicado que mamá insistía en tocar. Se enamoraron, vivieron un gran amor hasta que un día ella dijo que no era lo que quería y se fue con otro hombre. Eso marcó a Jason y lo

cambió de la noche a la mañana. Nunca hablaba su nombre, y una vez nos pidió que hiciéramos lo mismo.

—¡Mamá! —gritó Logan.

—Pero es verdad, la chica sabía cocinar.

—Lástima que también fuera una zorra traidora —dijo Jason serio mientras volvía a la cocina en busca de más alimentos para poner en la mesa. Un silencio cayó en la estancia hasta que el móvil de Sarah sonó con la notificación de Skype.

—Necesito atender —se disculpó.

—Claro, querida —respondió mi madre mientras ella sonreía a la pantalla y oía voces al otro lado.

—¡Hola, querida!

—¡Hallo, meine liebe!

—¡Hallo, mamá, hola, papá!

Era cálido oír a Sarah hablar en alemán con su madre, y parecía más animada que en el resto del día. Realmente debía estar echando de menos a sus padres.

—¿Puedo enseñaros? Mi madre quiere veros —preguntó, y asentí con la cabeza. ¿Qué le negaría yo?

Sarah giró la pantalla hacia todos nosotros, que estábamos organizándonos en la mesa, hablando y señalando nuestros nombres para su madre y su padre. La madre de Sarah dijo algo y ella rió traduciendo.

—Mi madre dice «hola» y está impresionada de cómo una persona tan pequeña puede tener hijos tan grandes. —Mamá se rió a carcajadas y le dio las gracias.

Estaba hipnotizado por la belleza de su madre. Parecía una de esas modelos retiradas que se mantienen eternamente guapas. Rubia como su hija y de ojos castaños, era impresionante. Ahora entendía la necesidad del padre de Sarah de hacerla quedar en el país; yo habría hecho lo mismo. Quien envejeciera al lado de Sarah sería un hijo de puta con suerte.

Sonriendo, Sarah se despidió de sus padres, aún hablando en alemán. Su padre debía sufrir entre las dos y esa lengua complicada.

—Han aprovechado que mi familia aún no ha llegado para la cena y han hecho la videollamada. Mamá me estaba haciendo la boca agua hablando de su *strudel*.

—¿Los echas de menos, verdad? —preguntó mi padre.

—Sí, pero no he podido llegar hasta allí por la tormenta de nieve. Estoy feliz de que aún tenga internet, luz y una comida caliente y sabrosa.

—¿Tu familia es grande?

—Tengo un tío y tres primos, pero solo nos vemos en el Día de Acción de Gracias.

—Los verás otras veces, cariño.

—Muchas gracias por recibirme. No estoy con mi familia, pero estoy con otra muy especial.

Sonriendo después de eso, nos sentamos; mamá hizo una oración y empezamos a comer. Podría haber vuelto rodando después de la comida, pero me recosté en uno de los sofás observando a Sarah hablar con Emma. Me había evitado toda la tarde.

—¿Haciendo de acosador? —dijo Logan sentado a mi lado.

—Observando a mi chica.

—Que ya no es tuya —dijo Jason, sentándose en el espacio libre.

—Este sofá no es lo suficientemente grande para los tres —dije, intentando cambiar de tema.

—Tranquilo, hermano.

—¿Vais a parar los dos? Estaba sola, a mi madre le gusta ella, ¿por qué no traerla?

—No iba a hablar de eso, iba a preguntarte cuándo vas a dejar esa tontería.

—¿Qué?

—¡Vamos! Sabemos que terminaste con ella y cuál fue el motivo —explicó Jason. —Estás siendo un idiota.

—Estoy pensando en su futuro —respondí, masticando cada palabra.

—Estás siendo egoísta, Matt.

—Tienes una oportunidad de oro. Duele perder al amor de tu vida —respondió Jason, mirándome seriamente.

—¿Quieres hablar de eso, Jason? ¿En serio?

—No, pero sé exactamente lo miserable que vas a ser. La odio todos los días y aun así no paso una noche sin soñar con ella o buscarla en la cama, y eso lleva dos años. Tengo un motivo para estar lejos, pero el tuyo no es lo suficientemente fuerte. No lo pierdas.

∞∞∞

—Muchas gracias por hoy —agradeció Sarah mientras abría su puerta. Me aseguré de dejarla en la entrada de su apartamento. Prácticamente la obligué a aceptar mi coche y no descansé hasta traerla hasta aquí. Las palabras brillaban en mi memoria como un aviso del futuro. Jason era un antes y un después de Lizzie, y tenía miedo de convertirme en una cáscara de quien era, igual que mi hermano.

—La quería conmigo.

—Matt, yo... —dijo cerrando los ojos con fuerza. —No hagas esto, por favor. No seas bueno, no seas dulce. Me rompiste el corazón la semana pasada.

—No debería haberlo hecho. Tengo miedo y no quiero sentirme así.

—¿Así cómo?

—Como si necesitara a alguien para respirar.

—Matt.

—*Baby*, te he echado tanto de menos —confesé, y sin previo aviso me abalancé sobre sus labios, uniendo su boca a la mía. Tenía

sed de ese beso. Arrastrándola hacia atrás, cerré la puerta y la llevé hasta el sofá del salón, sentándola en mi regazo sin romper nuestro contacto.

—No, nosotros... no —protestó aún con la boca pegada a la mía. Poniendo distancia entre nosotros, continuó: —No vamos a hacer esto. Quiero que te vayas.

—Vale, lo siento, yo solo... —me disculpé, apartándome de ella, levantándome y dirigiéndome hacia la puerta. Algo me decía que ahora sería más difícil tenerla, pero esto aún no había terminado.

Capítulo 13

Sarah

Me mantuve lo más ocupada posible durante el resto del festivo, evitando la tentación de hablar con Matt. Sabía que fue un error acompañarlo a casa de su familia el Día de Acción de Gracias, pero no pude resistirme. Su familia era tan amable, me recibieron con los brazos abiertos y me trataron con cariño aunque ya no estuviera con él. Echaba de menos a mi madre, a mi padre e incluso a los tíos y primos irritantes. La tentación de tener un poco de alegría en lugar de quedarme sola en mi apartamento fue más fuerte, y terminé con los Hunt y sus conversaciones llenas de energía. Todo fue bien hasta el beso... El beso. Aunque no quisiera admitírmelo a mí misma, quería verlo el lunes siguiente, observar sus rasgos durante unos minutos y absorberlo en esos instantes. Necesitaba mantenerme alejada de Matt si quería superar mis sentimientos.

Cuando llegó el día, encontré a Diana sentada en la mesa y nada de Matthew Hunt. Intenté disimular, pero mis ojos se pegaban al ascensor cada vez que la puerta se abría.

—No viene hoy. Reunión fuera. Quizá al final del día, pero no estoy segura —dijo sin apartar los ojos del ordenador.

—¿Cómo fue el festivo?

—Bien, mi Larry sigue sin poder comer cosas pesadas, así que tuvimos un Día de Acción de Gracias sin tantas cosas este año: pavo con poca grasa y mucha ensalada. ¿Y el tuyo?

—No pude embarcar porque Massachusetts estaba bajo la nieve. Pasé el día con amigos —dije simplemente, sin querer revelar más.

—Una pena, querida. Pero verás a tus padres pronto. El invierno es complicado.

—Sí... Habrá otras oportunidades —confirmé encogiéndome de hombros, absorbiéndome en una tarea ahora que sabía que Matt no estaría allí durante todo el día.

El resto del día pasó en nuestra ocupación habitual, hasta que él llegó corriendo al atardecer, pidiéndonos que lo acompañáramos a la sala. Después de algunas preguntas sobre el día y demandas sobre su reunión fuera, Matt empezó a dar órdenes.

—Diana, algunos inversores están en la ciudad, esta semana será un caos. Jason ha vuelto para pasar el festivo y aprovechó para programar algunas reuniones en Hollywood. Han salido mejor de lo esperado y vamos a pasar los próximos días fuera. Vosotras dos necesitáis mantener el fuerte mientras tanto, ¿vale?

—Claro, Matt, lo que necesites.

—El jueves vamos a una convención...

—¿Por qué? Nunca hemos ido a ninguno de estos encuentros —lo interrumpió Diana.

—Técnicamente aún no vamos. Hemos descubierto una serie de reuniones que nos interesan en una feria de entretenimiento. Logan, Jason y yo decidimos que ya somos lo bastante maduros para estos lugares y necesitamos confiar en Hunt Enterprise si queremos ir más allá. Somos grandes aquí en Los Ángeles, tenemos presencia en algunos estados, pero queremos mejorar. Ahí es donde entra Sarah.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Vas a acompañarme, el jueves vamos a observar a la competencia e ir a una reunión en el Valle del Silicio. Ese día me encuentras abajo, voy a conducir.

—¿Y yo, Matt? ¿Ninguna aventura para esta vieja? —preguntó Diana.

—Esta vez necesito a Sarah. Nuestra reunión es con Lukas Ledermueller. Él va a estar presente en esa feria y apuesto a que tendremos mucho material para entender a nuestra competencia. El

alemán ha pedido una reunión urgente en los próximos días y hemos decidido que este es el momento ideal.

—¿De verdad quieres internacionalizar la empresa? —pregunté mientras yo seguía mirando a ambos como en un partido de tenis. ¿Sola con Matt? ¿En un coche?

—El plan es ir allí y descubrir qué podremos hacer en los próximos años. Voy a hacer algunas cosas, pero vosotras dos podéis iros en cuanto terminéis estas tareas, ¿vale?

Asentí con la cabeza, levantándome mientras él se giraba hacia el ordenador, tecleando con furia como si tuviera algo urgente que resolver. A pesar de mi historia con Matt, era una oportunidad de oro para aprender sobre el negocio, y estaba emocionada por esas reuniones en el Valle del Silicio.

Matt no apareció en los días siguientes, pero envió una serie de correos llenos de tareas, como había dicho, en una semana agitada, incluyendo un mensaje diciéndome que saldríamos a las seis de la mañana del jueves.

La mañana del día señalado, me puse la ropa más neutra y con aspecto de ejecutiva de éxito, y esperé a Matt. Serían entre cuatro o cinco horas conduciendo sola con él hasta el Valle del Silicio. No era justo lo guapo que parecía incluso tan temprano. Siempre me sorprendía. Echaba de menos despertarme a su lado, con la barba sin afeitar y... *No vayas por ese camino*, grité a mi cerebro.

—Buenos días, he traído café. —Matt me mostró el portavasos donde reposaban recipientes gigantes. Cogí el mío y empecé a disfrutar de la cafeína entrando en mis venas, observando el amanecer en Los Ángeles. Sería un largo día.

—¿Cuál es el programa?

—Llegar a la hora de comer, comemos rápido, vamos a las charlas e intercambiamos tarjetas. Encontramos a Lukas a las siete de la tarde y volvemos justo después. Llegaremos de madrugada. Siéntete libre para llegar solo por la tarde mañana, ¿vale?

Solté el aire que estaba conteniendo al saber que volveríamos el mismo día. Tenía miedo de Matt y yo en un mismo hotel, con mi resistencia desmoronándose cada día. Todavía estaba afectada por el beso del Día de Acción de Gracias. Y por mucho que Matt se comportara con distancia, me sentía atraída hacia él, como si gravitara a su alrededor. Temía no poder resistir otro beso y terminar de nuevo en la cama con mi jefe.

—Bien. Lo que necesites durante el día, solo pídemelo.

—Mantén los ojos bien abiertos, eres muy perceptiva. Me gusta eso.

—Gracias.

Seguimos el viaje en silencio, con alguna conversación sin mucha importancia. Me dormí en algunos momentos, notando la diferencia horaria en mi reloj de pulsera. Al mediodía aparcamos en el hotel, y desde fuera se notaba el bullicio de las reuniones. Nos registramos rápidamente y nos dirigimos al salón donde se servía la comida, con grandes mesas comunes y varias personas con traje conversando alrededor.

—¿Nuestra reunión será aquí?

—No, será en el Fontain, otro hotel a unos kilómetros. No hay ni espacio en este, parece lleno incluso para quien quiera una habitación —dijo, guiándome hacia el bufé.

Después de comer rápidamente, corrimos a la primera charla sobre medios, y Matt parecía un alumno interesado. Era imparable. En las horas siguientes, hablamos con la mitad del salón sobre los negocios de Hunt Enterprise. Era guapo, seguro y hablaba bien, creando un canto de sirena a nuestro alrededor. Otra cosa que aprendí sobre él ese día fue que Matt era fluido en español, sonando sexy como el infierno en cada sílaba que pronunciaba.

Al final del día, teníamos varios contactos nuevos e incluso una reunión concertada con una empresa del Reino Unido que tendría a uno de sus gerentes en Las Vegas en pocos meses. Como los negocios de Hunt eran variados, no entendía por qué nunca habían ido a un evento así, pero Matt decía que era porque intentaban

conseguir la excelencia en la entrega y no sabían si podrían asumir el volumen de negociaciones de ese tipo de feria. Era comprensible; tenían negocios con media Hollywood, algunas emisoras y empresas de Nueva York con tecnología de transmisión de datos y otros servicios de medios. En la última hora, me di cuenta de que Matt tenía razón por la cantidad de tarjetas de empresas interesadas guardadas en mi bolso.

—Creo que Hunt es un éxito —dije mostrándole las tarjetas en mi bolso.

—Voy a hablar con Jason sobre estas ferias, son muy instructivas. Puede ser el paso adelante que estamos planeando. ¿Todo listo para la reunión con Ledermueller?

—Claro, ¡cuando quieras! —respondí animada. —¿Quiere revisar el contrato?

—No, sospecho que será por otro motivo. Vamos a escuchar lo que tiene que decir. Y por eso es importante tu presencia. Dios sabe que el acento de ese hombre es difícil.

Nos reímos, y las facciones de Matt relajadas apretaron mi corazón con fuerza. ¿Por qué me enamoré de él? Huí al baño, donde estuve unos segundos esperando a que mi pecho dejara de latir con fuerza por la presencia de mi jefe. Odio cuando eso pasa. Nos dirigimos al otro hotel para encontrar al empresario alemán. Lukas cerró el contrato con Hunt Enterprise, pero quería hablar sobre los negocios futuros.

Entramos en el hotel, intentando orientarnos, cuando una voz llamó nuestra atención. Era bajito, rubio y de mediana edad. Extendió su mano a Matt, para inmediatamente después deslizar su mirada por mi cuerpo sin ocultar su interés. Detestaba ese tipo de actitud, sintiéndome como un trozo de carne expuesta. Matt pareció notarlo y se endureció a mi lado, apretando con fuerza la mano del alemán.

—Hola, Hunt.

—Hola, señor Ledermueller.

—Bueno, ¿vas a ayudarme? —me dijo en alemán sin siquiera saludarme. Qué idiota.

—Claro —respondí en alemán.

El camarero se detuvo a nuestro lado, tomó nota de nuestros pedidos y poco después el alemán explicó sus motivos. Empecé a traducir y me sorprendí.

—Sin rodeos, Hunt. Me gustaría comprar tu empresa. Tengo una oferta que creo suficientemente buena para hacerte feliz a ti y a tus hermanos. Tenéis una buena empresa, pero yo puedo hacerla mejor.

—Hunt Enterprise no está en venta —anunció Matt, cerrando las manos hasta que sus nudillos se volvieron blancos. Las colocó debajo de la mesa, ocultando su reacción. Mi mirada fue atraída por el movimiento. Aún traduciendo e intentando mantener la neutralidad, extendí mi mano también y agarré la suya en un apretón, intentando transmitirle calma. Sentí que respondía al contacto, abriendo un poco sus dedos y encajándolos en los míos.

—Piénsatelo bien, no tienes los contactos que yo tengo y Hunt será mía de un modo u otro, aunque sea para arrebatarte el mercado y hacerte quebrar —amenazó el hombre. Estaba incómoda por la hostilidad en el tono de Lukas y apreté la mano de Matt con más fuerza, haciéndolo relajarse mientras traducía la amenaza. Entre líneas, sabía que el alemán había hecho un buen negocio en el país, pero no podía cumplir sin tener a Hunt en sus manos. Era un idiota ambicioso que esperaba que ese teatrillo funcionara, porque de lo contrario estaría en un aprieto con otros empresarios.

—Agradezco la oferta, pero no estamos en venta. Si solo era eso, gracias. Buena suerte intentando entrar en nuestro mercado —explicó Matt, soltando nuestras manos y levantándose de la mesa. Sin despedirse del alemán, empezó a caminar hacia la salida del restaurante, haciéndome correr para seguir su ritmo.

—Te arrepentirás de no aceptar mi oferta, Hunt. Ha sido un placer, señorita Hamilton. ¿Le gustaría verse conmigo más tarde? —Me detuve a medio camino y miré al alemán con la boca abierta,

impresionada por su descaro. Matt siguió su camino, desapareciendo de mi vista.

—No lo haré, y no me ha gustado su tono.

—Creo que le gustará un tono mejor más tarde.

—No sea ofensivo. Ya he dicho que no, buenas noches —dije caminando con pasos irritados hacia la salida del restaurante. ¿Cómo se atrevía?

—¿Qué te ha dicho? —Matt respiró hondo, apareciendo detrás de mí, y volvió a hablar, pareciendo haber presenciado toda la escena a distancia. —Sarah, ¿qué te ha dicho?

—Que quería salir conmigo, que si no me había gustado el tono que estaba usando, tenía algo mejor guardado para después.

—Ese mierda... —Matt intentó volver, pero sujeté su brazo. Me miró a los ojos, aún molesto. —Te ha ofendido.

—Es un imbécil que está nervioso porque ha cerrado un contrato y no va a poder cumplir. Habla con alguno de tus contactos en el mercado, porque sospecho que esta pose de Lukas no es más que desesperación.

—¿Has leído todo eso solo con que quería comprar la empresa?

—¿Hay otro motivo para que quiera concretar un negocio en las próximas semanas justo después de hacer una serie de reuniones en el país, que no sea que ha prometido demasiado y no tiene estructura para cumplir?

—Puede ser... —dijo pensativo.

Un rayo cayó fuera y salté asustada, agarrando el brazo de Matt con más fuerza. Nos acercamos a la ventana y vimos la fuerte lluvia que caía al otro lado.

—Les aconsejo a los dos que no salgan —dijo el conserje del hotel a nuestro lado. —La ciudad es un caos, la carretera ha sido cerrada por el exceso de agua en la calzada.

—Mierda —murmuré aún agarrada a Matt y saltando en cada nuevo rayo.

—Estamos en un hotel, vamos a coger una habitación —dijo dirigiéndose al mostrador de recepción.

—Vamos a coger dos habitaciones —le dije a Matt. —Sin planes aquí, ¿vale?

—Sarah... —respondió Matt sin paciencia. —Claro que serán dos habitaciones. No podemos volver esta noche, no voy a conducir con esta lluvia.

—Lo siento... Solo...

—Vale, vamos a resolverlo e ir cada uno a su habitación —dijo cortándome.

Me sentía un poco culpable por haber sugerido que eso era un plan. Corrigiendo, me habría gustado que lo fuera; él no fue más que un caballero. Matt pareció un poco enfadado después de que lo sugiriera y solo volvió a hablar conmigo para murmurar un seco «buenas noches» antes de entrar en su habitación. Las habitaciones estaban una frente a la otra. Era una habitación de tamaño razonable con una cama de matrimonio grande que gritaba confort. Como me había despertado temprano, ya tenía sueño, así que me di una ducha rápida, me enrollé en la bata y me fui a dormir.

Algunas horas después, desperté con un destello en mi habitación. Odio los truenos. Siendo de Cambridge, era de esperar que estuviera acostumbrada al mal tiempo, pero nunca supe lidiar con esa furia de la naturaleza. Suspirando, me levanté y cerré las cortinas, intentando ocultar la tormenta que ocurría fuera. Con otro estruendo, el hotel se apagó y gemí saltando en la cama. En Los Ángeles, tenía linternas repartidas por el apartamento, dos prácticamente en mi mano al lado de la cama. Aquí, solo tenía mi móvil.

La lluvia seguía golpeando con fuerza la ventana y me levanté de la cama, rindiéndome a la idea de dormir. Mirando el minibar con la ayuda de la luz del smartphone, busqué algo para beber, pero solo había refrescos y bebidas con azúcar que me mantendrían aún más despierta. Un ruido fuerte vino de fuera y un destello iluminó mi habitación incluso con el apagón. Sin pensar en lo que estaba

haciendo, salí corriendo como si me persiguiera un asesino en serie y llamé a la puerta de Matt al otro lado del pasillo.

—¿Sarah? —dijo Matt, confundido, abriendo la puerta aún somnoliento y solo con un boxer.

—Se ha ido la luz... yo... solo... —expliqué tartamudeando. Otro estruendo atravesó la noche y me lancé sobre Matt, abrazándolo con fuerza.

—Ven aquí —dijo, acomodándome en su pecho y abrazándome con fuerza. Era la misma energía del primer día, mierda. —¿Tienes miedo de la tormenta?

—Los rayos me ponen nerviosa.

—Vale, mi amor. Hoy no vas a estar sola —dijo, llevándome al interior de la habitación y cerrando la puerta. —¿Crees que podrás dormir?

—No lo sé, lo he intentado, pero no he podido.

Matt me soltó y fue al minibar, volviendo con una bebida en miniatura. Vertió el líquido ámbar en un vaso y me lo ofreció.

—Esto debería relajarte.

Bebí la bebida fuerte de un trago, esperando a que llegara la calma. Matt cogió mi mano, llevándome hacia la cama, y nos tumbamos. Sin saber cómo actuar, intenté mantener distancia de él, pero Matt no lo permitió. Me acerqué a su pecho, enroscada en sus brazos.

—Duérmete, amor.

Cerré los ojos como me pidió y sentí el relax de la bebida y el cuerpo de Matt. Lo siguiente que noté fue que había amanecido. Al abrir los ojos, vi a Matt dormido, girado hacia mí. Era guapo de mirar, y sin poder controlar mi impulso, deslicé el dedo sobre su rostro en una caricia suave, observando todos los ángulos de su cara. Lentamente, abrió los ojos y me quedé congelada al ver su mirada verde oliva.

—Puedes continuar —dijo con la voz ronca del amanecer.

—Matt, yo...

—Siento haber terminado las cosas de aquella manera, no estaba pensando, soy un idiota —suspiró, girando el rostro lejos de mí, mirando al techo. —Si pudiera volver atrás, nunca lo habría hecho.

—Dijiste que era algo casual, que estaba demasiado involucrada y...

—Y yo también lo estaba. Quiero estar contigo, quiero despertarme contigo... siempre. Solo que... soy un idiota.

Matt se giró, mirándome a los ojos y se acercó lentamente, dándome tiempo para apartarme si quería. No quería, y lo encontré a medio camino, acortando el espacio entre nuestros labios. Quería más de él; abrí mis labios, dándole libre acceso a su lengua mientras mordía suavemente. Al diablo mis preocupaciones, porque había algo en Matt que siempre me hacía volver, sin importar lo roto que estuviera mi corazón.

—Te he echado tanto de menos, Sarah... —gimió Matt entre nuestras bocas mientras aflojaba la bata en mi cintura, congelándose al tocar mi piel. —¿Estás desnuda?

Lo estaba. El día anterior había lavado mi ropa interior en el baño del hotel y la había puesto a secar. Como no quería dormir con mis incómodos pantalones y camisa social, me acosté con la bata del baño. En la prisa por salir de mi habitación durante la tormenta, no me di cuenta de eso.

—Sí.

—Sarah... —gimió Matt en mi cuello mientras la bata se deslizaba de mis hombros, trazando un camino de besos desde la clavícula hasta cerca del pecho, donde siguió con sus labios. Levanté una de las piernas, encajándola en la cadera de Matt, sintiendo su erección matinal directamente contra mi núcleo. Lo quería tanto. Me giró sobre su cuerpo, quedando él encima de mí.

Matt desenvolvió la bata como si fuera un regalo de Navidad y sonrió al ver mi cuerpo desnudo frente a él. El fuego crecía en mi vientre, excitándome cada vez más. Se acercó besando suavemente mis pechos y bajando hasta mi abertura, donde sentí su lengua alcanzar mi clítoris, provocándome pequeños espasmos.

—Amo este coño tuyo —gimió mientras seguía lamiendo con vigor. Lo sujetaba por el pelo, apretándolo con mis piernas y sintiendo el orgasmo subir por mi columna. Arqueando la espalda, gemí fuerte por el clímax que me había dado solo con su boca.

Aún con los ojos cerrados y respirando con fuerza, oí a Matt moverse.

—Abre los ojos, amor.

Me miraba frente a frente, sujetando uno de mis costados. Se acomodó entre mis piernas, torturándome con su polla contra mi clítoris sensible. La tensión sexual en la habitación era creciente, con electricidad brotando en mis venas donde Matt me había tocado.

—Te necesito dentro de mí —susurré, y él no esperó más, entrando en mí sin más preliminares. Con la ayuda de mis piernas, me impulsé hacia arriba, dejándolo ir aún más profundo. Era increíble.

Empecé a apretarlo con mis músculos internos y sentí a Matt responder, aumentando el movimiento de su cadera y bombeando con más ganas dentro de mí. Tirando de mis piernas hacia arriba, las sujetó sobre su hombro. En cada embestida, nos volvíamos más frenéticos, el orgasmo acercándose rápidamente. Matt daba besos y lametones en mi cuello mientras yo arañaba su espalda, sabiendo que dejaría marcas. Con él empujando dentro y fuera de mí, sentí el cosquilleo familiar que empezaba a extenderse desde mis pies hasta mi núcleo. Gemí alto, sintiendo mi cuerpo convulsionar de placer. Matt me siguió, y con unos cuantos impulsos más, se corrió cayendo sobre mí.

Con la sensación de paz de él sobre mí, acariciando su pelo con suavidad al mismo tiempo que sentía todo lo que pasaba dentro de mí después del orgasmo, me di cuenta de que quería arriesgarme de nuevo aunque tuviera miedo de perder mi corazón. Lo amaba demasiado como para irme. Matt levantó la cabeza y me miró, nuestros ojos atrapados el uno en el otro, y sentí como si hubiera vuelto a casa. ¿Qué hechizo había puesto este hombre en mí?

—Te he echado de menos. —Estiró la mano hasta su móvil en la mesilla y marcó un número, poniéndolo en manos libres.

—¿Qué demonios, Matt? ¡Son las siete de la mañana! —La voz de Logan llenó la habitación y miré incrédula a Matt, sin entender lo que estaba haciendo.

—Lo sé, pero no podía esperar. Estoy con Sarah y quiero pedirle oficialmente que se quede conmigo, que sea mi novia, que tengamos una relación. Todo lo que pueda atar y poner su nombre como propiedad.

Una sonrisa apareció en mi rostro. No podía controlarla, sobre todo con Matt sonriendo de vuelta como lo estaba haciendo ahora.

—¿Y por qué tienes que llamarme cada vez que decides esto? ¡Es la segunda vez, joder! ¡Y es de madrugada! —resopló Logan.

—Para que cuentes que quiero comprometerme. Es un gran día para los Hunt, ¿no?

—Por el amor de Dios, Matt. Ve a besar a tu chica y déjame dormir. Cuando me despierte, se lo cuento a la familia. No la cagues esta vez —amenazó Logan, colgando a continuación.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque no quiero que dudes ni por un segundo que quiero estar contigo todos los días de mi vida.

—Matt... te quiero —revelé, y él se acercó, besándome apasionadamente, dejando claro que él también sentía lo mismo.

Capítulo 14

Matt

Me sentía completo de nuevo. Echaba de menos compartir mi vida con Sarah, mis noches, despertarme con ella por la mañana. Soñaba con ella y sus sentimientos tan abiertos y límpidos a través de sus ojos. Sabía que era especial y que necesitaba vencer mis miedos si quería estar con ella los pocos años que aún me quedaban. Ella dijo que me quería y no pude responder, sabiendo dentro de mí que correspondía a ese sentimiento, pero aún atrapado por las ataduras de mis pensamientos. Sarah sufriría cuando yo partiera, y por mucho que quisiera evitarlo, Jason tenía razón: me sentiría miserable. Si ella sentía solo una parte de lo que afloraba dentro de mí, no importaba si estuviéramos juntos o separados; ella estaría siempre marcada por este amor.

Después de avisar a Diana del imprevisto de la lluvia y decirle que no iríamos a trabajar —y recibir una risita como respuesta, como si ella supiera lo que acababa de pasar, porque esa mujer parecía saberlo todo—, la abracé hasta que se durmió de nuevo, sujetándola fuerte contra mí. Era tranquilo. Me quedaría allí el resto de mi vida si pudiera.

—Necesitamos ir a casa —anunció Sarah somnolienta unas horas después.

—Para cuando lleguemos ya será casi de noche, vamos a pasar el día aquí —murmuré contra su piel, besándola. —Quizá el resto de la semana.

—Pero Diana está sola trabajando...

—Puede tomarse un día libre después.

—¡Eso no es justo, Matt!

—Vale —acepté, dándome cuenta de que no iba a rendirse. —Pero prométeme que pasarás la noche en mi casa.

—Matt. —Sarah miró hacia otro lado mientras luchaba con las palabras. Algo iba mal.

—¿Qué, *baby*?

—La última vez, pasé tanto tiempo en tu casa que terminó como terminó. ¿No podemos ir más despacio? Hoy soy tu novia, pero luego... —se interrumpió, su voz desvaneciéndose con la confesión.

—Oye, para con eso. Ya te he dicho, creí que no podía estar contigo y...

—¿Por qué?

—Porque, desde el cáncer, tengo miedo de tener relaciones.

—¿En serio? —Me miró con los ojos abiertos, como si no hubiera pensado en eso desde el día que hablamos de ello.

—Sí, no quiero ver a la gente sufrir por mí, tengo miedo de hacer daño o incluso de que me dejen solo por estar enfermo.

—Yo nunca haría algo así contigo.

—El miedo es irracional, mi amor. En cuanto te vi con mi familia, entré en pánico. No quería haber terminado, pero creí que era lo mejor. No puedo explicar por qué; fue como una reacción aquel día después del entierro. Tenías razón... Estaba afectado por todo lo que pasó y mis pensamientos solo hicieron crecer la confusión.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —preguntó, apartándose de mí, como si quisiera darme espacio. Lo que no entendía es que no quería alejarme de ella.

—Jason me habló de Lizzie y de cómo todavía la echa de menos, y me di cuenta de que sería eso. Nunca dejaría de desear, me quedaría siempre queriendo saber qué habría pasado si hubiera tenido el valor de buscarte.

—Todavía sufre por ella, ¿no? Incluso con toda la historia...

—El corazón no tiene mucha explicación, *baby* —respondí, interrumpiéndola. —Ella marcó a mi hermano para bien o para mal.

Sarah se quedó callada con mis palabras, como reflexiva. Entendía que necesitaba ese espacio, por mucho que quisiera tenerla pegada a mí. Sarah confesó que me quería, pero tenía miedo, y lo entendía. La había herido antes y tenía miedo de ser lastimada de nuevo. Nos arreglamos, cada uno en su habitación, y cogimos la carretera casi una hora después. Atravesamos árboles caídos y charcos de barro de la lluvia de la noche anterior en dirección a Los Ángeles. Paramos a mitad de camino para comer y unas horas después estábamos de vuelta en Hunt Enterprise por insistencia de Sarah. Dejamos todo el material de la conferencia y las tarjetas mientras los ojos vigilantes de Diana nos miraban desde su mesa.

Reaccionó sorprendida ante nuestra presencia, ya que habíamos avisado que no iríamos a la oficina, pero no comentó nada al respecto. Sarah pidió que no dijéramos nada a Diana ni a nadie, porque era una relación nueva y quizá la juzgaran. La primera vez no habíamos tenido tantos cuidados, pero de nuevo, sabía que eran los límites que Sarah necesitaba para darme otra oportunidad. No estaba de acuerdo, pero respetaba su opinión, ya que tenerla de nuevo era una victoria.

Después del final de la jornada, Sarah pasó por su apartamento y se cambió de ropa, cogiendo algunos de sus objetos personales. Eso me recordaba lo vacía que se había quedado la casa después de que ella se llevara sus cosas. En cuanto llegamos a mi apartamento, actuamos como si nada hubiera pasado. Sarah me ayudó a cocinar, cenamos y nos sentamos en el salón viendo cualquier cosa en la televisión. No tenía prisa por estar con ella, porque sabía que esto iba a ser más grande; quería que se sintiera cómoda primero.

Después de muchos minutos de silencio, la mano insinuante de Sarah subió hasta mi cuello y se giró hacia mí, anunciando en un murmullo antes de levantarse:

—Voy a la cama, mejor que estés allí en un momento.

La seguí dos segundos después, observando a Sarah quitarse la camisa y girarse aún en la puerta del dormitorio. Era maravillosa de

mirar.

—Parecía que no ibas a moverte —dijo con voz seductora.

—Quiero demostrarte que vamos a ser más que un polvo rápido.

—Ven aquí y muéstramelo —dijo Sarah con una sonrisa pícara, viéndome acercar y tocar su pecho casi con reverencia, como si fuera una pluma haciendo una caricia suave.

Sarah gimió, colocando la mano en mi rostro, su mirada penetrante y tan suave que parecía decir sin palabras que me quería. Desabroché su vaquero, empujándolo hacia abajo y lo arrojé lejos. Después, le quité el sujetador, dejándola solo con las braguitas frente a mí.

Atraje a Sarah hacia mí, levantándola del suelo y enroscando sus piernas en mi cintura. Besó mi cuello, su lengua trazando un camino suave en el punto sensible detrás de mi oreja, provocándome escalofríos.

—Sarah... —gemí.

Nos acercamos a la cama, depositándola sobre el colchón mientras me quitaba la camisa. Mi cuerpo cubrió a Sarah al mismo tiempo que la besaba con avidez, nuestras lenguas bailando juntas mientras ella ponía la mano en mi cinturón, bajando mi cremallera.

—Para, amor, si no no voy a durar —susurré en su boca. Sarah parecía decidida a tentarme, sujetando mi polla con una mano mientras apartaba sus braguitas a un lado. Cuando la cabeza de mi miembro tocó su entrada, creando una fricción suave, cerré los ojos sabiendo que estaba cerca. Mierda, esto era bueno... —¿Quieres, verdad?

—Mucho —jadeó.

Aún enredado en mi pantalón, empujé hacia adelante, entrando en su coño. Era el cielo. Las uñas de Sarah me arañaban mientras impulsaba mis caderas, intentando quitarme el pantalón de una patada. Giré con Sarah sobre mí, levantando su espalda de la cama mientras mis dedos sondaban su trasero en una caricia suave. Eso hizo que Sarah gimiera aún más.

—Te quiero ahí... —confesó, con sus pupilas dilatadas por el placer.

—¿Me quieres en tu culo, querida?

—¡Sí, ahora! —pidió, con la voz fallándole entre las palabras mientras movía las caderas sobre mi polla buscando alivio.

—Necesitas ser preparada, amor... —dije para sentir inmediatamente cómo Sarah me empujaba. Se apartó de mí, haciéndome salir de dentro de ella mientras se acomodaba sobre el colchón.

Allí estaba ella, a cuatro patas, con su culo hacia mí. Tiré de lo que quedaba de las braguitas medio rotas en su cadera, aprovechando para arrancarme el resto de la ropa. Me sentía como un adolescente que no aguantaba las ganas y terminaba follando vestido. Sarah hacía eso conmigo. Besé su coño, jugando con mi lengua alrededor de su entrada. Esparcí su excitación, llevando su lubricación hasta su trasero. Aún no sería suficiente.

Sin dejar de tocar su cuerpo, abrí el cajón al lado de la cama, sacando el lubricante y un tapón anal. Lo había comprado para ella antes de nuestra primera ruptura y nunca habíamos tenido la oportunidad de usarlo.

—¿Qué es eso?

—Juguetes —respondí con humor en la voz—, del tipo adulto. Lo compré para ti antes...

—Atrevido —se rió.

—Solo podía soñar —expliqué mientras untaba mis dedos en lubricante y ponía el líquido frío en el culo de Sarah. Cavando con cuidado, metí un dedo dentro de ella con la ayuda del producto. —¿Todo bien?

—Sí... —suspiró. —Es diferente.

—Dime si duele, ¿vale?

Continué con el proceso del tapón y aún masturbándola con mi boca. Jugué con su agujero añadiendo otro dedo mientras ella misma acariciaba su clítoris. Sarah estaba cerca, pero no la dejaría

correrse tan fácilmente, así que me aparté de ella, recibiendo una mirada furiosa que me hizo reír. El juguete era el siguiente paso, así que lo coloqué, empujando suavemente. Sentí a Sarah endurecerse en mis brazos mientras el objeto se deslizaba dentro de ella.

—Relájate...

Después de terminar, besé la base de su columna, incorporándome sobre su espalda. Deslicé mi polla en su coño, llenándola por completo. Estaba duro como una piedra y esperaba que Sarah siguiera muy cerca de su orgasmo o la dejaría a medias. Entré completamente, sintiéndola estirada por el tapón. Sarah no paraba de hacer movimientos internos, atrayéndome con más fuerza. Gritaba en cada embestida, deshaciéndose en mis brazos, un crescendo mientras aceleraba los movimientos debajo de mí. Fue mi señal, y medio segundo después acompañé a mi chica, corriéndome hasta la última gota.

Cayó cansada hacia delante y salí de ella, retirando el tapón a continuación. Mi respiración aún estaba acelerada cuando me miró con una sonrisa suave, pareciendo sin aliento y jadeando de cansancio.

—¿Todo bien?

—Me he sentido... llena —dijo con timidez.

—Ha sido salvaje.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque mi polla es muy grande —respondí serio, y ella se rió tan alto que me contagió. Nunca había reído con una mujer desnuda en mis brazos; era extraño y cálido, como si completara algo dentro de mí.

—Necesitas más clases de modestia —anunció Sarah.

—Estaba pensando en ti...

—Gracias —respondió suave, dándome un beso y acomodándose anidada en mi cuerpo. Cerró los ojos, abrazándome y susurrando un «buenas noches» bajito.

—Buenas noches, amor —respondí, también cerrando los ojos y durmiendo mejor que en muchos días después de que ella se fuera.

Establecimos una rutina después de eso. Con los días pasando a nuestro alrededor, agradecía a Dios que Sarah me hubiera aceptado de vuelta. Si no estábamos en mi casa, iba yo a su apartamento. No dábamos un paso lejos el uno del otro, lo que Logan y Emma rápidamente empezaron a llamar «la pareja más empalagosa de todas». No me importaba, era feliz.

Mientras vivía mi sueño con Sarah, Jason consiguió contactar con la representante de una de las gemelas la semana siguiente al Día de Acción de Gracias. Estaban grabando en Nueva York durante los últimos meses, lo que dificultó que el mensaje llegara a Victoria y Blair. Pero como Jason trabajaba desde allí, en cuanto ellas supieron la historia de nuestra paternidad, accedieron a verlo.

—Son ridículamente guapas, como actrices de Hollywood o algo así —me dijo por teléfono.

—Pero lo son, ¿no?

—Es raro tener hermanas famosas.

—¿Cómo recibieron la noticia?

—Ellas tampoco sabían que tenían hermanos. De hecho, no sabían el nombre de nuestro padre. Las crió el maldito que ahora está muerto.

—¿Dijeron algo?

—Nada. Querían saber si era una estafa o algo así, y se tranquilizaron cuando les hablé de nuestra familia. Vamos a hacernos una prueba de ADN para dejarlas más tranquilas. Consiguieron documentos con el nombre de Ashton después de empezar a investigar.

—¿Y nada más?

—No quise preguntar, pero les dije que ahora que las hemos encontrado, nunca más permitiremos que nadie les haga daño. Blair llevó a su marido al encuentro.

—¿Está casada?

—Aparentemente. La prensa no lo sabe, se llama Jack y es actor también. El de las películas de mercenarios de guerra. No recuerdo su nombre, es como rubio...

—¿Jack Evans?

—Ese. Fue más rápido y cambió el apellido de Blair primero. Parece que solo tendremos una nueva Hunt —Jason se rió, y por primera vez en muchos días sentí a mi hermano más ligero.

Dos semanas después, nos reunimos en casa de mamá para conocer a Victoria y Blair Walters. No querían nada con nosotros hasta ver nuestras fotos y darse cuenta de lo parecidos que éramos —a pesar de las diferencias. Según mi hermano mayor, las gemelas parecían versiones más pequeñas y pelirrojas de los Hunt. Sentados en la mesa estábamos Logan, Emma, Sarah, yo, papá y mamá, que estaba ansiosa por conocer a las chicas y tamborileaba los dedos en la mesa. En cuanto oímos abrirse la puerta, nos pusimos todos de pie en una especie de comité de recepción.

Jason no mintió, eran impresionantes. La primera en entrar fue Victoria, al lado de mi hermano. Llevaba un vestido floral y un pintalabios rojo que realzaba su belleza pelirroja, la imagen de la actriz de cine glamurosa en vacaciones. Justo detrás estaba Blair, la misma cara, pero un estilo diferente. Con el pelo suelto, vaqueros y una camiseta gris, era la imagen de la belleza natural sin maquillaje. De la mano de ella iba Jack Evans, mucho más musculoso de lo que esperaría de una estrella de cine. Era tan alto como Jason, pero con músculos esculpidos que sobresalían de su camisa.

—¡Sois tan parecidas a mis chicos! —exclamó mamá, llevándose la mano a la boca en un gesto de sorpresa. Mirándolas bien, se podían ver los parecidos: la forma de los ojos, la nariz y la boca eran muy parecidas a las nuestras, dando un aire anguloso y exótico. Como mamá era morena, al igual que Ashton, sospechaba que la madre de las gemelas debía haber sido una mujer muy blanca y pelirroja, como ellas.

—¡Hola a todos! —saludó Blair con timidez.

—Tenemos un buen comité de recepción. Es una familia guapa —dijo Victoria.

—Sí, pero te acostumbras. Son tres morenos gigantes. Yo soy Emma, la amiga de su hermano Logan —dijo Emma dando una palmada en el hombro de Logan. —Quizá está sin palabras porque hasta hace unos días él era el hermano pequeño.

—Sois muy guapas —dijo Logan después, aún un poco atónito. —Es un placer recibiros.

—Yo soy Matt, el hermano del medio y ahora el número dos —deseé.

—Es tan raro ganar nuevos miembros en la familia —sonrió Blair. —El año pasado solo éramos nosotras dos contra el mundo y ahora aparecéis vosotros, tengo a Jack. Es mucho que digerir.

—Quiero que sepáis que siempre seréis bienvenidas, ¿vale? No nos conocemos mucho, pero sé que vuestra madre murió joven. Yo soy una madre gallina, y sabed que a partir de ahora estaréis bajo mis alas.

—Es verdad. Dentro de poco os invitará a la cena de Navidad —dijo James.

—Es una gran idea. ¿Podríais venir? Sé que es muy pronto, pero...

—Sí, es una excelente idea —completó Sarah. Apreté su mano, con cariño por sus palabras de apoyo.

—No las agobiéis. Vamos a cenar en paz y luego decidimos —interrumpió Jason. —Han hecho un viaje cansado, su sueño inmediato debe ser la cama, no una cena de Navidad.

—Yo nunca rechazo la comida casera —dijo Jack.

—¡Ves, Jason! No seas gruñón, ¡quieren! —dijo Logan.

—La decisión es vuestra.

La cena fue cálida. Blair y Victoria parecían animadas a participar en nuestra familia. Mamá no las dejó ir hasta que prometieron que pasarían la Navidad con nosotros, pero creo que ya estaban convencidas antes de empezar a comer.

Después de muchas horas y con la barriga llena, salimos en coche hacia mi casa en Santa Mónica, charlando sobre la noche después de despedirnos de mi familia.

—Tu Navidad va a ser aún más grande este año —comentó Sarah en cuanto aparqué, caminando hacia el jardín. La vista seguía hipnotizando a pesar del tiempo. Mirar a Sarah también me impresionaba. Cada vez más mi casa mostraba su personalidad, sobre todo después de que empezara a llenarla con pequeños adornos para hacerla parecer un «hogar».

—Estamos acostumbrados a estas adiciones. Has visto, a mi madre le gusta alimentar a un batallón.

—Debe ser interesante tener una familia grande, nunca he experimentado nada así.

—Tiene sus ventajas y desventajas.

—Quiero una familia gigante, ser hija única es muy malo —confesó con una sonrisa tímida.

—¿Y cuántos hijos quieres tener? —pregunté con miedo de la respuesta. Mierda, mierda, mierda, mierda.

—¡Un montón! Tener primos no es lo mismo que hermanos, quiero esa sensación de pertenecer, ¿sabes? —Me miró y, respirando hondo, dijo: —Tendrás hijos preciosos, ¿sabías?

Un dolor profundo invadió mi pecho y me di cuenta de que no debería haber vuelto. Cualquier hombre honesto le habría explicado cómo sería nuestra vida en el futuro, pero yo tenía miedo de perderla, y le conté mi historia a medias. Era un imbécil que la haría sufrir de nuevo. Merecía mucho más, un jardín entero de hijos que yo nunca podría darle. Sonreí en respuesta a pesar del peso en mi corazón y la abracé con fuerza, queriendo que todo hubiera sido diferente.

Amaba a Sarah y daría cualquier cosa que pudiera por ella. Hijos y un futuro no eran ninguna de esas cosas.

Capítulo 15

Sarah

Conforme pasaban los días, éramos más Matt y Sarah de antes que los dos cautelosos después de nuestro regreso. Él todavía me miraba de un modo extraño a veces, como si tuviera mucho en su cabeza y no quisiera compartirlo. Matthew guardaba secretos, y por mucho que intentara hablar con él, era frustrante como un muro de hormigón. Después de aquella noche, no volvimos a hablar de sus miedos después de la enfermedad, y temía que sus miradas encerraran más ideas confusas de su cabeza sobre nosotros dos.

Y entonces, como un interruptor, Matt empezó a distanciarse. Comenzó con él cancelando citas, avisando de que estaba ocupado, desapareciendo durante días y sin contestar las llamadas. Era como un anuncio de lo que vendría después, un cuchillo helado que perforaba mi pecho. Le pedí que no me hiciera daño, pero Matt hacía el mismo camino de la primera vez, dejándome fuera. Mi corazón se fue rompiendo poco a poco, preparándose para ser fuerte e intentando acallar el amor que sentía por él. ¿Por qué era así? En dos semanas pasamos del cielo al infierno, como castillos de arena destruidos por un viento débil.

Desapareció durante un fin de semana entero, después de apenas hablar e inventar todo tipo de excusas para no estar a solas conmigo. El lunes por la mañana, Matt envió un correo impersonal avisando de que pasaría el día fuera en un evento de trabajo. Quería llorar por lo que estaba haciendo con nosotros, pero no tenía fuerzas para luchar. No resistí la primera vez, pero era imposible mantener mi corazón ocupado por alguien que no sabía valorar mi amor. Matt Hunt estaba matando mis sentimientos poco a poco, asfixiándolos con indiferencia. Aquella noche en el hotel, cuando dije que lo

quería, creí que él simplemente no podía decir las palabras. Ahora creía que el sentimiento no era lo bastante fuerte para evitar un segundo desastre. Necesitaba alejarme de él y de la tentación de tener solo sus migajas, necesitaba pensar más en mí y terminar de una vez ese ciclo vicioso.

—¿Todavía vives en la torre de aquí al lado? —preguntó Diana antes de que saliera del trabajo. Mi cabeza a mil pensando qué haría la próxima vez que me encontrara con Matt.

—Sí.

—¿Me harías un favor? Logan dijo que la ventana del apartamento está abierta. Está atrapado en una reunión o algo así, tenía la voz diferente. Ese chico debe haber cogido otro resfriado, no se cuida. Ni él, ni Matt, ni Jason. Nunca salen a comer y... —Diana dejó de hablar y sonrió, extendiendo una llave. —Estoy divagando y tú quieres irte. ¡Buen final de día, querida! Si puedes pasar por allí...

Como Logan vivía en el apartamento de abajo del mío, era común verlo a él o a Emma —y su amistad que hasta hoy no entendía muy bien— por el edificio. Arrastrándome por el cansancio, subí al apartamento esperando que fuera rápido. Llamaría a Logan, salvaría el día y podría pasar el resto de la noche abrazada a un helado y una película mala. En cuanto giré la llave, me detuve al oír un gemido femenino. ¿Estaría Emma usando el apartamento? ¿Habría terminado la reunión de Logan antes?

—¿Emma, eres tú? ¿Logan? —grité desde el salón, con vergüenza de lo que podría ver. Oí un revuelo de sábanas y quise salir corriendo antes de enfrentarme a quienquiera que estuviera teniendo sexo en el apartamento de Logan.

—¡Mierda! —La voz me hizo congelarme en mi lugar. Miré hacia atrás para encontrar a Matt despeinado y en calzoncillos, mirándome sin emoción. Mi mano se llevó a la boca en estado de *shock* por lo que estaba viendo. ¿Su distancia era traición? ¿Matt se había cansado de nuestra relación?

—¿Quién está ahí? —Una segunda voz surgió, rompiendo el intercambio de miradas entre Matt y yo. Él no parecía avergonzado por la escena, y yo no sabía qué pensar.

La mujer morena me miró con sorpresa, envuelta en una bata de seda corta como si hubiera escondido sus curvas rápidamente cuando entré en el apartamento. Negué con la cabeza una vez más, absorbiendo la escena frente a mí. Como una muerta viviente, me giré hacia la puerta, cerrándola de un portazo detrás de mí.

—¡Sarah! —gritó Matt a mis espaldas, y me giré para mirarlo con dolor. Lo había hecho otra vez. Matt Hunt me rompió el corazón por segunda vez. Podía ver cierta emoción en sus ojos cuando extendió la mano, sujetando mi brazo y haciéndome detener.

—Ya lo he entendido, Matt. Déjame ir —susurré como respuesta, tirando de mi brazo y cortando nuestra conexión.

—Lo siento, Sarah, pero no pude.

—¿Por qué no me dejaste ir la primera vez? —grité. —¿Por qué?

—Te lo dije, no soy ese tipo de hombre. Siento haberte hecho daño. Estuve tentado y...

—¿Ella te mantuvo ocupado el fin de semana?

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó Matt con las manos en la cintura y mirando al suelo, como si no tuviera valor para mirarme a los ojos. Muy bien. Suspiré al pensar en la escena ridícula frente a mí: Matt en calzoncillos en el pasillo mientras yo intentaba contener las ganas de llorar.

—¿Por qué ser tan canalla y no terminar conmigo primero? Eres un idiota, Matt. Un imbécil con el que nunca debería haberme involucrado —respondí con rabia, caminando hacia el ascensor. Cuando las puertas se cerraron, Matt seguía allí, parado, con la mirada penetrante, como si le doliera hacerme daño. Idiota.

Entré en el apartamento como un huracán, cogiendo la ropa del armario y guardándola en una maleta. Al diablo las consecuencias: no volvería a mi trabajo y me negaba a estar cerca de Matthew Hunt de nuevo. Necesitaba cortarlo de raíz de mi vida. Después de

media hora, me sentí satisfecha con las cosas que había conseguido organizar, prometiéndome a mí misma que buscaría el resto. Ni siquiera podía contar con Logan o Emma, porque el hermano pequeño de Matt sabía de la traición, ya que dejó el apartamento disponible para él.

Entré en el Uber camino a casa de Eli, que me recibió sorprendida cuando me encontró con maletas y el maquillaje corrido. Sabía que si me miraba al espejo vería el estrago de la traición escurriendo por mis mejillas.

—Lo pillé con otra, Eli. Estaba follando con otra mientras yo estaba preocupada por él. Soy una idiota... —Empecé a llorar inconsolable, arrojándome en sus brazos.

Pasé las primeras veinticuatro horas perdida en mí misma, con Eli cuidándome. Oí a mi amiga coger mi móvil y gritar a alguien, pero no quería saber quién era. La mañana del segundo día, sonó el timbre, pero me negué a levantarme del sofá, con la cara vuelta hacia el respaldo mientras Eli mandaba a alguien irse después de unos minutos. El miércoles por la noche, decidió que la mejor manera de animarme era una salida entre chicas. Me gustaba salir a bailar, pero siempre me estresaba con mi mejor amiga en momentos como esos. Quería que usara mucho maquillaje, tacones altos sin comodidad y ropa corta – lo que siempre terminaba conmigo incómoda y sin disfrutar tanto la noche.

En secreto sospechaba que Eli me trataba como una muñeca que maquillaba y jugaba cuando era niña. Conmigo fuera de combate, Eli fue aún más incisiva en hacerme cambiar de ropa, arreglarme y dejarme lista. Estaba guapa por fuera, pero aplastada por dentro. ¿Por qué le di tanto poder a Matt para hacer esto conmigo?

—Este vestido negro debe quedarte genial —dijo mostrándome la prenda. Era precioso, corto hasta un poco por encima de los muslos y con un escote bajo que me haría no llevar sujetador.

—Por favor, déjame usar uno de mis tacones. Con este vestido y uno de tus zapatos, me voy a caer y enseñar mis pechos a quien

quiera verlos —bromeé.

—Ese es el espíritu, chica —se rió. —Pero hoy es para sentirte segura, ve a coger uno de tus zapatos y déjame maquillarte. Vamos a hacerte olvidar a tu jefe.

—Eli...

—Vas a coquetear y divertirte —me interrumpió. —Él dejó muy claro que no quiere nada y es un idiota. No quiero que sufras, Sarah. No tienes por qué estar con nadie hoy, pero quiero mostrarte que hay más peces en el mar que ese imbécil traidor.

—Ya lo sé, él solo... solo...

—No vas a llorar ahora o vas a estropear el maquillaje, ¿me entiendes? —dijo, haciéndome suspirar y mirar al techo, intentando no derramar lágrimas.

Eli era un hada madrina divertida y expansiva que intentaba sacarme de ese lugar oscuro con Matt. Él era cálido y frío, como si no pudiera decidir lo que quería hacer. Un maldito cerdo traidor. No... Los cerdos no merecen eso. Cuando lo vi con aquella mujer y entendí que nunca sería verdaderamente mío, algo se rompió en mil pedazos dentro de mí y estaba siendo difícil pegar todo de nuevo.

—Podrías ganar mucho dinero siendo solo guapa, ¿sabes, Sarah? Si yo tuviera ese cuerpo, dejaría que los hombres me amaran y me pagaran las cosas.

—Mentirosa. Dudo que lo dejaras.

—Vale... Casi lista —dijo Eli al mismo tiempo que se ponía un tacón rojo gigante y venía hacia mí con su bolso. Éramos un dúo guapo, al fin y al cabo. —¡Di chis!

—¡Eli! —me quejé mientras ella movía el móvil, subiendo la foto de nosotras dos.

—Por si tu macho busca, que sepa que no estás en casa llorando.

Mi mejor amiga siguió haciendo eso varias veces durante la noche, registrando momentos aleatorios como nosotras dos bailando o tomando cócteles. Decidí que necesitaba divertirme y alternaba

entre bailar hasta sentir dolor en las piernas e intentar conversar tomando algunas bebidas.

Varias veces algunos chicos intentaron algo con nosotras, pero Eli usaba una serie de excusas que habían funcionado hasta entonces. Cuanto más tarde y más borrachas estuviera la gente, sería peor para huir de ese tipo de acoso. Pero era miércoles por la noche, no tan lleno como los fines de semana, y no nos quedaríamos mucho más, porque Eli necesitaba estar en la universidad a la mañana siguiente.

—Vamos a la pista —anunció Eli, señalando al DJ.

Cantamos y saltamos juntas, con mis pies doliendo por el baile cuando nos separamos entre la gente. Cerré los ojos, sintiendo la música a mi alrededor, me sentía menos oprimida por el dolor después de tantas horas. De repente, noté brazos a mi alrededor y oí el susurro:

—¿Qué estás intentando hacer?

Abrí los ojos con sorpresa al reconocer la voz, girándome sabiendo que estaba atrapada en sus brazos. Matt estaba diferente, alterado, como si hubiera bebido, con los ojos enrojecidos y la barba despeinada como nunca antes la había visto.

—Suéltame, Matt, por favor —susurré sin saber bien cómo lidiar con ese hombre descontrolado frente a mí.

—Vamos, Matt. Suelta a la chica —oí la voz de Logan a nuestro lado, hablando más alto e intentando hacerse oír entre la música. Matt lo miró contrariado y se apartó, aún de pie cerca de mí.

—La caballería ha venido entera, ¿no? —dijo Eli, cogiendo mi mano para darme algo de consuelo. Jason también estaba con sus hermanos mientras se acercaba y se ponía delante de mí.

—Necesito hablar contigo —pidió Matt, tambaleándose como si estuviera un poco fuera de sí. Parecía tan frágil y alterado, y en medio de mi niebla alcohólica no sabía cómo reaccionar ante él. Era una idiota cuando las cosas involucraban a Matthew Hunt.

—Vale, pero necesito bailar primero. ¡Ven! —respondí de repente mientras Eli me miraba conmocionada.

—¡Sarah! —protestó.

—Vamos, Eli, tu amiga quiere unos segundos —dijo Matt de forma arrastrada.

—¡Extraordinario, Sarah! —dijo ella, aún sorprendida por mi decisión. —Voy al bar y te esperaré allí. Si haces una tontería otra vez, te juro por Dios que te arranco los huevos con un cuchillo sin filo, ¿me estás oyendo bien?

—Eli... —protesté sabiendo que tenía razón, pero algo me decía que necesitaba escuchar a Matt, dar un cierre a toda esa confusión.

—Haz lo que quieras, Sarah. Necesitas librarte de él, y si una conversación va a hacer eso, estaré aquí para ti. ¿Me acompañáis, guapetones? —preguntó, siendo seguida por Jason y Logan, que me dejaron con un Matt confundido.

—Estás tan guapa... —suspiró. —Necesito...

—No aquí, no ahora —lo interrumpí, poniendo mis brazos a su alrededor y pegando mi cuerpo al suyo. —Solo baila. Definitivamente estaba demasiado borracha.

La música no era romántica, pero su ritmo hacía que nos moviéramos como un ballet bien coreografiado. Empecé a sentir su polla hincharse y mis braguitas también iban por el mismo camino. Siempre era así con él, siempre caliente y mojada para Matt, sin importar cuánto luchara contra ello. Mañana me arrepentiría amargamente de lo que estaba haciendo, pero decidí abrazar la idea de un cierre, una noche en mis términos.

Con esa decisión en mente, llevé mis labios hasta el cuello de Matt y empecé a besarlo suavemente. Sentí su respuesta con el estremecimiento de su cuerpo.

—Sarah... —dijo en tono de alerta.

—Es lo que quiero.

—Necesitamos hablar primero. Salgamos de aquí.

—Vale.

—¿Vale? —preguntó medio confundido, y yo cogí su brazo, llevándolo hacia la salida.

Cuando llegamos fuera, pedí un Uber y envié un mensaje a Eli avisándole de lo que estaba haciendo. Dejé el móvil en mi bolso sabiendo que mi amiga me llamaría y enviaría mensajes intentando hacerme desistir. Estábamos en su casa de Santa Mónica, nuestro santuario de todas las veces que habíamos estado juntos. En cuanto cerró la puerta detrás de nosotros, me lancé a sus brazos, enroscando mis piernas en su cintura e intentando alcanzar su boca.

—No, Sarah... He dicho que vamos a hablar.

—No quiero. No necesito hablar, ya sé en qué punto estamos y eso no va a cambiar. Quiero otra cosa de ti —dije, finalmente consiguiendo llegar a su boca. Como todos nuestros besos, aquello encendió todas mis terminaciones nerviosas, dejándome conectada a Matt.

—Me volví loco cuando te vi vestida así en las fotos. Quería estrangular a todos los hombres que intentaron algo contigo en aquella discoteca. Logan y Jason vinieron conmigo, con miedo de que hiciera algo.

—¿Fotos?

—Eli subió varias de vosotras dos y Logan se dio cuenta de que había puesto la ubicación en las fotos. Me lo dijo cuando fue a buscarme.

—¿A buscarte?

—Estoy un poco borracho, Sarah. Desde esta tarde. Bebí y fui a tu puerta, pero no estabas en casa —confesó, aún abrazado a mí, lamiendo mi cuerpo como un hombre hambriento.

—Creí que no te importaba, pero estás actuando como si sí —dije con acidez.

—Me importa, me importa un carajo, Sarah.

Puse los pies en el suelo, apartándome de él. ¿Qué estaba pasando? Me había traicionado porque no podía tener una relación monógama, ¿cómo se atrevía a decir que le importaba? Era eso.

Estaba borracha, irritada y con ganas. Nada en esa noche saldría bien.

—Explícame tu lógica de importarte mis sentimientos y traicionarme. ¡Vamos, Matt! ¡Dime!

—No te he traicionado —respondió con un sollozo, sus ojos vidriosos mientras extendía los dedos hacia mí al mismo tiempo que yo daba un paso atrás para no dejar que me tocara. No podía.

—Sé lo que vi.

—Viste lo que quise que vieras. Fui yo quien llamó fingiendo ser Logan. Contraté una *stripper* para hacer aquella escena. Solo necesitaba alejarte tan bien que nunca volvieras.

—¿Quieres que crea eso, de verdad, Matt? —pregunté cruzando los brazos sobre el pecho. ¡Qué mierda, Matthew Hunt!

—Era morena, Sarah —confesó Matt en un suspiro mientras me miraba desde el otro lado de la sala. —Necesitaba que te rindieras conmigo de una vez. Pero no puedo estar lejos de ti, por mucho que lo intente...

—¿Y decidiste fingir que no te importaba? ¿Que estabas con otra mujer? ¿Cómo pudiste ser tan idiota? ¿Cómo pudiste hacer eso sabiendo que me ibas a hacer daño? —grité, con la voz quebrándose por el dolor.

—¡Porque no quiero condenar a nadie! ¡No puedo tener una familia, mierda! Estoy haciendo lo mejor para ti. ¿No ves que no podemos estar juntos? ¡Vas a odiarme! —gritó de vuelta, sin control, para luego bajar la voz con derrota. —Y prefiero que me odies ahora que después. Te quiero y solo quiero que seas feliz.

—¿Cómo que no, Matt? —¿Qué? ¿Me quiere, no puede tener familia?

—No puedo tener hijos. Después del tratamiento del cáncer, me quedé infértil —reveló en un hilo de voz, mirándome con intensidad. Me quedé en silencio ante la revelación, entendiendo su razonamiento. ¿Hizo esto con nosotros por tan poco?

—¿Qué estás diciendo?

—Nunca podría tener hijos y vi lo emocionada que te ponía la posibilidad. Solo... hice lo que creí mejor.

—¿Eso es lo que crees de mí? —grité de nuevo, irritada por los pensamientos de Matt. —¿Que soy tan superficial como para no aceptarte con tus problemas y tus cualidades? Eras mi mundo. Quería casarme, una vida entera contigo. Y no me importa, con hijos, sin hijos. Podríamos adoptar, pasar días con los sobrinos que aún vas a tener, ¡qué sé yo! Pero preferiste tomar una decisión sin consultarme. Hacerme daño a propósito, creyendo que eso sería mejor para mi futuro.

—Y lo es, ¿no ves? Puedo volver a enfermar. No soporto la idea de verte sufrir... —susurró caminando hacia mí y colocando la mano en mi mejilla. Cerré los ojos con fuerza, intentando despejar mi mente y enfrentar los miedos de Matt. Lo quería tanto, ¿no podía verlo?

—Si fuera yo, ¿qué harías? —pregunté de repente.

—¿Qué? —preguntó conmocionado, como si nunca hubiera pensado en esa posibilidad.

—Si yo no pudiera tener hijos y pudiera tener cáncer en cualquier momento, ¿qué harías? ¿Que tuviera pocos años de vida? ¿Respetarías mi decisión de alejarte?

—No estás siendo justa...

—¡No, el injusto eres tú! Yo querría cada segundo que pudiera tener contigo. Pudieran ser 2 o 20 años, pero querría todo. La vida puede pasar en cualquier momento, Matt. Puedo morir atropellada mañana y toda esta discusión habrá sido una estupidez.

—No digas eso, no te va a pasar nada —afirmó, arrastrándome hacia sus brazos y apretándome con fuerza como si quisiera borrar mis palabras.

—No lo sabes, Matt.

—Claro que lo sé, vas a envejecer, tener bebés, nietos a los que mimar, y yo voy a ser un recuerdo...

—¿Sabes qué, Matt? —dije tambaleándome con los tacones, apartándome de él. —Eso es lo que voy a hacer. Voy a rehacer mi

vida a partir de ahora, salir de este ciclo de dolor. No podría volver ahora para que tú vuelvas a rendirte el mes que viene por cualquier otra razón banal.

—Sarah, perdóname... —interrumpió, con los ojos llorosos.

—Está bien, Matt. Te prometo que voy a intentar ser feliz, ya te lo prometí una vez. —Me acerqué, pegando mi frente a la suya y aprovechando los minutos finales entre nosotros. —Quiero que sepas que has sido el gran amor de mi vida, ¿vale? Te quiero y haría cualquier cosa por ti, pero necesitas entenderte a ti mismo primero, entender lo que quieres.

—Sarah —murmuró mientras me apartaba, saliendo de la casa al mismo tiempo que pedía un nuevo Uber para la casa de Eli. Esperaba que las lágrimas solo llegaran cuando estuviera dentro del coche.

Capítulo 16

Matt

¿Por qué demonios hice eso? ¿Por qué fingir una traición cuando todo lo que quería era ella? Sarah era peligrosa para mi paz mental, pero hacerle daño me dolió como si un cuchillo se hubiera clavado en mi pecho. Me arrepentí en cuanto vi sus ojos con lágrimas mientras entraba en aquel ascensor. Todo lo que quería era ir tras ella y explicarle que era un idiota.

Fui a casa y todo allí me recordaba a Sarah, como si nunca pudiera escapar de mi amor por ella. Sí... Amor. Estaba completamente enamorado de ella, pero necesitaba ser lo más racional posible en nuestra relación. Estaba cortando de raíz cualquier sentimiento que ella tuviera por mí, para protegerla de un futuro en el que Sarah no tendría lo que merecía. Cuando me senté en el sofá, dándome cuenta de la enormidad de mis actos, hice lo que todo hombre adulto hace para huir de los problemas: beber.

No soy un buen borracho. Después de muchas horas solo vaciando cada botella en mi casa, empecé a arrepentirme de lo que había hecho, dispuesto a contarle a Sarah sobre el drama que había construido contra mí mismo. La llamé, sabiendo que no me atendería. Llamada tras llamada, mensaje de voz tras mensaje de voz, recados que ella nunca escucharía porque llevaban mi nombre. Cuando por fin alguien atendió, no fue la dulce voz de Sarah quien me recibió, sino Eli, su amiga, destilando rabia.

—Deja de molestar, imbécil. La has destrozado y ¿aún tienes el valor de llamar? Deberías haber intentado hablar con ella antes de meter tu polla en otra mujer, pero eso no quisiste, ¿verdad, idiota? Si te acercas a Sarah otra vez, te voy a meter algo tan afilado por el culo que no podrás andar en una semana. ¡No llames más! —El

ruido de la llamada cortada resonó en mi oído, sabiendo que tenía razón, pero eso no calmaba el torbellino de pensamientos en mi mente.

Estuve así todo el día y el siguiente, tumbado en el suelo de mi salón mirando al techo mientras asaltaba el armario de bebidas. No podía ir a mi habitación, donde había pasado tantas noches con ella. Sarah estaba en cada pequeño rincón de aquel lugar, y necesitaría deshacerme de él para ahuyentar los fantasmas del poco tiempo que fui feliz con ella. En algún momento de mi lamento, fui despertado por una patada de Logan, que entre mis palabras incoherentes consiguió arrastrarme hasta la ducha.

—Ella cree que la he traicionado —gimoteé mientras el agua caía sobre mi cabeza.

—Diana me dijo que llamé a la oficina. ¿Llamé yo, Matt? ¿Fui yo? —preguntó mi hermano pequeño con voz irritada, aún sujetándome bajo la ducha y mojando todo a nuestro alrededor, incluido su traje.

—Fui yo... Monté esta mierda. Ella estaba tan mal.

—Cuando estés sobrio, te darás cuenta de la mierda que has hecho.

—No era hombre suficiente para ella. No puedo tener hijos, voy a morir. Ella necesita algo mejor —sollocé, sintiendo la realidad doler en mis huesos como el agua helada de la ducha, mi pecho oprimiéndose como si una compuerta estuviera a punto de abrirse.

—Estás tan jodido, hermano. No tienes idea.

—Yo... tengo miedo... —balbuceé mientras las lágrimas brotaban libremente por mi rostro sin control. En cuanto empecé, parecía un dique rompiéndose. Me senté en el suelo del plato de ducha intentando esconder mi rostro, sintiendo mi llanto mezclarse con el agua que corría por mi pelo.

—¿Miedo de qué? —preguntó Logan, esta vez más suave, como si se diera cuenta del fino hielo sobre el que me equilibraba. Se agachó, apoyándose en el cristal de la ducha antes de poner una mano amistosa en mi hombro, como si intentara llamar mi atención.

—No quiero que se sienta frustrada... Que dentro de unos años deje de quererme porque no podamos tener hijos. No quiero arruinar un sueño suyo para luego descubrir que podría haberlo tenido todo con otra persona. Sarah merece el mundo, Logan. Lo merece todo.

—¿Le preguntaste?

—No, yo... —intenté completar, las palabras desapareciendo. Sarah era una víctima de mis decisiones. Dos veces la alejé pensando que era lo mejor, dejándola completamente a oscuras sobre mis motivos.

—No seas esa persona, Matt. No intentes esconder tu miedo a ser rechazado por algo que ni siquiera ha pasado, detrás de una decisión "buena para el futuro de Sarah". Pregúntale, la respuesta puede sorprenderte. ¿Y si no le importa? Quizá ni siquiera quiere hijos, ¿sabes? Tenéis tantas opciones. Podéis adoptar si queréis... —Apretó mis hombros como si quisiera tranquilizarme. —Pero necesitas hablar con ella, Matt. Las relaciones se basan en eso, y lo que estás haciendo no es justo.

—¿Y si muero? —pregunté en voz baja, con miedo de expresar esas palabras. —¿Y si el cáncer vuelve?

—¿Vas a evitar vivir por miedo a que el cáncer vuelva? Eso es irreal, ¡joder! Te curaste hace diez años y el pronóstico es excelente. Eres sano, haces ejercicio, todo lo que los médicos adoran. No deberías preocuparte por algo que es solo una posibilidad.

—No es así, es más fácil para mí porque ya lo he tenido. Mi posibilidad es mucho mayor que la de mucha gente.

—Matt —dijo Logan mi nombre con firmeza, como si su paciencia se estuviera agotando. —Para con esta mierda, ¿vale? Solo estás haciendo que tú, Sarah y todos a nuestro alrededor seamos miserables. Tienes tantas posibilidades de tener cáncer otra vez como cualquiera de nuestra familia de tener un accidente fatal.

—No es lo mismo... —murmuré, y Logan soltó un suspiro exasperado. Nunca entendería lo que estaba sintiendo.

—Eres un idiota y todos lo somos por haberte dejado llegar tan lejos. Si hubiéramos sabido que necesitabas ayuda con esto... Nunca nos dimos cuenta de lo afectado que estás. Esto no es sano, hermano.

—¿Me haces un favor? —pedí, observando la expresión de lástima en Logan. Estaba destruido, llorando y borracho en medio de mi ducha, ni mucho menos listo para tener la conversación que mi hermano pequeño quería. Suspiré, desahogando mi preocupación desde el día anterior. —¿Puedes ir a casa de Eli y ver si Sarah está bien? No hace falta que hables de mí, pero tengo que saber de ella. Me duele haberle hecho esto.

—¡Ah, Matt! —respondió con un deje de irritación en la voz. —Si te importara tanto, habrías evitado todo esto, todos estos dramas que tienes en la cabeza. De verdad deseo que mejores y te des cuenta de la idiotez que has hecho. Y que aún tengas tiempo de arreglar las cosas. No sé si puedo lidiar con otro hermano viviendo una media vida.

Escondí mi rostro entre mis manos, sabiendo que tenía razón. Pocos segundos después, con el agua aún cayendo sobre mi cabeza, oí la puerta del baño cerrarse con fuerza. Bueno... Logan era una persona más del club que estaba enfadada conmigo. A pesar del dolor, sabía que era lo mejor para Sarah, para nosotros dos. A trompicones, fui a la habitación de invitados, donde caí en la cama al arrancarme la ropa mojada, con la cabeza zumbando por el exceso de alcohol y de pensamientos.

Cuando abrí los ojos de nuevo, estaba anocheciendo y volví al lugar donde estaba antes de que Logan apareciera en mi casa. Una botella de whisky después, cogí mi coche decidido a ver a Sarah. Una parte racional de mi cabeza decía que estaba haciendo una gilipollez muy grande conduciendo borracho, que estaba tentando a la suerte y mi seguridad —y la de los demás— al salir a las calles de Los Ángeles ebrio. Sarah odiaría a esta persona en la que me estaba convirtiendo.

Me detuve en casa de Eli, cuya ubicación conocía por todos los viajes después de salir juntos, aparcando de cualquier manera frente al edificio. Pulsé el panel y esperé, pero ninguna voz salió del portero automático. ¿Sabía que estaba allí y me estaba evitando? Llamé una, dos, cinco veces y nada. Como soy un hombre idiota, empecé a gritar, decidido a ser oído. Me arrepentiría cuando estuviera sobrio de nuevo.

—¡Sarahhhhhhh!! ¡Saraaaaahhhh!

—¡Deja de gritar, idiota! ¡Voy a llamar a la policía! —gritó alguien desde una ventana cerca de la entrada del edificio.

Haciendo un gesto de disculpa, caminé hacia el coche pensando en qué hacer después. ¿Por qué no podía dejarla en paz? Hice aquello, la alejé de un modo que asegurara que nunca volvería a mí. Me senté en el bordillo mirando mi coche y dándome cuenta de que no podía volver conduciendo. Estaba mal, como en un vórtice de destrucción que terminaría por llevarme a mí y a otros. Busqué en mi bolsillo el teléfono y llamé a mi hermano mayor, esperando que Jason no tuviera tantos juicios como Logan.

—Mierda, Matt, ¡son las dos de la madrugada! —declaró con voz somnolienta al otro lado de la línea.

—Necesito ayuda —anuncié sin saber cómo, haciendo una pausa y buscando palabras para explicar cómo había terminado borracho y fuera de casa.

—¿Qué pasa?

—No tengo ni idea de cómo salir de donde estoy y me siento demasiado borracho para intentarlo —confesé.

—¿Cómo has llegado hasta ahí? —dijo más serio, como si hubiera despertado del todo con mis palabras.

—Es la casa de Eli. Quería hablar con Sarah, pero no están aquí.

—¿Puedes compartir tu ubicación conmigo?

—Creo... creo que sí —respondí con un sollozo, oyendo a mi hermano moverse al otro lado.

—Me debes una, Matt —susurró antes de colgar.

Intenté levantarme, apoyándome en el coche, pero me sentí mareado. Volví a mi posición en el bordillo, abrazándome por el frío de la madrugada californiana y esperando que Jason llegara pronto. Después de todo, que me asaltaran o cualquier otra mierda sería la guinda de un pastel de mierda que yo mismo había causado. Cerré los ojos, pensando en lo indigno que era dormir en medio de la calle, y el sueño me venció antes de cualquier otro pensamiento.

Cuando dos sombras se detuvieron sobre mí, sentí que mi caballería había llegado.

—En la cuneta, Matt. Qué clase —dijo Jason al agacharse frente a mí.

—Lo he estropeado todo. Mentí, la eché...

—Ya he oído todo eso antes y se lo he contado a Jason —dijo Logan. Estupendo, ahí vamos otra vez. —Debería haberme quedado contigo, en lugar de dejarte borracho conduciendo por ahí. Va a ser una noche larga.

—¿Por qué le has traído? —pregunté a mi hermano mayor, parecía un niño enfadado.

—Porque sabía dónde vivía Eli mejor que tus mensajes borrachos. Vamos a casa, es de madrugada. Mañana, cuando estés mejor, vamos a tener una conversación seria.

—¿Seria cómo?

—Como intervención —respondió Jason serio. —Necesitas ayuda profesional. Esto ha ido demasiado lejos.

—No necesito...

—Sí —insistió Jason. —Pero tendremos esta conversación cuando puedas razonar lo que has hecho en las últimas horas. Ahora dame las llaves de tu coche, porque Logan lo va a conducir por ti.

—Vale —respondí, mirando a mis hermanos y viendo sus miradas de lástima. Mierda, esta noche podía ser una de las peores, quizá la peor. Saqué la llave y se la tendí a Logan, que asintió.

—Si te tranquiliza, está bien, Matt. Vamos a tu casa y...

—¿Sabes dónde está Sarah? —respondí, abalanzándome sobre Logan y agarrando su cuello. —Necesito ir a verla.

—Matt... —replicó intentando soltarse, pero yo hacía demasiada fuerza para arrancar información a mi hermano.

—Vamos, Logan. ¡Dime!

—Está en el Private 6, esa discoteca nueva. Eli no para de subir fotos de las dos bailando. Ahora entiendo por qué.

—¡Vamos allí!

—Matt, ¡vamos a casa! —dijo Jason con autoridad, mirándonos a los dos. Solté a Logan y me giré para encarar a mi hermano mayor, como si necesitara racionalizar mis motivos para buscar a Sarah.

—¡Qué coño, necesito explicarle! ¡Necesito hablar con ella!

Cuando ninguno de los dos me respondió, arranqué la llave de Logan y me encerré en el coche. Estaba intentando arrancar cuando Jason golpeó el cristal irritado, haciéndome parar.

—Si es lo que necesitas, vamos todos. No puedo lidiar con tu culo borracho solo. Pero que sepas, no me debes una... Ahora es mucho más que eso —respondió con una mirada enfadada, arrojándome al asiento del copiloto mientras extendía la llave de su coche a Logan.

Horas después, parado en mi salón, solo después de la marcha de Sarah, estoy peor que cuando empecé. *«Te prometo que voy a intentar ser feliz, ya te lo prometí una vez. Quiero que sepas que has sido el gran amor de mi vida, ¿vale? Te quiero y haría cualquier cosa por ti, pero necesitas entenderte a ti mismo primero, entender lo que quieres.»*

Cada palabra entraba en mí como un puñal, porque sabía que era la forma de Sarah de cerrar las cosas entre nosotros. Necesitaba respetar sus decisiones, el punto final que ella había decidido dar a nosotros dos, aunque aún sintiera su sabor en mi boca. Estaba dejándonos al margen de mis locuras, llevando esta relación agua abajo cada vez que tenía un ataque. Las piezas empezaban a encajar en mi cabeza conforme la niebla alcohólica empezaba a disiparse. Todos tenían razón: necesitaba ayuda, necesitaba

entenderme a mí mismo y hacer las paces con mi pasado, para poder tener un futuro. Necesitaba ser alguien mejor, para ser el hombre que Sarah necesitaba.

Decidido, volví a mi cama luchando con los espacios vacíos que ella había dejado. Me di una ducha, recogí la basura de los días de borrachera y me di cuenta de que necesitaba un nuevo comienzo. Envié un mensaje a Eli pidiéndole que me dijera si Sarah estaba bien, solo un «Sí» o un «No», y la dejaría en paz. Cuando el «Sí» apareció en mi pantalla, pude respirar de nuevo. Durante la tarde, llamé a Jason y, después de oír un sermón sobre mi comportamiento, le pedí ir a Nueva York en su lugar al menos durante las próximas semanas. Quería dar espacio a Sarah y arreglar mi vida al otro lado del país.

Mi objetivo, además de la distancia, era repetirme los exámenes y hablar sobre mis posibilidades con los médicos mientras iba a reuniones de negocios. Aunque mis médicos estaban en Los Ángeles, la doctora McKenna, que me trató la primera vez, ahora estaba en Nueva York. Tenía un equipo de especialistas que podía darme las respuestas que tanto ansiaba.

Tres días después de embarcar y contactar con ella, me citó en su consulta y pidió una serie de pruebas. Durante un día entero, fui pinchado, analizado y escaneado en aparatos de última generación, y esperé cuarenta y ocho horas la agonía de los resultados.

—Bien, tengo sus resultados. Ningún signo de que el linfoma haya vuelto —declaró la doctora McKenna al abrir mis exámenes en su ordenador.

—Muy bien, he hecho ejercicio, controlado otros factores —respondí conforme. Era la respuesta que oía anualmente cuando me hacía las revisiones.

—Eso es bueno, señor Hunt. Conocer su cuerpo es bueno, y entender las señales nos ayuda en casos como el suyo.

—Mi pregunta más importante es cuánto me queda de vida. ¿Cuándo debo empezar a preocuparme de verdad? —pregunté, y

ella me miró confundida, como si no esperara ese tipo de cuestionamiento.

—La medicina no es futurología. Su linfoma puede no volver nunca o volver el mes que viene. Es incontrolable, pero mejora con los cuidados que ha tenido.

—¿Es una especie de lotería?

—Vamos a hablar de números, porque creo que esa es su preocupación: si se curó hace más de diez años, según las investigaciones, usted está entre el 59% que consigue esa proeza. El margen es amplio, pero una década es una marca importante en este tipo de tratamiento —respondió de forma técnica, como si buscara las palabras adecuadas para lidiar con un paciente como yo.

—¿Y a partir de ahora?

—Es joven, hace ejercicio y come bien. Su linfoma fue estadio I, respondió al tratamiento en nuestro primer intento y no ha vuelto a aparecer en diez años. Tiene riesgo bajo, señor Hunt. Cuando llegue a los 60 o si cambia su rutina y se vuelve sedentario, esa clasificación puede cambiar. En algunos casos como el suyo, el linfoma no vuelve a aparecer, créame.

—¿Y si vuelve? —pregunté, y ella sonrió suavemente, pareciendo entender el fondo de mis miedos.

—También tiene un buen perfil para responder al tratamiento. Mire, sé que tiene temores, pero ¿mi consejo? No viva alrededor del cáncer, ¿vale? Formó parte de su vida, y aún lo hace. Tiene las revisiones de salud, pero no deje que vaya más allá de eso. Es sano hoy. Intente verse así.

Las palabras de la médico resonaron en mi cabeza, dándome cuenta de la burrada que había hecho. Dejé que un torbellino de pensamientos destructivos me arrastrara, haciéndome vivir con reglas de lo que podía o no hacer, de no poder enamorarme, de no tener una familia... Aún pasaría mucho tiempo hasta resolver todas las peculiaridades dentro de mí, aceptar que no podía controlar mi destino y evitar mis sentimientos. Sarah había invadido mi vida y lo cambió todo. Quizá nunca la recuperara, pero podía ser el hombre

que ella deseaba. Ser abierto y hablar sin miedo sobre mis miedos, sobre todas las cosas que me incomodaban...

Faltaba poco para Navidad, y por eso decidí volver a Los Ángeles. Un día antes de mi vuelo, compré un anillo de compromiso en Tiffany & Co. Sabía dentro de mí que debería dejar a Sarah en paz, pero al mismo tiempo necesitaba pedirle disculpas, explicarle, contarle sobre los exámenes... ¿A quién quería engañar? Le suplicaría si fuera necesario y aceptaría cuando me mandara a la mierda. Era lo que merecía.

Después de un vuelo agotador, metí la llave en la puerta de mi casa y vi a mi padre sentado en el sofá del salón. Me miraba como si necesitara entender cosas importantes. Al parecer, todos mis parientes querían tener conversaciones importantes después de mi comportamiento errante de las últimas semanas.

—¿Jason avisó de que volvía? —pregunté, dejando la maleta en el suelo y sentándome junto a mi padre.

—Esperaba no tener que tener esta conversación contigo, pero Logan me contó lo que hiciste. ¡Qué demonios, Matt! ¿Por eso huiste a Nueva York? —preguntó con voz emocionada. —Si hubiéramos sabido cómo te sentías, nunca... Nosotros...

—Papá, yo...

—No, escúchame —pidió, pon

iendo la mano sobre la mía y mirándome con una mirada suave. —¿Has vivido los últimos diez años pensando que podrías morir en cualquier momento? ¿Que no podrías tener una familia, estar con alguien, solo porque te metiste en la cabeza que el cáncer volvería?

—Por lo que parece, Logan ha hablado contigo —suspiré irritado.

—¿Te das cuenta de que necesitas ayuda? De que no es normal sentirse así.

—Hice terapia en su momento, ¿recuerdas? Me mantuve sano, con mis reglas. Nunca nada fue serio con nadie. Toda mujer que pasó por mi vida fue casual y me gustaba así... Entonces, de repente, llegó Sarah y empecé a preocuparme por cada una de las

cosas por las que estuve atrapado en la última década. Cada una de mis reglas saltó por la ventana a su lado.

—¿Y eso te asustó?

—Como el infierno. En los últimos días he pensado en todo esto y sé que necesito mejorar. He vivido dentro de una cáscara y ahora no sé qué hacer. Aleje lo más preciado para mí porque insistí en que no podía tener nada de eso.

—Nos equivocamos al no hablar de tu enfermedad, Matt. ¡Eres sano, corres malditas maratones! Vas más al médico que cualquier amigo de mi edad y tenemos más de treinta años de diferencia. Y sobre tener hijos... Qué más da. Puede que no tengan tus rasgos, pero serán tuyos...

—No es lo mismo...

Mi padre me interrumpió con una mirada y me callé, observando la mierda que estaba diciendo. James me crió como hijo desde los dos años y nunca sentí que fuera diferente de un padre de verdad.

—¿Así es como te sientes, hijo? —susurró con voz dolida, y me di cuenta de que lo había herido. Mierda. Mi padre se levantó, paseando de un lado a otro, buscando palabras para seguir.

—¡No! Tomé una decisión y necesito...

—Matt, conocí a tu madre y me enamoré —reveló, haciéndome callar. Cada vez que hablaba de mamá, sus rasgos se suavizaban. —Era un paquete. No existía mi Ava sin vosotros, y nunca la cambiaría por venir con tres niños a cuestas. Nunca pensé en ser padre, pero seis meses después de conocerla, ya estaba cambiando pañales a Logan, dándote de comer a ti y enseñando a Jason a escribir.

—Papá... —gemí, queriendo corregir mis palabras, pero él hizo un gesto para que hablara.

—Nunca, entiéndelo bien, nunca fue diferente para mí. Nunca eché de menos hijos con mi sangre, porque cada gesto, cada forma de hablar, cada hábito que traje de mi familia llegó a vosotros. Y eso es lo que me importaba al final del día y ahora, treinta años después. En casi todos los aspectos, y Dios me perdone por decir

esto, sois más mis hijos que los de vuestro padre biológico, y no admito que tú, precisamente tú, que has tenido esto conmigo, renuncies a una vida con esa buena chica solo porque no puedas tener hijos naturales.

—Lo sé y te agradezco eso. —Hice una pausa intentando pensar en qué haría después. —¿Por qué nunca nos adoptaste?

—Porque, por mucho que os quiera a los tres como mis hijos, vuestro padre tenía derecho a participar en vuestra vida.

—Él nunca participó.

—Pero necesitaba dejar esa puerta abierta. Tuvo tres chicos maravillosos que cambiaron mi vida para mejor. Mala suerte la suya que lo perdió todo. —Parpadeó. —Y además, puede que no seáis Larson en el nombre, pero lo sois en el corazón. Está todo ahí dentro.

—Te quiero, papá.

—Yo también te quiero, hijo. Puedes devolverme el favor poniendo a algún nieto mi nombre o convenciendo a Jason o Logan para que lo hagan —bromeó.

—He tomado algunas decisiones en Nueva York.

—¿Como qué? —preguntó, sentándose de nuevo a mi lado.

—Fui al médico, hablé con una especialista y me dijo sobre mis probabilidades de supervivencia. Me di cuenta de que soy un idiota.

—¡Por fin!

—¡Papá! —protesté con una risa.

—Es verdad... —suspiró. —No es posible que no te des cuenta de que soy viejo. Es más fácil que yo tenga un infarto a que tu cáncer vuelva.

—Quiero volver a hacer terapia, volver al grupo de apoyo. Primero el cáncer, luego la pérdida en el banco de semen, todo me hizo creer que nunca tendría un futuro. Estaba viviendo en el pasado, negándome a ver que aún existen muchas posibilidades para mí. Ya hace diez años. Es hora de empezar a vivir.

—¿Y sobre Sarah? —preguntó, y yo sonreí en respuesta.

—Compré un anillo de compromiso —revelé tímido, y él me atrajo hacia un abrazo, apretándome contra sí con fuerza.

—Matt, ve a por tu chica. Ve a vivir tu maldita vida y, si quieres, dame buenos nietos para mimarlos.

Asentí como respuesta, levantándome del sofá. Era lo que planeaba hacer. Intentar recuperar a mi mujer y prometerle que nunca más sería un idiota.

Capítulo 17

Matt

En cuanto mi padre se fue, llevé la maleta a mi habitación y salí de nuevo. Como él mismo dijo, era hora de ir a por mi chica. Llamé a Logan en busca de información, porque no sabía si Sarah seguía en el apartamento de Hunt Enterprise después de nuestra ruptura.

—Logan, ¿sabes si Sarah ha vuelto al apartamento? —pregunté en cuanto atendió la llamada.

—Hola para ti también, hermanito.

—Hola —refunfuñé en respuesta. —¿Ahora puedes responderme? Necesito saber dónde está.

—Eso va a ser más complicado... Dimitió en cuanto pisó la oficina después de aquella noche. Habló con Jason, recogió sus cosas y desapareció.

¿Cómo que Sarah desapareció?

—¿Qué?

—Dijo que necesitaba alejarse y entregó las llaves del apartamento. Intenté averiguar algo con Eli, pero no quiso decir nada. Es comprensible después de todo.

—¡Mierda! —suspiré derrotado y pensando dónde demonios podría estar Sarah. La casa de sus padres. —Compra billetes para Massachusetts, sé que está allí. Voy a hablar con Eli, pero el billete tiene que ser para hoy.

—No soy tu asistente... ¡Pídeselo a Diana!

—Si ella descubre el motivo del viaje, es capaz de darme una patada en el culo y hacer el viaje a Cambridge solo con la fuerza de su pie. Ella y Eli harían un dúo formidable contra mí.

—Tu lista de favores se está haciendo cada vez más larga, Matt. Necesito un sobrino con mi nombre.

—Ponte en la cola, papá también pidió uno de esos. He perdido la cuenta de cuánto le debo a Jason.

—James Logan suena bien.

—¿Y Jason?

—Que sea el padrino —respondió mi hermano con una risa.

—¡James Logan solo existirá si me compras esos billetes! —repliqué enfadado por no haber preguntado por ella antes. Massachusetts estaba mucho más cerca de Nueva York.

La siguiente parada requeriría aún más esfuerzo. Conduje hasta casa de Eli rezando por mi buena suerte. La amiga de Sarah me había amenazado más de una vez, y podía apostar a que estaba lejos de la lista de sus personas favoritas.

—¿Qué quieres, Matt? —preguntó mirándome con mala cara a través de la puerta entreabierta.

—Necesito saber dónde está —expliqué intentando ser lo más directo posible.

—¿Por qué?

—Necesito pedirle que se case conmigo. —Eli miró al suelo pensativa, aún sujetando la puerta. Me miró e hizo un gesto con las manos para que entrara.

—¿Y cómo va a ser diferente de las otras dos veces? La hieres y vuelves arrastrándote...

—Vale. La cuestión es que no esperaba conocer a Sarah —la interrumpí, pensando en las palabras que la convencieran de mis sentimientos. —Era feliz con mi vida, sin tener a nadie. No puedo tener hijos, Eli. Me consideraba una bomba de relojería y creía que estar cerca de alguien solo traería sufrimiento. Vi cómo sufrió mi familia cuando enfermé y no quería eso para Sarah.

—¿Enfermo?

—Cáncer.

—Eso explica muchas cosas.

—Lo sé.

—Nada bueno hasta ahora... —respondió encogiendo los hombros. Eli sería una roca dura de romper.

—Sí, ella es la parte buena. Luché contra ello, con todas mis fuerzas. Y aun así terminé enamorado. La quiero, Eli. Intenté separarme de ella, mentí, fingí, hice un montón de cosas para que Sarah se alejara, pero al final del día, solo la quiero conmigo. La quiero tanto que...

—Escucha, Matt —me cortó. —Le has roto el corazón. Sarah ha pasado los últimos días llorando, enfermando, echándote de menos. No puedo traicionar a mi amiga y ayudarte.

—La quiero, Eli, y quiero pasar el resto de mi vida, aunque dure poco, pidiéndole perdón. No tengo sentido sin ella... ¿Me entiendes?

—Más de lo que imaginas.

—Sé que me he equivocado, que he sido un idiota, que no soy de fiar y todo eso que sabes de memoria. Pero la quiero, la quiero tan locamente, como si mi corazón necesitara de ella para latir más fuerte. No sabía que podía ser así, pero pasó, y tengo un anillo de compromiso en el bolsillo para demostrar que no voy a ninguna parte.

—Eso no significa mucho, Matt.

—Sé que está en Massachusetts, ayúdame a ir más allá de eso. Si no me quiere, será su decisión. Pero, por favor, déjame arrastrarme a los pies de la persona adecuada y tener la posibilidad de hacerla feliz —supliqué.

Eli no dijo nada y me miró durante unos segundos. Salió de la sala, dejándome solo, y volvió con un trozo de papel escrito. ¡Gracias a Dios!

—Esta es la dirección de sus padres. Sarah está con ellos.

—¡Muchas gracias! —dije cogiendo el papel, tentado a abrazar a Eli con fuerza, aunque sabía que me daría un puñetazo o algo así. Me giré hacia la puerta cuando oí a la amiga de Sarah llamarme con

voz suave y seria, como si tuviera más años de los veintipocos que aparentaba. Nunca había oído ese tono de voz y la miré con curiosidad.

—No pierdas más tiempo o te arrepentirás. Y si la vuelves a hacer daño, te cortaré los huevos y se los daré a algún perro.

—No pienso hacerlo, por el bien de Sarah y de mis huevos —respondí, volviendo a mi coche agarrado al papel como si fuera capaz de salvar mi vida.

En cuanto entré en el vehículo, vi un mensaje de mi hermano informándome de que había conseguido un vuelo y que necesitaba correr al aeropuerto. En cuanto embarqué, dediqué las seis horas siguientes atrapado en el avión a pensar en qué decirle a Sarah para recuperarla.

Cuando el taxi se detuvo frente a una casa arbolada en las afueras de Harvard, suspiré mirando la residencia de madera blanca de dos plantas. Era una Navidad blanca en lugar de la suave brisa de Los Ángeles. Miré mi reloj, nervioso, sabiendo que ya pasaban de las once de la noche, y caminé hacia la puerta. No tenía un plan B si Sarah no estaba en casa, y el abrigo ligero que llevaba desde California no me protegía del frío de Cambridge. Cuando toqué el timbre, oí pasos hacia la puerta mientras frotaba mis manos una contra la otra, viendo el vapor blanco salir de mi boca.

—¿Matt?

Justo frente a mí estaba Sarah, con su pelo rubio cayendo alrededor de sus ojos y un pesado abrigo sobre su cuerpo. Era todo lo que necesitaba ver.

—¿Puedo pasar? Hace frío aquí fuera —pedí. Ella me miraba como si fuera un visitante extraterrestre o algo así. Pasé por la puerta sintiendo a Sarah cerrarla a mis espaldas.

—¿Qué... qué haces aquí?

—No podía esperar un día más para verte.

—¿Cómo?

—Sé que hice de todo para alejarte y soy un idiota. Fui al hospital, me hice nuevos exámenes para detectar el linfoma...

—¿Estás enfermo? —susurró en voz baja, mirándome directamente por primera vez desde que entré.

—No, el cáncer no ha vuelto.

—Eso es bueno, ¿no?

—Es mejor que bueno, porque me di cuenta de que estaba dejando escapar la felicidad entre mis dedos. He vivido alrededor del cáncer en los últimos años sin permitirme tener nada, y entonces tú entraste en mi vida como un huracán y, cuando me di cuenta, ya te quería.

—Matt... —Tenía lágrimas en los ojos, pero aún se mantenía en el otro extremo de la sala, observándome con cautela. Me acerqué a ella, deteniéndome frente a ella.

—Te quiero y me voy a disculpar siempre si eso permite estar contigo. Quiero adoptar hijos contigo. Si no quieres, perros, gatos, loros, viajes... Quiero lo que tú quieras, siempre que nunca más te apartes de mi lado.

—No estás siendo justo, dos veces me has dejado y... —respondió con la voz quebrada. Sus ojos brillaban con las lágrimas no derramadas, lo que hacía que mi pecho se oprimiera.

—Tenías razón sobre arreglar mi vida. Quiero hacer terapia, buscar un hobby, dejar de obsesionarme con la vuelta o no del cáncer, pero sé que todo esto será a pasitos de bebé. Sin más mentiras, te lo prometo.

—Me lo prometiste la primera vez, Matt. ¿No ves lo que haces conmigo? Te aprovechas de mis sentimientos...

—Perdóname, por favor. Lo último que quiero es hacerte sufrir. Estoy aquí, con el corazón abierto, queriendo estar contigo. No puedo prometer que no volveré a estar inseguro, con miedo o con pensamientos idiotas. Pero puedo prometerte sinceridad, diálogo. Nada... No voy a ocultarte nada después de hoy.

—Matt —susurró, aún impactada.

—Si quieres, me voy ahora. Te dejaré en paz y moriré con la certeza de haber arruinado la cosa más bonita que he tenido en la vida. Pero, Sarah... si me aceptas de vuelta, podré ser completo de nuevo. No sé vivir sin ti, Sarah. Vamos a hacerlo todo diferente. —Ella puso sus dedos sobre mis labios, callándome, y con aire solemne, dijo:

—Te quiero tanto que mi corazón explota cada vez que te veo, pero necesito saber si es de verdad, si no vas a tener miedo otra vez. Dolió tanto verte con ella...

—Perdóname, amor. Creía que lo sabía todo, pero era un idiota.

—No puedes saber lo que va a hacerme feliz y angustiarme en el futuro, Matt. Necesitamos ser un equipo para que esto funcione. Quiero despertarme contigo, cocinar contigo, pintar paredes y ver programas idiotas en la tele. Quiero todo eso porque te quiero. No me alejes otra vez.

Sentí que era el momento. Había pensado en llevarla a cenar, hacer algo bonito, comprar flores, pero al final se trataba de nosotros dos juntos, listos para enfrentar lo que fuera. Cayendo de rodillas mientras sacaba la caja azul del bolsillo, dije las palabras que sellarían mi futuro:

—Sarah, ¿quieres casarte conmigo?

Cubrió su rostro con sorpresa antes de que las lágrimas empezaran a caer al mismo tiempo que miraba el anillo. Arrodillándose frente a mí, murmuró un ahogado «Sí» antes de llevar sus labios a los míos mientras me abrazaba con fuerza.

—¿Esto es para mostrar lo comprometido que estás con esta relación? —me preguntó.

—No, esto es porque no puedo pasar ni un minuto más sin ti a mi lado. Para mostrar que estoy comprometido, necesito llamar a Logan, es como siempre hacemos.

—¡No! —gritó en voz alta. —Estoy feliz con el anillo, las otras veces que llamaste a tu hermano nada terminó bien.

—Estoy de acuerdo en echarle la culpa a Logan.

—Tú tienes la culpa de las tonterías, no tu hermano —replicó Sarah. —Pero, para evitar discusiones, no cuentes que nos dio mala suerte.

Sarah sonrió y me di cuenta de que por fin las cosas estarían bien.

--

Capítulo 18

Sarah

Ver a Matt dormir aún parecía un sueño para mí. Vino hasta Massachusetts para decirme que me quería y que quería casarse conmigo. Era todo lo que quería y me negaba a pensar demasiado. Tenía miedo de las consecuencias, pero una cosa que mi relación con Matt me había enseñado era vivir la vida un día a la vez. Quizá llegara el momento en que pudiera planificar, ver un futuro con años por delante... Pero aquel día quería sentirlo contra mí.

Desde el primer día en aquel ascensor, se metía en mi cabeza y en mi corazón. Eran demasiadas oportunidades para alguien que me había hecho sufrir, pero al mismo tiempo, era como si supiera que solo habría una persona a la que amar toda una vida. Un gran amor que lucharía contra los años y se quedaría para siempre en mi corazón. La decisión de decir «sí» a Matt era sobre decir «no» a lo que podría haber sido si hubiera sido más racional sobre lo que él me había hecho pasar. Los días en casa de mis padres me hicieron reflexionar. Matt estaba equivocado, pero tenía sus razones torcidas detrás de sus decisiones. Necesitaba ayuda para superar sus miedos, y yo quería estar a su lado en eso.

Subimos de la mano a mi habitación de adolescente, haciéndome sentir transgresora por llevar a un hombre hasta allí. Ningún chico había pisado dentro de esas paredes hasta entonces, y el primero sería mi prometido. Prometido. Boda. Una vida entera juntos. Hicimos el amor despacio, saboreando el cuerpo del otro y matando las ganas de estar juntos. En algún momento de la noche, desperté pensando que todo había sido otro sueño desde que llegué a casa de mis padres. Era algo recurrente en los últimos días: pesadillas de

cómo perdía a Matt de diversas formas, convirtiéndome en una confusión emocional que podía deshacerse en un soplo.

Mis padres no pasaban los festivos en casa, y en el momento en que aparecí en la puerta, estaban decididos a cancelar las vacaciones para quedarse a mi lado. No sé cómo conseguí convencerlos, pero estaba sola en la inmensa casa de Cambridge cuando Matt llamó a la puerta. Huí a Massachusetts después de la última conversación, queriendo escapar de Los Ángeles. A la mañana siguiente de ir a la discoteca, desperté decidida a buscar mis cosas en la empresa, dimitir y viajar. Las cosas salieron mejor de lo esperado, porque en cuanto llegué, Diana no estaba y tampoco Matt, lo que me dio tiempo para recoger todo y preparar la carta de dimisión.

—¿Yendo a algún sitio? —preguntó Jason detrás de mí.

—Mi carta de dimisión —dije mostrando el papel. —No puedo quedarme más, solo duele, ¿sabes?

—Matt estará fuera los próximos días, si quieres recoger las cosas con más calma, puedes. Siento mucho todo lo que ha pasado entre vosotros... Ayer fue un lío.

—¿Algún día mejora, Jason?

—¿Qué quieres decir?

—Los recuerdos, las ganas... ¿Desaparecen con el tiempo? —Jason suspiró ante mis palabras, negando con la cabeza.

—Aprendes a vivir con ellos. Hay días que duelen más que otros, en algunos incluso puedes creer que no recuerdas. —La voz de Jason se apagó como si ya no estuviera del todo en esa conversación. Dios, cómo quería no convertirme en el fantasma que él era por Lizzie.

—Muchas gracias por todo, Jason. Tú y tu familia me habéis ayudado en muchas cosas y os estaré eternamente agradecida por ello. Voy a vaciar el apartamento y dejaré la llave en recepción hoy mismo, ¿vale?

Llamé a Eli, que me ayudó con las cosas del apartamento en un proceso que duró el resto del día. Al atardecer, con el trabajo hecho, pedí a mi amiga que cuidara de mis cosas durante unos días. Necesitaba ir a casa.

En cuanto vi a mi madre, lloré. Tan simple como podía ser, abrió la puerta, caí en sus brazos y saqué todo el dolor. Ella y mi padre me metieron en la cama y me hicieron sopa, de esas que solo recibes cuando estás enferma. Estuve tumbada dos días hasta que decidí al tercero que necesitaba hacer algo. Quería aprovechar esos días para decidir si volvería a Los Ángeles, me quedaría con mis padres o me iría a otro sitio. El viaje de mis padres estaba previsto para principios de la semana siguiente, donde cogerían un vuelo a Florida y de allí seguirían en un crucero de dos semanas por el Caribe. Mi madre quería quedarse, pero contándole lo que realmente había pasado, le dije que sería una pérdida de tiempo: necesitaba tiempo para superarlo, y aunque los quería mucho, prefería que ellos disfrutaran.

Así fue como terminé sola en esa casa grande en medio de la nieve. Cuando abrí la puerta tan rápido, creí que era alguien perdido, pero era Matt diciéndome que me quería.

∞∞∞

Sin sueño, me levanté de puntillas para preparar el café. Todavía eran las seis de la mañana y Matt estaba cansado: había llegado de Nueva York para descubrir que volvería a la Costa Este tras de mí. Me contó sus días durante la madrugada y los vuelos que había cogido para llegar hasta mí. Cuando le pregunté por qué no esperar a viajar con calma, me dijo algo que derritió mi corazón: no podía esperar para estar conmigo. Sentí mi móvil vibrar y vi «Eli» llamando.

—Dime que dijiste que sí —preguntó sin saludarme. ¡Lo sabía! Vaya amiga.

—¿Cómo sabías que iba a pedírmelo? Eli, ¿tienes algo que ver con esto?

—¿Cómo crees que supo dónde encontrarte?

—Estoy impresionada, lo odiabas.

—Sí, pero sé que solo él podría hacerte feliz de la manera correcta.

—Muchas gracias, Eli. No sé qué sería de mí sin ti.

—Exijo mi plaza de dama de honor.

—Siempre ha sido tuya, tonta. —Mirando el cielo aclarar fuera, me di cuenta de algo. —Eli, son las tres de la mañana en Los Ángeles, ¿por qué estás despierta?

—No podía dormir sin saber si tenía que cortarle los huevos a Matt o felicitarle por la boda —confesó, y me reí a carcajadas en respuesta.

—Te quiero, amiga... Sé que nadie va a sustituir a Jake, pero algún día pasará.

—Ya me pasó a mí, con Jake —dijo con voz triste. —Y quiero que seas tan feliz como lo fui yo. Ahora voy a dormir, ¡te quiero, amiga!

—¿Quién era? —preguntó Matt bostezando. Era tan guapo cuando se despertaba. Estaba envuelto en mi manta, ya que su ropa no ayudaba con el frío de Cambridge.

—Eli quería saber si cortaba tus huevos o no.

—Es muy violenta, pero es muy leal, me gusta —anunció, acercándose a mí y abrazándome por detrás al mismo tiempo que besaba mi cuello. —Vamos a volver a la cama, es temprano.

—He perdido el sueño con todas nuestras emociones.

—Entonces necesito cansarte un poco, ¿no, mi amor?

—¿Eso es un plan?

—Solo uno de los miles que voy a hacer contigo. Te quiero.

—Yo también te quiero, Matt —respondí dando un beso suave en sus labios, sabiendo que esta vez teníamos un futuro por el que luchar. Juntos.

Epílogo

Matt

Tres años después

Cuando fui a buscar a Sarah a Massachusetts, conseguimos escondernos de mi familia durante más de medio día hasta que una llamada de Skype vibró con insistencia en mi móvil. Jason, mamá, papá, Logan y Emma nos miraban fijamente hasta que oyeron que nos íbamos a casar. Lo celebraron como si fuera el final de la Super Bowl. Nos escondimos el resto del festivo y volvimos a casa solo para descubrir que Eli y mis hermanos habían organizado una fiesta de compromiso sorpresa en Nochevieja. Hasta Blair y Victoria estaban presentes. Nos casamos poco después, porque no veía sentido en esperar algo que ya sabía: Sarah era mi mujer para siempre, igual que yo era suyo.

Volví a mi grupo de apoyo. Fue duro presentarme años después para advertir a la gente de que el cáncer no puede quitarte la vida: la enfermedad puede ser gran parte de tu día a día, pero nunca debes dejar de hacer cosas por ella. Reconocer mis miedos y entender que pueden ser internos y no culpa de un linfoma. Me convertí en consejero del grupo y Sarah iba a las reuniones como apoyo siempre que podía. Aprendí a duras penas y con la ayuda de mi terapeuta que, si hubiera sido otra mujer, hoy estaría solo y sufriendo por la pérdida. Sarah fue paciente incluso cuando yo era el más completo de los idiotas.

Entramos en la lista de adopción un año después de casarnos, y tardó otro año hasta que recibimos la llamada. Sarah dice que aprendió a ser madre conmigo. No es que nunca hubiera tenido relación con niños ni nada de eso, pero dice que descubrió la maternidad igual que yo descubriría la paternidad teniendo un hijo

adoptado o natural, al coger a nuestra niña en brazos por primera vez. Conocer a Olivia fue una experiencia de otro mundo. Algunos padres que adoptan suelen decir que crearon vínculos poco a poco, pero yo supe que era mi hija la primera vez que la vi en esa especie de incubadora posquirúrgica, llena de cables saliendo de su cuerpo.

Recuerdo mirar a Sarah, los dos vestidos con ropa de hospital, y oír su voz susurrada a través de la mascarilla: "Es nuestra hija". Lloré y asentí con la cabeza. Esa sería mi primera imagen mental de Liv a partir de entonces: una visión borrosa por las lágrimas de un bebé pequeño y frágil. Llorar se había convertido en un hábito después de eso: la primera vez que la cogí, la primera vez que dijo "papá". Todo era tan nuevo y ya me había resignado a no tener nada de eso.

Sarah dice que ella estaba destinada a ser nuestra, y no lo dudo ni un poco. Olivia era coreano-americana, hija de una emigrante que la entregó en adopción. Era madre soltera, lo que los asistentes sociales nos dijeron que era una gran vergüenza en su cultura. Liv nació con labio leporino, una abertura por malformación. La madre vio al bebé, creyó que era un castigo divino y la derivó a los servicios sociales. Es todo lo que sabemos de ella. Liv entró en la lista de adopción y tres parejas no la quisieron. Los servicios sociales consiguieron la cirugía correctiva para ella, creyendo que ese era el problema de los padres que desistían.

Éramos la cuarta pareja de la lista y aceptamos antes incluso de saber que la operarían al día siguiente. Entró en el quirófano sin padre ni madre y salió con una familia, lo que Sarah cree firmemente que fue una especie de parto mental. Dos años después, otra niña entró en nuestras vidas. Amanda también llegó de una adopción cerrada, de una madre de 14 años que no podía mantenerla. Intentamos conseguir el contacto de la chica, pero el sistema de adopción fue estricto sobre el anonimato: la madre biológica de nuestra bebé firmó un documento en el que no deseaba mantener contacto ni ahora ni en el futuro. Esperaba que se arrepintiera y supiera la mujer increíble que Mandy se convertiría. Sé

que en el futuro Amanda querrá saber y me gustaría hacerlo lo más fácil posible.

Éramos una familia, la familia que nunca esperé tener y que, gracias a mi esposa, conseguí. Aquel primer día en el ascensor cambió nuestras vidas para siempre, pero yo sabía que la encontraría dentro de Hunt Enterprise tarde o temprano. Agradecía cada día por haber invadido mi vida, mis pensamientos y haberme hecho confiar en nosotros dos. Mi futuro sería vacío sin amarla, o peor, amándola sin tenerla, como planeaba hacer. Sarah tenía razón, era un plan estúpido.

Epílogo

Sarah
Cinco años después

Si alguien me hubiera dicho que Matt sería un padre llorón, me habría reído, pero lo era. Estaba allí para nuestras dos niñas todo el tiempo y abrazó el deber paterno como si fuera uno más de sus negocios. En el primer resfriado de Liv, quería que un médico viviera con nosotros; cuando empezó a andar, convirtió nuestra casa en el reino del gomaespuma; cuando descubrimos que Amanda era asmática, quería que nos mudáramos a una granja "llena de aire libre y sin contaminación".

Aprendimos a lidiar con todo eso, y aún teníamos nuestro tiempo, a pesar de la preocupación por las niñas. Lo quería tanto y tan profundamente que me entristecía solo pensar que estamos juntos porque yo era una madrugadora que un día llegó temprano al trabajo y conoció al amor de su vida dentro de un ascensor. Ese día nunca habría ocurrido si hubiera llegado a la hora. Matt se negaba a creer mi versión y decía que me encontraría incluso si mi oficina estuviera debajo de la alfombra.

Tuvimos muchos momentos en estos nueve años juntos, pero uno de los más sorprendentes ocurrió hace seis meses, cuando la empresa que guardaba el esperma de Matt nos notificó que, al contrario de lo que él creía, no todas las muestras se perdieron en el incendio del laboratorio. Después de 20 años, descubrieron dos muestras separadas del conjunto principal que había sido destruido y se pusieron en contacto. Matt pensó que era una estafa y envió una de las muestras para análisis de ADN. Eran auténticas.

Quise hacerlo y Matt aceptó. Si me quedaba embarazada a los 36 años, tendríamos nuestro tercer hijo; si no, teníamos a nuestras dos niñas y éramos más que felices con nuestra vida. Así es como, seis meses después de ese descubrimiento, tenía una barriga de embarazo de 16 semanas, para alegría de Liv y Mandy, que no paraban de besarla y hablar con su hermano. Quizá la única ventaja de este embarazo es que, al contrario que con la llegada de las niñas, no tuvimos que correr a las tiendas a por pañales y ropa. Era diferente, pero era igual; iba a dar a luz a mi tercer hijo, aunque mis niñas no hubieran salido de mí.

Liv incluso preguntó por qué este hermano no vendría "por correo" como Amanda, y acabamos teniendo la temida conversación sobre cómo nacen los bebés — lo que dejó a Matt un poco desesperado. Había sido bendecida, realmente bendecida, con una familia maravillosa. Era más de lo que podía esperar.

Cinco meses después, sentí un poco de empatía por Ava. De un parto difícil por un bebé gigante que exhalaba los genes de su padre y sus tíos, y que salió de una persona pequeña como yo, llegó al mundo James Logan Hunt.

Epílogo

Olivia
20 años después

Ya tenía casi tres décadas en este mundo, pero aún así me sentía protegida en los brazos de mi padre. Estaba muy emocionado hoy. En realidad, está muy emocionado siempre. Mamá dice que papá era un hombre duro que le rompió el corazón antes de aceptar que ella era el amor de su vida. Lo dudo. Creo firmemente que mi padre escondió de mi madre que era una mantequilla derretida y que él también debió sufrir horrores. También puedo dudar, porque nunca podría imaginarlos separados. Ella empieza donde él termina y viceversa, como si tuvieran un mundo particular.

Por ese amor, me quisieron a mí, quisieron a Mandy y quisieron a James, nuestro bebé increíblemente guapo al que adoramos tomar el pelo y decir que tiene el cerebro congelado — historia divertida, es resultado de una congelación de semen de papá de hace más de 40 años. No quiero pensar en el semen de papá, argh.

Lo que pasa con papá es que se apegó a los grandes gestos. Mamá siempre estuvo allí para verme bailar, cantar, saltar y todo tipo de cosas, soltando palabras en alemán — que ella se aseguró de que todos aprendiéramos — y abrazándonos siempre que lo necesitáramos. Papá también, pero él, digamos, disfrutaba apareciendo. Como cuando alquiló un criadero por un día porque Amanda dijo que le gustaban los caballos, como cuando pagó una charla para James a los diez años para explicarle qué era la inseminación artificial, como cuando pidió comida de un restaurante de Massachusetts porque mamá echaba de menos su casa y como cuando me llevó a Corea.

Esa es la mejor historia: tenía nueve años, y aunque Amanda también era adoptada, era increíblemente parecida a papá, tan morena y de pelo tan negro como él. Luego estaba James, que era una copia fiel, Mandy y la chica oriental. Me di cuenta de eso un día cuando fuimos a comer a un restaurante y alguien en el baño dijo que era bonito que esa pareja "adoptara a la chinita". Lloré, lloré y lloré y me negué a contar lo que estaba pasando hasta que mi madre consiguió sacarme la verdad. Me abrazó toda la noche y llamó idiotas a esas personas.

Mamá podía ser muy territorial; recuerdo el día que le tiró un bote de pintura a una mujer en una recreación de padres e hijos cuando alguien dijo que "esos inmigrantes estaban ensuciando América" mientras señalaban hacia mí. Solo no le pegó porque mi padre la sujetó a tiempo. Estaba muy enfadada, de verdad, lo que era otra cosa que mi padre decía que mamá era incapaz de hacer. Aparentemente, después de tenernos, Sarah Hunt se convirtió en una madre dispuesta a comprar cualquier pelea con quien intentara hacernos daño, pero antes, era alguien tranquila y sin tendencias asesinas. También dudaba de eso y creo que solo tenía esa fuerza dentro de ella y nunca quiso usarla.

Esas situaciones ocurrieron tantas veces que empezaron a molestarme. Ahí va el gran gesto de mi padre. Casi dos meses después del día que lloré diciendo "vosotros sois diferentes a mí, no sois mis padres de verdad", embarcamos todos hacia Corea del Sur, lugar de origen de mi madre biológica. Allí, todos tenían los mismos rasgos que los míos: el pelo liso y pesado, los ojos rasgados, todo, pero era como si tampoco perteneciera a ese país. A los nueve años, entendí que iba a quedarme atrapada en ese limbo de no ser ni de un sitio ni de otro, pero que al menos necesitaba saber quién era, de dónde venía. Papá me cogió en brazos dentro del metro aquel día y me dijo:

—Mira, ellos son parecidos a ti. Aquí los diferentes somos nosotros.

—Pero ellos no son vosotros —respondí sujetando su rostro. —Mamá, tú, James y Mandy sois diferentes, pero os siento a todos en

mi corazón. Somos familia.

—Sí, bebé, lo somos.

—Te quiero, papá.

—Yo también te quiero, Liv.

Los ojos de papá brillaron aquel día, otro ejemplo más de la mantequilla derretida paterna en la que se había convertido. Cuando cumplí 18 años, corrí a un estudio de tatuajes y escribí eso en mi brazo. "Los que siento en el corazón". Antes de ver lo que era, mamá montó un escándalo sobre cómo podría arrepentirme y debería haberlo pensado bien antes de hacerme un tatuaje tan joven, que quizá el tío Jason y sus miles de tatuajes me habían influido. Pero entonces lo vio y me abrazó tan ridículamente fuerte que podría haberme asfixiado. Años después, el tatuaje se convirtió en una obra colectiva: primero fue mamá, luego papá, Mandy y James.

La emoción de mi padre era diferente. Era mi boda, después de meses de noviazgo, pero aun así quería darme la oportunidad. Por la mañana, mi padre me miró serio y anunció:

—Si quieres salir huyendo, puedo ayudarte. Avísame y puedo arreglarlo todo... Sabes que no va a ser un escándalo, ya hemos tenido una boda cancelada en el altar en esta familia —dijo nervioso, mirando a los lados. Me reí y lo abracé.

No es que no quisiera que saliera de casa. Efectivamente, papá y mamá están solos en casa desde hace más de dos años, cuando James se fue a la universidad. Un día llegué sin avisar y estaban follando como conejos en la cocina. Desagradable y tan ellos dos. Era una especie de bautismo, siempre algún hijo acababa pillándolos y terminábamos teniendo "la conversación". Nuestra con ellos, sobre lugares apropiados y aislamiento de sonido en la habitación principal.

La emoción de mi padre creció a lo largo de la ceremonia y la fiesta y alcanzó su punto álgido en el baile de padre e hija, donde tenía lágrimas en los ojos. Era el mejor padre que podría haber deseado, igual que mamá. Nunca busqué a mis padres biológicos, a

pesar de haber pasado por un momento de rebeldía en la adolescencia. Hasta donde sabía, siempre fui una Hunt que nació en otro lugar.

—Quiero que seas feliz —dijo besando mi frente, separándonos en los últimos acordes de nuestra canción.

—Ya lo soy. Y si tengo la mitad de lo que vosotros tenéis, seré afortunada. —Sonrió y miró más allá de mí. Me giré para ver a mi madre esperando detrás de nosotros dos.

—¿Puedo robarle a tu compañero de baile? William quiere bailar contigo.

Sonreí a mi marido en medio de la multitud, devolviéndome una sonrisa torcida tan suya. Mamá me atrajo hacia un abrazo antes de dejarme ir hacia él, atrayéndome hacia sus brazos protectores.

—Te quiero, mi pequeña.

—Yo también te quiero, mamá.

Ella sonrió y se acurrucó en los brazos de mi padre al mismo tiempo que yo daba pasos decididos hacia mi marido. Marido... Tendría que acostumbrarme a esas palabras. Llegué hasta William e hice lo mismo, abrazándolo mientras una nueva canción lenta empezaba a sonar.

—¿Momento difícil con tu padre?

—No, todo perfecto como siempre tiene que ser —respondí encogiendo los hombros, con mi mirada atraída hacia los dos bailando con los ojos cerrados en medio de la pista, tan envueltos en sí mismos. Deseé ser así cuando tenga 30 años de matrimonio, tan apasionada como el primer día.

FIN

¡Deja tu comentario en la página de Amazon! Es muy importante y me ayuda a publicar cada vez más.

Prohibida la copia total. Copia parcial solo para reseñas. Todos los derechos reservados.

License: All rights reserved.